

MIGUEL ÁNGEL FUENTES

# EL DOLOR SALVÍFICO

**Acompañando  
a nuestros enfermos y ancianos  
con la reflexión y la plegaria**



*Ediciones del Verbo Encarnado*

San Rafael (Mendoza) Argentina – Año 2008

Imprimatur  
R.P. Ricardo E. Clarey, I.V.E.  
Superior Provincial

Fuentes, Miguel Ángel  
El dolor salvífico : acompañando. – 4ta ed. - San Rafael : Del Verbo  
Encarnado, 2008.  
176 p 21x14 cm.  
  
ISBN 978-987-9438-12-1  
  
1. Teología Doctrinal Cristiana. I. Título  
CDD 230

Fecha de catalogación: 12/06/2008

*Primera Edición* - San Rafael, Argentina. Mayo 2000.  
*Segunda Edición* - San Rafael, Argentina. Septiembre 2000.  
*Tercera Edición* - New York, Estados Unidos. 2007. (IVE Press)  
*Cuarta Edición* - San Rafael, Argentina. Julio 2008.

© Registro de Propiedad Intelectual  
Ediciones del Verbo Encarnado

# Contenidos

CONTENIDOS .....	5
“LA CRUZ TIENE ALAS” .....	7
1. BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS .....	11
2. ORACIÓN PARA CUANDO ME TOQUE SUFRIR.....	17
3. CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS EN LAS ENFERMEDADES .....	19
4. A UN ENFERMO .....	23
5. QUIEN AMA A JESUCRISTO SUFRE CON GUSTO LOS PADECIMIENTOS DE LA VIDA .....	25
6. UN CONSEJO A SANTO DOMINGO SAVIO, ENFERMO .....	35
7. CARTA DE UN ENFERMO .....	41
8. TEXTOS DE JUAN PABLO II A LOS ENFERMOS .....	43
9. A LOS ENFERMOS .....	53
10. ORACIÓN DE CONFIANZA DE UN ALMA ATRIBULADA .....	57
11. EL SACRAMENTO DE LOS ENFERMOS .....	59
12. TEXTOS SOBRE EL SUFRIMIENTO .....	67
13. PLEGARIA DE UN ENFERMO .....	69
14. LA BARCA DE LA VIDA.....	73
15. PENSAMIENTOS.....	75
16. SABER SUFRIR .....	77
17. A LOS ANCIAÑOS .....	79
18. EL ENFERMO JUNTO A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, HOMBRE DE DOLORES Y SUFRIMIENTOS .....	83
19. ORACIÓN AL CRISTO DOLIENTE .....	91

20. ANTE EL CRISTO DE LA BUENA MUERTE .....	93
21. LA SANTA SÍNDONE: TESTIMONIO DE LA PASIÓN.....	97
22. VÍA CRUCIS .....	103
23. ORACIÓN AL CORAZÓN TRASPASADO DE JESÚS.....	109
24. ORACIÓN DE UNIÓN CON EL CORAZÓN DE JESÚS .....	111
25. ORACIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS .....	113
26. NOVENA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS .....	115
27. LETANÍAS A LA SANGRE DE CRISTO .....	117
28. ORACIÓN A LA SANGRE DE CRISTO.....	119
29. LOS ENFERMOS JUNTO A LA VIRGEN.....	121
30. EL SANTO ROSARIO .....	125
31. LOS SIETE DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA.....	129
32. EL ENFERMO JUNTO A SAN JOSÉ .....	135
33. DEVOCIÓN A SAN MIGUEL ARCÁNGEL.....	141
APÉNDICE. PEDAGOGÍA DEL DOLOR INOCENTE .....	145
ÍNDICE.....	173



## “La cruz tiene alas”

Querido amigo enfermo:

Tienes entre tus manos un pequeño libro que he compuesto para acompañarte en tus sufrimientos. He recopilado en él reflexiones y oraciones que podrán ayudarte a elevar tu corazón a Dios en las largas horas de postración.

El dolor es una vocación. Aunque parezca extraño e incluso escandaloso para muchos oír afirmación semejante, es así y así debe ser comprendido por nosotros, los que hemos recibido la gracia de la fe. Jesús fue llamado, anticipadamente, por el profeta Isaías, “Varón de dolores, acostumbrado al sufrimiento”; y todos nosotros hemos sido llamados por Dios Padre a hacernos “conformes a la imagen de su Hijo”. El Padre Pío ha escrito: “Ten por cierto que si a Dios un alma le es grata, más la pondrá a prueba. Por tanto, ¡coraje! y adelante siempre”. El Ángel de Fátima exhortaba a los pequeños pastorcitos: “Aceptad y soportad con sumisión los sufrimientos que el Señor os envíe”.

Las almas privilegiadas con el “espíritu de la fe” han comprendido profundamente este misterio. Como todos los misterios, Dios no lo revela a los que se “creen” sabios sino a quienes son humildes, incluso a los pequeñuelos. Francisco, uno de los pastorcitos portugueses a quienes se manifestó la Virgen en Fátima, con sólo nueve años decía a su hermana Jacinta, de seis: “ofrezcamos este sacrificio por la conversión de los pecadores”, y juntando las manos rezaba: “Oh, Jesús mío, es por vuestro amor y por la conversión de los pecadores”.

Por esta misma razón, la Madre Teresa de Calcuta decía: “*Ama hasta que te duela; si te duele es la mejor señal*”. El dolor es el mayor signo del amor.

Sólo así podemos comprender porqué los santos han llegado a hablar de la cruz, del dolor, del martirio, como un gozo. Santa Margarita María de Alacoque, la que recibió las revelaciones del Sagrado Corazón de Jesús, dejó escrito: “Cuando veo que aumentan mis dolores, experimento la misma alegría que sienten los más avaros y ambiciosos al ver aumentar sus tesoros”. Y Santa Teresita del Niño Jesús llegó a exclamar: “He llegado a no poder sufrir pues me es dulce todo sufrimiento”. Los santos se han enamorado de la Cruz; Don Orione escribió: “A Jesús se le ama y se le sirve en la Cruz y crucificados con Él, no de otro modo”. San Luís María Grignon de Montfort exclamaba: “Si la cabeza está coronada de espinas, ¿lo serán de rosas los miembros? Si la Cabeza es escarnecida y cubierta de lodo camino del Calvario ¿querrán los miembros vivir perfumados en un trono de gloria?”. El gran misionero del Oriente, San Francisco Javier, escribía en sus cartas: “Los que gustan de la Cruz de Cristo Nuestro Señor descansan viviendo en estos trabajos y mueren cuando de ellos huyen o se hallan fuera de ellos”. Santa Teresa de Jesús le pedía a Dios: “Padecer o morir”. Y San Ignacio de Antioquía, muy cercano todavía a la época de los Apóstoles, dejó escrito en una de sus cartas camino al martirio: “Yo sé bien lo que me conviene... Vengan sobre mí el fuego, la cruz, manadas de fieras, desgarramientos, amputaciones, descoyuntamientos de huesos, mutilaciones de miembros, trituración de todo mi cuerpo, todos los crueles tormentos del demonio, con tal de que esto me sirva para alcanzar a Cristo”; y en otro lugar suplicaba: “Permitid que imite la Pasión de mi Dios”.

¡Qué misterio éste, que a tan pocos se da el secreto de su comprensión!

Luke John Hoocker fue un niño que vivió sólo cinco años, en Avondale, Pennsylvania (Estados Unidos); murió en 1996. Desde muy pequeño se manifestó en él un cáncer que le hizo conocer de cerca el dolor y el sufrimiento. Sin embargo, el

Espíritu Santo le enseñó el misterio del dolor; con cuatro años era capaz de decir a su madre que no pidiera calmantes para sus dolores pues *“yo debo sufrir por los pecadores”*. Le fascinaban las “cruces”; por una operación le había quedado sobre su estómago una cicatriz en forma de cruz; y siempre dibujaba cruces como esa que él llevaba. Un día, con un gesto de cortesía, dibujó una cruz para una hermana de las Servidoras del Señor y de la Virgen de Matará que lo visitaba, y se la dio con la expresa indicación de que *“debía compartirla con las otras hermanas”*. ¿El secreto? El de todos los santos: el amor de Dios. Pocos meses antes de morir, el 18 de octubre, día de San Lucas, pidió a su papá que le hiciese una canción a “Saint Luke John” (es decir, a él, ya considerado como santo); su papá le dijo: “Vas a perder tu humildad”; pero él le replicó: *“Papá, ¿acaso los santos no son aquellos que aman mucho a Dios? Bueno, yo lo amo mucho”*. Él mismo un día, mientras estaba en Misa, se quedó mirando el crucifijo, y le dijo a su mamá: *Mamá, ¿ves? La Cruz... tiene alas para llevarme al Cielo.*

**¿No tendrá alas también para nosotros?**

*El Autor*



# 1

## Bienaventurados los misericordiosos

Cuando el ángel se apareció a la Virgen para anunciarle que iba a ser Madre de Jesús, también le dijo que su prima Isabel estaba esperando un hijo: *Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios (Lc 1,36-37)*. Isabel era ya anciana, por eso la Virgen, apenas oyó lo que el ángel le dijo, se puso en camino para ayudarla: *María se levantó y se fue con prontitud...; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. María permaneció con ella unos tres meses, y se volvió a su casa (Lc 1,39-40.56)*.

Hermoso es el ejemplo que nos da la Virgen: el ángel no le manda que vaya a casa de Isabel; éste era un viaje largo y pesado para aquellos tiempos, pues había que hacerlo en asno, aprovechando alguna de las caravanas que pasaban por aquellos lugares. Exigía mucho sacrificio. Pero María no duda ni necesita que le digan nada; su corazón es generoso y propenso a las obras de misericordia.

En esto María es modelo de todos los cristianos. Jesucristo nos ha enseñado que seremos juzgados por nuestras obras de misericordia: *Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los de su derecha: "Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación*

*del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme". Entonces los justos le responderán: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?". Y el Rey les dirá: "En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis". Entonces dirá también a los de su izquierda: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era forastero, y no me acogisteis; estaba desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis". Entonces dirán también éstos: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento o forastero o desnudo o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?". Y Él entonces les responderá: "En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo". E irán éstos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna (Mt 25,31-46).*

*¿Qué cosa hay tan hermosa a los ojos de Dios y de los hombres como la misericordia? Por eso tantas veces Dios la recomienda a los hombres: Prefiero la misericordia al sacrificio (Os 6,6); Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso (Lc 6,36); Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mt 5,7).*

*¿Cuáles son esas obras de misericordia? Si bien son muchas, la tradición las ha agrupado en siete obras corporales y siete espirituales.*

Las obras de *misericordia corporales* son:

- Dar de comer al hambriento.
- Dar de beber al sediento.
- Vestir al desnudo.
- Dar posada al peregrino.
- Visitar al enfermo.
- Redimir al cautivo.
- Enterrar a los muertos.

Las obras de misericordia espirituales son:

- Rogar a Dios por vivos y difuntos.
- Enseñar al que no sabe.
- Dar buen consejo al que lo necesita.
- Consolar al triste.
- Corregir al que yerra.
- Perdonar las injurias.
- Sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos.

¿Qué es la misericordia? Es una especie de compasión del corazón ante la miseria del prójimo que nos mueve e impulsa a ayudarlo si es posible. Observemos tres cosas importantes: es algo interior, es provocada por la miseria, y nos mueve a obrar.

1) Es algo **interior**, es decir, del alma. No es sólo algo sensible, y muchas veces no tiene nada de sensible. No es sentir lástima sino dolor del alma. Como Jesucristo: *sintió compasión porque eran como ovejas sin pastor* (Mt 9,36).

2) Es provocada por la **miseria** del prójimo. ¿Qué miseria? Toda miseria: tanto corporal como espiritual. Los males del prójimo son muchos. Hay males físicos como el hambre, la pobreza, la sed, la desnudez, la enfermedad; hay males psicológicos como la tristeza, la soledad, la incomprensión, la desorientación, el no encontrarle sentido a la vida; y sobre todo hay males espirituales cuales son el error y el pecado. Estos últimos son los más graves; ciertamente que hay males muy

duros como la pobreza o la soledad; pero el pecado es el mal más grande, y por eso quien más necesita de nuestra ayuda es el hombre pecador.

3) Nos **impulsa a ayudar** a los necesitados. ¿De qué modo? Remediando sus necesidades físicas, su soledad, su tristeza; y especialmente, tratándose de pecadores, ayudándolos a que se conviertan y salgan de su pecado. La Virgen en Fátima dijo que el pecado es el mal más grande que azota el mundo; y mostrando su corazón coronado de espinas pidió que los hombres no ofendieran más a su Hijo.

Practiquemos todas las obras de misericordia que podamos; porque la misericordia borra nuestros pecados. Por eso dice el Apóstol Santiago: *El que convierte a un pecador de su camino desviado, salvará su alma de la muerte y cubrirá multitud de sus pecados* (St 5,20).

Hermosamente recomendaba esta virtud el santo Tobit en el testamento que da a su hijo: *Llamó, pues, Tobit a su hijo, que se presentó ante él. Tobit le dijo: «Cuando yo muera, me darás una digna sepultura; honra a tu madre y no le des un disgusto en todos los días de su vida; haz lo que le agrada y no le causes tristeza por ningún motivo. Acuérdate, hijo, de que ella pasó muchos trabajos por ti cuando te llevaba en su seno. Y cuando ella muera, sepúltala junto a mí, en el mismo sepulcro. Acuérdate, hijo, del Señor todos los días y no quieras pecar ni transgredir sus mandamientos; practica la justicia todos los días de tu vida y no andes por caminos de injusticia, pues si te portas según verdad, tendrás éxito en todas tus cosas, como todos los que practican la justicia. Haz limosna con tus bienes; y al hacerlo, que tu ojo no tenga rencilla. No vuelvas la cara ante ningún pobre y Dios no apartará de ti su cara. Regula tu limosna según la abundancia de tus bienes. Si tienes poco, da conforme a ese poco, pero nunca temas dar limosna, porque así te atesoras una buena reserva para el día de la necesidad.*



*Porque la limosna libra de la muerte e impide caer en las tinieblas. Don valioso es la limosna para cuantos la practican en presencia del Altísimo... Da de tu pan al hambriento y de tus vestidos al desnudo. Haz limosna de todo cuanto te sobra; y no tenga rencilla tu ojo cuando hagas limosna» (Tb 4,3-11.16).*

¡Cuántos ejemplos de misericordia nos han dado los santos! Pensemos en San Martín de Tours dividiendo su capa con el pobre desnudo, San Juan de Dios cargando en sus brazos al mendigo llagado, Damián de Veuster dedicando su vida a los leprosos y muriendo él mismo como uno de ellos, Santa Catalina de Siena lavando las llagas de aquella mujer que la maldecía, San Luís Orione y San José Benito Cottolengo consagrando sus vidas a cuidar a los rechazados del mundo... Y sobre todo, la Virgen Santísima perdonando a los que crucificaban a su Hijo único y amado; como le escribió Dante: *En ti misericordia, en ti piedad*. Volvamos nuestros ojos hacia Ella y pidamos imitar su misericordia y su corazón pronto para socorrer al necesitado, para llevar la gracia de Dios a todos los corazones. Pidamos un corazón misericordioso, como se hace en aquella hermosa oración: *Deseo transformarme en tu misericordia y ser un vivo reflejo de Ti, oh Señor. Que este atributo, el más grande de Dios, es decir su insondable misericordia, pase a través de mi corazón y de mi alma al prójimo*.

*Ayúdame Señor, a que mis **ojos** sean misericordiosos para que yo jamás sospeche o juzgue según las apariencias, sino que busque lo bello en el alma de mi prójimo y acuda a ayudarle.*

*Ayúdame Señor, a que mis **oídos** sean misericordiosos para que tome en cuenta las necesidades de mi prójimo y no sea indiferente a sus penas y gemidos.*

*Ayúdame Señor, a que mi **lengua** sea misericordiosa para que jamás critique a mi prójimo sino*

*que tenga una palabra de consuelo y de perdón para todos.*

*Ayúdame Señor, a que mis **manos** sean misericordiosas y llenas de buenas obras para que sepa hacer sólo el bien a mi prójimo y cargar sobre mí las tareas más difíciles y penosas.*

*Ayúdame Señor, a que mis **pies** sean misericordiosos para que siempre me apresure a socorrer a mi prójimo, dominando mi propia fatiga y mi cansancio. Mi reposo verdadero está en el servicio a mi prójimo.*

*Ayúdame Señor, a que mi **corazón** sea misericordioso para que yo sienta todos los sufrimientos de mi prójimo. A nadie le rehusaré mi corazón. Seré sincero incluso con aquellos que sé que abusarán de mi bondad. Y yo mismo me encerraré en el misericordiosísimo Corazón de Jesús. Soportaré mis propios sufrimientos en silencio. Que tu misericordia, oh Señor, repose dentro de mí.*

*Jesús mío, transfórmame en Ti porque Tú lo puedes todo.*

## 2

### Oración para cuando me toque sufrir

*San Agustín*<sup>1</sup>

Gracias te doy, Señor,  
por los golpes con que azotas mis espaldas;  
porque con este castigo  
me has salvado de la ruina;  
me castigas,  
porque no quieres que queden impunes mis pecados;  
y con ello me das una gran lección.

Por eso me someto humildemente  
a los golpes de tu látigo;  
y te bendigo por la amargura que mezclas  
con la dulzura de la vida temporal,  
para que no me apegue a los deleites terrenales  
y aspire siempre a las delicias eternas.

Tú, Señor, iluminas mis tinieblas  
cuando castigas mis pecados con adversidades  
y mis perversos deleites con amarguras.

¡Cuán bueno eres, Dios mío!  
si en mi vida terrena no pusieras dolor  
tal vez me olvidaría completamente de Ti.  
Pensaré cuánto has sufrido por mí;  
y por pesados que sean mis trabajos,  
y grandes mis dolores,

---

<sup>1</sup> Cf. P. Treviño, *Hacia la Vida Eterna* (Buenos Aires 1976) 275-276.

no igualarían jamás a los que Tú padeciste:  
insultos, humillación, flagelación,  
coronación de espinas,  
crucifixión.

    Beberé, Señor, este amargo cáliz  
para recobrar la salud de mi alma;  
lo beberé sin temblar, porque para animarme  
lo has bebido Tú primero.  
Beberé este cáliz  
hasta que pase toda la amargura de este mundo  
y llegue a la otra vida  
en la que no habrá más maldad ni dolor.

    Amén.

# 3

## Conformidad con la voluntad de Dios en las enfermedades

*San Alfonso María de Liguorio*<sup>2</sup>

De modo especial debemos resignarnos a la voluntad de Dios en las enfermedades, abrazándonos con ellas como vienen y para todo el tiempo que Dios quiera que las padezcamos. Podemos y debemos usar de los remedios ordinarios, que también esto es voluntad de Dios, pero si no producen su efecto, conformémonos con su querer, que nos será de más provecho que la misma salud. En estos casos he aquí lo que debemos decir al Señor: “Yo, Dios mío, ni deseo curar ni estar enfermo, sólo quiero lo que Vos quieras”.

Aunque es más perfecto no lamentarse en la enfermedad de los dolores que en ella se padecen, sin embargo no es defecto ni falta de virtud hablar de ellos a amigos, y pedirle a Dios que nos alivie, mayormente cuando la enfermedad nos agobia y martiriza. Entiendo aquí hablar de los grandes padecimientos que nos aquejan, porque es señal de mucha imperfección el quejarse y lamentarse y exigir que todo el mundo se compadezca de nosotros al sentir la menor molestia o el más insignificante malestar. De lo primero nos da ejemplo Jesucristo, que estando por comenzar su dolorosa Pasión, descubrió su angustia a los discípulos diciendo: *Mi alma siente gran an-*

---

<sup>2</sup> Del libro de San Alfonso: “Conformidad con la voluntad de Dios” (quinta meditación, punto 3º). El Santo explica aquí, con un refinado equilibrio, cuál ha de ser la actitud serena y sopesada del enfermo en medio de sus padecimientos.

*gustia* (Mt 26,38), y pidió al Eterno Padre que le librase de ella: *Padre mío, si es posible no me hagas beber de este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya* (Mt 26,39). Jesús nos enseña aquí que después de suplicarle al Señor con nuestras plegarias debemos resignarnos luego a su Santa Voluntad.

### ***Es servir a Cristo***

Personas hay que se forjan la ilusión de desear la salud, no para evitar el sufrimiento, dicen, sino para servir mejor al Señor, para observar con más perfección la regla, para servir a la comunidad, para ir a la iglesia y comulgar, para hacer penitencia y emplearse en los ministerios de la salvación de las almas, confesando y predicando. Pero dime, ¿por qué deseas hacer estas cosas? ¿Para dar gusto a Dios? ¿Por qué andar buscando complacerle, cuando estás seguro de que es de su agrado que no reces como antes, ni comulgues, ni hagas penitencia, ni estudies ni prediques, sino que con paciencia estés tranquilo en tu lecho soportando los dolores que te aquejan? Une entonces tus dolores a los de Jesús.

Pero lo que me desagrada, dice otro, es que estando enfermo soy carga para la comunidad y doy pesadumbre a la casa. Pero si tú te resignaras a la voluntad de Dios, debes creer que tus superiores harán lo mismo, viendo que no por mala voluntad, sino por voluntad de Dios eres gravoso a la casa. Pero ¡ah!, que estas quejas y lamentos no nacen ordinariamente de amor a Dios, sino del amor propio, que va buscando pretextos para sustraerse a la Voluntad del Señor. Si de veras queremos complacerle, cuando nos veamos clavados en el lecho del dolor, digámosle estas solas palabras: “Hágase tu Voluntad”, y repitámoslas hasta mil veces, repitámoslas siempre, que con ellas daremos más gusto a Dios que con todas las mortificaciones que podamos hacer. No hallaremos mejor manera de servirle que abrazándonos alegremente con su adorable Voluntad.

### ***¿Padecer es servir?***

San Juan de Ávila, escribiendo a un sacerdote enfermo, le dice: “No consideres, amigo, lo que harías estando sano, sino cuánto agradecerás al Señor con contentarte de estar enfermo. Y si buscas, como creo que buscas, la Voluntad de Dios puramente, ¿qué más te da estar enfermo que sano, pues que su Voluntad es todo nuestro bien?”. Y tanto es así, que Dios es menos glorificado por nuestras obras que por nuestra aceptación a su santa Voluntad. Por eso decía San Francisco de Sales, que más se sirve a Dios padeciendo que obrando.

A veces nos faltarán el médico y las medicinas, o bien el doctor no acertará con nuestra enfermedad; pues también en esto debemos conformarnos con la santa Voluntad de Dios, que dispone así las cosas para nuestro bien y provecho.

### ***Orar con humildad***

Estando enfermo un devoto de Santo Tomás de Canterbury, fue al sepulcro del santo para rogarle que le concediera la salud. Al regresar a su patria, volvió en completa salud, pero entrando a pensar se dijo: ¿Para qué quiero la recobrada salud, si la enfermedad me ayudaba mejor para salvarme? Agitado con este pensamiento volvió a la tumba del Santo. Le pidió que intercediera ante Dios para que le concediera lo que más le convenía para su salvación. Apenas terminó esta plegaria, cayó enfermo y quedó a la vez muy consolado, seguro como estaba de que el Señor lo disponía así para su mayor bien.

Así, cuando estemos enfermos, lejos de pedir la salud o la enfermedad, debemos abandonarnos a la voluntad de Dios, para que disponga de nosotros como más le agrade. Con todo, si nos determinamos a pedir la salud pidámosla siempre con humildad, y a condición de que la salud del cuerpo no sea perjudicial a la de nuestra alma; de lo contrario nuestra oración será defectuosa y quedará sin respuesta, porque el Señor no

acostumbra a oír las oraciones hechas sin resignación y sin humildad.

### ***Prueba la virtud***

En mi concepto, la enfermedad es la piedra de toque de las almas, porque a su contacto se descubre la virtud que un alma atesora. Si soporta la prueba sin turbarse, sin lamentarse ni inquietarse; si obedece al médico y a los superiores; si permanece tranquila y resignada a la Voluntad de Dios, es señal de que está bien fundada en la virtud. Pero, ¿qué pensar de un enfermo que prorrumpe en lamentos y se queja de que le asisten mal, que padece insoportables dolores, que no halla alivio en los remedios, que dice que el médico es un ignorante y que llega hasta murmurar de Dios, pensando que le carga con demasía la mano?

### ***Un ejemplo de la vida de San Francisco***

Refiere San Buenaventura en la vida de San Francisco que, estando un día el Santo probado por dolores espantosos, uno de sus religiosos, hombre por extremo ingenuo, le dijo: “Pide a Dios, padre mío, que te alivie en tus dolores y que no cargue tanto sobre ti la mano”. Oyendo esto el santo, lanzó un suspiro y exclamó: “Sabe hermano, que si no estuviera persuadido de que hablaste por ingenuidad, no quisiera verte por más tiempo en mi presencia, por haberte atrevido a poner tu lengua en los juicios de Dios”. Y luego, aunque débil y extenuado por la enfermedad, besó el suelo diciendo: “Gracias te doy Señor, por los dolores que me envías, te suplico que me los aumentes, si es de tu agrado. Mi mayor gusto sería que me aflijas más, sin ceder un punto, porque en cumplir tu Voluntad, encuentro el mayor consuelo que puede experimentar en esta vida”.



# 4

## A un enfermo

P. Marcos Pizzariello <sup>3</sup>

Quienquiera que fueres:

Cuando tengas un momento de sosiego, considera el siguiente decálogo del enfermo.

1. Tu salud y tu enfermedad están en las manos de Dios. Y esas manos son buenas, seguras, fuertes, sabias. *Confía.*

2. La trama y la urdimbre de tu vida no dependen únicamente de tu libertad, ni de tu dinero, ni de tus médicos. También dependen de Dios.

3. Reconoce que tu vida es un misterio. No olvides que si Dios es incomprensible, también lo eres tú, porque al depender esencialmente de Él, participas de su misterio. El revés de un tapiz artístico, aparece absurdo, por lo que al arte atañe. Así es tu vida: un paño artístico visto al revés. En la eternidad verás la razón de todo ello. Ahora cree.

4. El sufrimiento desempeña un papel providencial en la vida del cristiano:

- es fuente de gracias;
- es purificación;
- es elevación;
- es maduración. *Reflexiona.*

---

<sup>3</sup> Oraciones siglo XX.

5. Advierte que no cualquier sufrimiento tiene estas cualidades. Es necesario sobrellevarlo con Cristo y por Cristo.

6. Jamás resolverás bien el problema del dolor si lo planteas mal. Jamás plantearás bien el problema del dolor si prescindes de estos dos factores: *amor de Dios* al hombre y *libertad humana*.

7. Jamás comprenderás cabalmente el amor que Dios te profesa, porque tú eres un misterio viviente de ese amor. La fe y sólo la fe puede, en parte, descorrer ese velo.

8. Jamás entenderás nada de lo humano, si olvidas que Cristo crucificado y resucitado, es la *única solución* de todos los problemas que se le presentan al hombre.

9. Ten presente que la felicidad no es algo que cae del cielo, como la lluvia. No es algo que surge de una fuente, fuera de nosotros mismos. Llevamos la felicidad en nosotros, al igual que un germen puesto por Dios y del cual somos responsables. La felicidad estriba en la paz interior.

10. La paz interior es la floración de la buena conciencia. *Medita.*

# 5

## Quien ama a Jesucristo sufre con gusto los padecimientos de la vida

San Alfonso María de Ligorio <sup>4</sup>

Es esta tierra lugar de merecimientos, y por lo mismo lugar de padecimientos. Nuestra patria es el paraíso, donde el Señor nos tiene deparado descanso y felicidad perdurable. Poco es el tiempo que en este destierro hemos de pasar; mas en este corto tiempo nos vemos cercados de innumerables penalidades.

*El hombre nacido de mujer —dice Job— vive corto tiempo, y está atestado de miserias (Job 14,1).* Todos por necesidad tenemos que padecer en este mundo; ya seamos justos, o ya pecadores, no podemos menos de cargar con la cruz. Quien la lleva con paciencia se salva; y por el contrario, quien la lleva con impaciencia, se pierde. “Las mismas aflicciones —dice San Agustín— a unos los conducen a la gloria, y a otros los conducen al infierno”. En el crisol de la tribulación —dice el mismo santo Doctor— se divide la paja del grano; en la Iglesia de Dios, el que en las tribulaciones se humilla y se sujeta a la

---

<sup>4</sup> A continuación quiero transcribir algunas de las páginas más hermosas que se han escrito sobre el sentido del sufrimiento y sobre el modo cristiano de asumirlo. Se trata del capítulo quinto de la obra de San Alfonso María de Ligorio “Práctica del amor a Jesucristo”. El Santo escribió este tratado en medio de grandes dolores, pues a comienzos del año 1768 la enfermedad de la artritis que le venía martirizando desde hacía tiempo, se estableció en las vértebras del cuello, doblándole de tal manera la cabeza que el hueso de la barbilla se le quedó clavado en el pecho, abriéndole una llaga profunda y dolorosa. Tenía 78 años. En medio de sus padecimientos escribió estas páginas que son fruto de su amor y de su experiencia dolorosa.

voluntad de Dios es el grano destinado para el cielo; mas el que se ensoberbece y se irrita, alejándose de esta suerte de Dios, es la paja que arderá en el infierno.

En el gran día de las cuentas, cuando se ha de someter a juicio el negocio de nuestra salvación, menester será, para obtener la sentencia feliz de los predestinados que nuestra vida se halle en un todo conforme con la vida de Jesucristo. *Porque todos aquellos que Dios desde toda la eternidad escogió para su gloria, determinó que fuesen conformes a la imagen de su unigénito Hijo* (Rom 8,29). Que éste fue el intento que el Verbo eterno se propuso al venir al mundo: darnos ejemplo con su vida y enseñarnos a llevar con paciencia las cruces que Dios nos manda. *Cristo padeció por vosotros* —escribe San Pedro— *dejándoos ejemplo, para que sigamos sus huellas* (1P 2,21). Para esforzarnos al combate quiso Él padecer; y ¡oh cielos! ¿quién no sabe que la vida de Cristo fue vida de ignominias y de penas? Llámale Isaías: *El despreciado, varón de dolores* (Is 53,3). Y en efecto, los días de Jesús no fueron otra cosa más que un tejido de trabajos y amarguras.

Pues bien, así como Dios ha tratado de esta suerte a su amado Hijo, de la misma manera tratará al alma que Él ama, y admite por hija suya. *El Señor* —dice San Pablo— *a quien ama, castiga, y azota a todo aquel que recibe por hijo* (Hb 12,6). Que por eso dijo un día a Santa Teresa: “Cree, hija, que a quien mi Padre más ama, da mayores cruces”. Y, por lo mismo, la Santa, cuando se veía tan apretada de tantos sufrimientos, decía que no los cambiaría ni por todos los tesoros del mundo. Apareciéndose después de su muerte a una de sus religiosas, le reveló que gozaba en el Cielo de gran gloria, fruto, no tanto de sus buenas obras, cuanto de los padecimientos que en vida sufrió con serenidad de ánimo por amor de Dios; y si algún deseo pudiera tener de tornar al mundo, el único sería el poder sufrir alguna cosa por Dios.

Quien padece amando a Dios, dobla la ganancia para el Cielo. Era sentencia de San Vicente de Paúl que el no penar en esta tierra debe reputarse como grande desgracia. Y añadía que una congregación o persona que no padece y es de todo el mundo aplaudida y celebrada, está ya al borde del precipicio. Por esto el día que San Francisco de Asís lo pasaba sin algún sufrimiento por Cristo, temía que Dios le hubiera dejado de su mano. Cuando el Señor concede a alguno la merced de padecer por Él, le da mayor gracia, en sentir de San Juan Crisóstomo, que si le concediera el poder de resucitar a los muertos; porque en esto de obrar milagros, el hombre se hace deudor de Dios; pero en el padecer, se hace Dios deudor del hombre. Y además, añade, que el que pasa algún sufrimiento por Cristo, aunque otro favor no recibiera, que el de padecer por Dios, a quien ama, eso sería para ella la más hermosa recompensa. Y concluye que en mayor estima tenía la gracia hecha a San Pablo de ser encarcelado por Jesucristo, que la de haber sido arrebatado al tercer cielo.

*La paciencia perfecciona las obras* (St 1,4); que es como si dijera que no hay cosa que más agrade a Dios que el contemplar a un alma que con paciencia e igualdad de ánimo lleva cuantas cruces le manda; que esto es obra del amor: hacerse el amante una misma cosa con el amado. “Todas las llagas del Redentor —decía San Francisco de Sales— son como bocas que están abiertas para enseñarnos cómo hemos de padecer trabajos por Él. Padecer con constancia con Cristo, ésta es la ciencia de los santos y atajo seguro por donde pronto llegaremos a la santidad”. Quien ama a Jesucristo desea ser como Él: pobre, despreciado y humillado. Vio San Juan a los bienaventurados *vestidos todos con blancas vestiduras y con palmas en las manos* (Ap 7,9). La palma es emblema del martirio; mas no habiendo padecido martirio todos los santos, ¿cómo es que todos llevan palmas en las manos? Da la respuesta San Gregorio, diciendo que todos los santos han sido

mártires, o a manos del verdugo o sufridos por la paciencia; de suerte —añade el Santo— que “nosotros sin hierro podemos ser mártires, con tal que nuestra alma con brío varonil se ejercite en la paciencia”.

En el amar y sufrir consiste el merecimiento de un alma que ama a Jesucristo; esto precisamente fue lo que el Señor dijo a Santa Teresa: “¿Piensas, hija, que está el merecer en el gozar? No está sino en obrar, y en padecer y en amar... Y ves mi vida toda llena de padecer... Cree, hija, que a quien mi Padre más ama, da mayores trabajos, y a éstos responde el amor... Mira estas llagas, que nunca llegarán hasta este punto tus dolores”. “Pues creer que admite Dios a su amistad estrecha gente blanda y sin trabajos es disparate”. La Santa, hablando de sí, añade en otro lugar para nuestro consuelo: “Mas ello era bien pagado, que casi siempre eran después en gran abundancia las mercedes”.

Apareciéndose cierto día Nuestro Señor a la bienaventurada Bautista Varani le dijo que “eran tres los favores de mayor precio que Él sabía hacer a sus almas amantes: el primero es no pecar; el segundo, el obrar el bien, y esto es ya de más subido valor; y el tercero, que es favor acabado y perfecto, padecer por amor de Él”. Conforme a esto decía Santa Teresa “que el Señor, en recompensa de una obra emprendida por honra y gloria suya, acaba por enviar algún padecimiento. Que por esto los santos, en pago de los trabajos que Dios les mandaba, le devolvían mil acciones de gracias”. San Luís, rey de Francia, hablando de su esclavitud entre los turcos, decía: “Me gozo y doy gracias a Dios, más por la paciencia que entre prisiones me ha concedido que si tuviera el mando y señorío de todo el universo”. Y Santa Isabel, reina de Hungría, cuando a la muerte de su esposo fue expulsada con su hijo de su Reino, abandonada de todo el mundo, entró en una iglesia de Franciscanos e hizo cantar en ella un *Te Deum* en acción de

gracias por el singular favor que Dios le otorgaba, hallándola digna de padecer por su amor.

Decía San José de Calasanz que “para ganar el Cielo todo sufrimiento es pequeño”. Ya antes lo había dicho el Apóstol San Pablo: *Todas las penas de este mundo no son de comparar con la bienaventuranza eterna que se ha de manifestar en nosotros* (Rom 8,18). Cabal y cumplida sería nuestra felicidad si pudiéramos sufrir toda nuestra vida las torturas de los mártires, con tal de gozar, aunque no fuera más que un momento, de la gloria del paraíso; entonces, ¿con cuánta mayor razón debemos abrazarnos con nuestra cruz, sabiendo que los sufrimientos de esta nuestra corta vida nos han de conquistar eterna bienaventuranza? *La tribulación tan breve y tan liviana de esta vida nos produce el eterno peso de una sublime e incomparable gloria*, dice San Pablo (2Co 4,17). Cuando a San Agapito, joven de poca edad, el tirano le amenazó con apretarle sobre las sienes un yelmo hecho fuego, respondió: “¿Y qué mayor fortuna me puede tocar en suerte que perder acá mi cabeza para verla después coronada en el paraíso?”. Y embebido San Francisco de Asís en estos pensamientos exclamaba: “Tan grande es el bien que espero, que toda pena se me torna en gozo”. El que quiera corona en el Cielo, fuerza es que pase por tentaciones y dolores; y *si con Cristo padecemos, reinaremos también con Él* (2Tim 2,12). No hay premio sin mérito, ni hay mérito sin el ejercicio de la paciencia, según dice San Pablo: *No será coronado sino el que varonilmente pelear* (2Tim 2,5). Y al que con paciencia combatiere, le ha de corresponder mayor corona.

Es de lamentar que cuando se trata de bienes temporales de este mundo, procuran sus amadores recoger cuanto más pueden; pero cuando se trata de los bienes eternos, se les oye decir: “Me basta con un rinconcito en el paraíso”. No hablaron así los santos; ellos en este mundo se contentaban con cualquier cosa, y aún se desnudaban totalmente de los bienes

terrenos; pero tratándose de los eternos, se esforzaban en ganar los más que podían. Pregunto: ¿en quién está la sabiduría?, ¿en quién la verdadera ciencia?

Y hablando de esta vida, es cosa cierta que quien con más paciencia sufre, goza también de más tranquila paz. “Tened entendido —decía San Felipe Neri— que en este mundo no hay purgatorio, sino paraíso o infierno: el atribulado que lo lleva todo con paciencia, goza de un paraíso anticipado; y el que no sufre con paciencia, tiene un infierno anticipado”. Tratando de esto decía Santa Teresa: “Para el que abraza la cruz que Dios le envía, es suave de llevar, y no le cansa”. Estando San Francisco de Sales durante algún tiempo asediado de toda clase de tribulaciones, dijo: “Desde hace algún tiempo las adversidades y secretas contradicciones que experimento me han comunicado una paz tan suave que no tiene igual, y son presagio de la próxima y estable unión de mi alma con Dios, la cual en toda verdad es la única ambición y el único anhelo de mi corazón”. Verdad es de todos conocida que no hay paz para el que lleva una vida desordenada; y sólo gozará cumplido gozo aquel que vive unido con Dios y sometido a su santa voluntad. Asistía cierto día un misionero de las Indias a un hombre condenado a muerte. Hallábase ya éste en el estrado de la ejecución, cuando llamó al padre y le dijo: “Sabed, Padre, que yo fui de vuestra Orden; mientras observé con fidelidad las Reglas, llevé una vida sin mezcla de amargura; pero cuando comencé a relajarme, en el mismo momento sentí pena y sufrimiento en todo, de tal manera que abandonando la vida religiosa, me entregué a mis desenfrenadas pasiones, que me han arrastrado a este final desventurado en que me veis. Os digo esto —añadió— para que mi ejemplo sirva a otros de escarmiento”. El Venerable Padre Luís de la Puente decía: “si quieres vivir en perpetua y tranquila paz, toma lo dulce de esta vida por amargo, y lo amargo por dulce”. Así es en verdad; porque las dulzuras, aunque suaves al paladar, dejan tras sí



amarguras y remordimiento de la conciencia por la complacencia desordenada que en ellas se tiene; mientras que los trabajos aceptados de la mano de Dios con resignación, se tornan dulces, y los ama el alma que está enamorada de Él.

Persuadámonos, pues, que en este valle de lágrimas no es posible que goce verdadera paz de corazón sino el que sobrelleva los padecimientos y se abraza gustoso a ellos por agradecer a Dios; que tal es la herencia y estado de corrupción, que nos legó el pecado original. La condición de los justos sobre la tierra es padecer amando; mientras que la de los santos en el paraíso es gozar amando. Cierto día, el Padre Séñeri el joven, aconsejó a una de sus penitentes, para animarla a padecer, que a los pies del Crucifijo escribiese estas palabras: *Así se ama*. No es tanto el padecer, cuanto la voluntad de padecer por amor de Cristo, lo que constituye la señal más cierta de que un alma ama al Señor. “Y ¿qué más ganancia —decía Santa Teresa— que tener algún testimonio de que agradamos a Dios?”. Pero ¡ay!, que la mayor parte de los hombres desfallecen con sólo oír el nombre de cruz, de humillación y dolores; sin embargo, todavía hay almas que ponen todas sus delicias en padecer, y andan como inconsolables cuando les faltan afrentas y penas. “La presencia de Jesús crucificado —decía un alma devota— me vuelve la cruz tan amable, que creo que sin sufrir no podría gozar felicidad cumplida; todo lo suple en mí el amor de Jesucristo”. Éste es el consejo que Cristo da a quien desea seguir sus pasos: que tome su cruz y vaya en pos de Él. *Lleve su cruz cada día, y sígame* (Lc 9,23). Preciso es tomarla, empero, y llevarla, no por fuerza y a despecho, sino con humildad, paciencia y amor.

¡Oh, cuán agradable es y acepto a Dios el que, con humildad y paciencia, acepta las cruces que le envía! Decía San Ignacio de Loyola que no hay leña tan a propósito para encender y conservar el fuego del amor de Dios, como el madero de la Cruz; quiere decir: amar a Dios entre los sufri-

mientos. Preguntando cierto día al Señor, Santa Gertrudis, qué cosa podía ofrecerle que le fuese más acepta y agradable, el Señor le dijo: Mira, hija, no hay cosa que yo reciba con más gusto, que sufrir con tranquilidad de ánimo todas las tribulaciones que te salen al paso. Por aquí vino a decir la fidelísima sierva de Dios, Sor Victoria Angelini, que pasar no más que un día clavada con Cristo en la Cruz, tiene más mérito que andar cien años ocupado en otros ejercicios espirituales. Semejante a ésta es la sentencia de San Juan de Ávila: “Más vale —decía— un gracias a Dios o un bendito sea Dios en las adversidades, que seis mil gracias en bendiciones y prosperidades”. Y con todo, ilos hombres ignoran todavía el valor de la Cruz llevada por Cristo! “Si esto entendieran —dice Santa Angela de Foligno—, los padecimientos serían *objeto de rapiña*; que es como decir que unos a otros se robarían las ocasiones de padecer”. Y Santa María Magdalena de Pazzis, que había gustado las dulzuras de la cruz, deseaba que Dios le alargase la vida, más bien que morir e irse al Cielo; porque —decía— en el paraíso no se puede padecer.

Todos los deseos de un alma que ama a Dios no son otros que unirse a Él por entero; mas para llegar a esta perfecta unión, veamos los consejos que nos da Santa Catalina de Génova. “Es imposible —dice— llegar a la unión con Dios sin la adversidad; porque en este crisol es donde destruye Dios todos los desordenados movimientos de nuestra alma y de nuestros sentidos. Y por esto, injurias, menosprecios, enfermedad, pérdida de parientes y amigos, humillaciones, tentaciones y otros mil géneros de penalidades nos son absolutamente necesarias, para que, batallando y yendo de victoria en victoria, consigamos extinguir en nosotros las perversas inclinaciones y no las sintamos más. Postradas ya, y vencidas, debemos procurar alcanzar, no sólo que el padecer pierda su aspereza, sino que nos sean sabrosos y deleitables los sufrimientos; sólo por aquí llegaremos a la unión con Dios”.

De donde resulta que el alma que ama a Dios con perfección, “antes busca lo desabrido, como dice San Juan de la Cruz, que lo sabroso; y más se inclina al padecer, que al consuelo..., y a las sequedades y aflicciones, que a las dulces comunicaciones, andando con avidez en busca de todo linaje de voluntarias mortificaciones; y abrazándose con mayor amor con las involuntarias, que éstas son las que Dios más estima”. Ya lo tenía dicho Salomón: *Que mejor es el varón paciente que el fuerte; y el que es señor de su ánimo, que el que conquista y gana ciudades* (Prov 16,32). Ciertamente es que mucho complace a Dios el que crucifica su carne con ayunos, cilicios y disciplinas, porque mortificándose da pruebas de varonil entereza; pero mucho más agradable es a Dios holgarse en los trabajos y sufrir con paciencia las cruces que Él nos manda. Decía San Francisco de Sales: “Las tribulaciones que nos vienen de la mano de Dios o de los hombres por beneplácito de Dios, son siempre más preciosas que las que son hijas de nuestra propia voluntad; porque es ley general que, donde menos lugar tiene nuestra voluntad, más contento hay para Dios y provecho para nuestras almas”. Y ya antes, Santa Teresa nos había dado el mismo documento, cuando dijo: “En un día podrá ganar más delante de su Majestad, de mercedes y favores perpetuos, que pudiera ser que ganara él en diez años en cruces que quisiera tomar por sí”.

Y por eso Santa María Magdalena de Pazzis exclamaba generosamente: “No hay tormento en el mundo, por penoso que sea, que no soportara yo con alegría, pensando que me vienen de la mano de Dios”. Y así fue, porque en los padecimientos no pequeños que durante cinco años padeció la Santa, bastaba traerle a la memoria que tal era la voluntad de Dios, para devolverle la paz y tranquilidad. ¡Ah!, que para conquistar a Dios, tesoro inestimable, todo es de poco o de ningún valor. “Cueste Dios lo que costare —decía el P. Hipólito Durazzo—, jamás nos costará muy caro”.

Roguemos, pues, al Señor, que nos halle dignos de amarle; que si perfectamente le amamos, humo y no más que lodo nos parecerán los bienes de este mundo; y las ignominias y los padecimientos se convertirán en suavísimos deleites. Hablando San Juan Crisóstomo de un alma que totalmente se ha entregado a Dios, dice así: “Cuando uno ha llegado al perfecto amor de Dios, vive como si estuviese solo sobre la tierra; no se cuida más de la gloria o de las ignominias; desprecia las tentaciones y los sufrimientos, y pierde el gusto y apetito de las cosas terrenas. No encontrando ya ayuda ni reposo en cosas de mundo, corre sin tregua ni descanso tras el Amado sin que haya estorbo que la detenga, porque ya trabaje, ya coma; ya duerma, ya esté en vela, en todo lo que hace y en todo lo que dice y piensa, su anhelo único es hallar al Amado; porque allí tiene cada cual su corazón, donde tiene su tesoro”.

# 6

## Un consejo a santo Domingo Savio, enfermo

*San Juan Bosco*<sup>5</sup>

Domingo Savio predijo también su cercana muerte, y decía a veces: “Tengo que correr; de lo contrario, la noche me va a sorprender en el camino”.

Hicieron los muchachos a principios del año el ejercicio de la buena muerte. Como siempre se terminó rezando un padrenuestro y avemaría por aquél de los presentes que sería el primero en morir.

Savio repitió varias veces, medio en broma: “En vez de decir por aquél que será el primero en morir, decid: un padrenuestro y avemaría por Domingo Savio, que será el primero de nosotros en morir”.

*Cuando el médico aconsejó que Domingo Savio volviera con su familia, para reponerse de su enfermedad, Don Bosco consideró prudente seguir ese consejo.*

Se avisó a su padre y se fijó la partida para el primero de marzo de 1857.

Domingo se resignó a esta determinación, pero sólo por ofrecer un sacrificio a Dios.

---

<sup>5</sup> De las Memorias Biográficas del Oratorio, vol. 5, cap. 51, 446-451.

—¿Por qué, le preguntaron, vas a tu casa de tan mala gana, cuando debieras alegrarte de poder disfrutar de tus amados padres?

—Porque desearía acabar mis días en el Oratorio, respondió.

—Te vas a casa y, cuando te hayas restablecido, vuelves.

—Ah, eso sí que no. Ya no volveré más.

La víspera de su salida, don Bosco no podía apartarlo de su lado. Siempre tenía algo que preguntarle. Entre otras cosas le dijo:

—¿Cuál es el mejor medio de que puede echar mano un enfermo para alcanzar méritos delante de Dios?”

—Ofrecerle con frecuencia sus sufrimientos.

—¿Y ninguna otra cosa más?

—Ofrendarle su vida.

—¿Puedo estar seguro de que mis pecados han sido perdonados?

—Te aseguro, en nombre de Dios, que tus pecados te han sido perdonados.

—¿Puedo estar seguro de que me salvaré?

—Sí; contando con la divina misericordia, la cual no te ha de faltar, puedes estar seguro de salvarte.

—Y si el demonio me viniese a tentar, ¿qué he de responderle?

—Respóndele que tu alma la tienes vendida a Jesucristo y que Él te la compró con su sangre, para librarla del infierno y llevarla consigo al paraíso.

—¿Podré ver, desde el paraíso, a mis compañeros del Oratorio y a mis padres?

—Sí; desde el paraíso verás la marcha del Oratorio y a tus padres también, y cuanto se refiera a ellos, y mil otras cosas mucho más agradables aún.

—¿Podré bajar alguna vez a visitarlos?

—Sí que podrás hacerlo, siempre que ello redunde a mayor gloria de Dios.

Así se entretuvo con estas y otras muchísimas preguntas, como el que ya tiene un pie en los umbrales del paraíso y se preocupa, antes de entrar, informarse bien de cuanto hay dentro.

El día de su marcha hizo de nuevo el ejercicio de la buena muerte con sus compañeros con toda devoción, y después se entretuvo con ellos dando a cada uno un buen consejo. Habló a los socios de la compañía de la Inmaculada Concepción y les animó con las más expresivas palabras a ser constantes en la observancia de las promesas hechas a María Santísima, y a depositar en ella toda su confianza.

A punto de salir, llamó a don Bosco y le dijo textualmente:

—Puesto que usted no quiere estos mis huesos, me veo obligado a llevármelos a Mondonio. Por cuatro días que le iban a estorbar a usted...; luego, todo se habría acabado; con todo, ¡hágase siempre la voluntad de Dios! Si va a Roma, no olvide el encargo que le di para el Papa acerca de Inglaterra. Ruegue a Dios para que yo tenga una buena muerte. Nos volveremos a ver en el cielo.

Habían llegado a la puerta por donde debía salir y aún tenía fuertemente asido por la mano a don Bosco. En ese momento se volvió a sus compañeros, que le rodeaban, y les dijo:

—¡Adiós, queridos compañeros, adiós a todos! Rogad por mí. Hasta vernos allí donde siempre estaremos con el Señor.

Pidió todavía a don Bosco que le contara en el número de los que podían lucrar algunas indulgencias plenarias in artículo mortis, que él había conseguido del Papa, y le besó la mano por última vez.

Partía de Turín el día primero de marzo, a las dos de la tarde, acompañado de su padre. Llegados a casa, fue a verle el médico, quien creyó se trataba de una inflamación y le aplicó sangrías. Pareció que cedía la enfermedad; así lo aseguraba el médico, así lo creían sus padres; pero Domingo no pensaba así. Persuadido de que es mejor recibir con anticipación los sacramentos que exponerse a morir sin ellos, llamó a su padre y le dijo:

—Papá, buena cosa será que también consultemos al médico del cielo. Deseo confesarme y recibir la Santa Comunión.

Fue complacido. Recibió el Santo Viático con el fervor de un serafín; y antes y después, recitó unas plegarias tan bonitas y afectuosas, que parecía un bienaventurado en conversación con Dios. Algunos días después, a pesar de que el médico aseguraba que el mal había sido vencido, el jovencito pidió que le administrasen el sacramento de la extremaunción. Sus padres y el mismo párroco, ilusionados y engañados por la serenidad y jovialidad del enfermo y por las palabras del médico, condescendieron con su petición, no porque vieran la necesidad, sino más bien por no causarle un disgusto. Recibida la extremaunción con la piedad de un santo, pidió también la bendición papal. Confortado con todos los auxilios de la Santa Religión, experimentó una alegría tan celestial, que no puede la pluma describir.



Era el 9 de marzo. Quien le oía hablar y contemplaba su rostro, no pensaba sino que era uno que guardaba reposo. El aspecto alegre, los ojos aún llenos de vida, el pleno conocimiento de sí mismo alejaban de cualquiera la idea de que estuviese a punto de muerte. Una hora y media antes de expirar, el párroco fue a visitarlo y le estuvo escuchando con gozo y estupor cómo recomendaba su alma. Estrechaba en sus manos y besaba el crucifijo, repetía frecuentes jaculatorias, con las que expresaba su ardiente deseo de ir pronto al cielo.

Salió el párroco con la esperanza de volver a verlo. El jovencito se adormeció y descansó una media hora. Al despertar se volvió hacia sus padres y dijo:

—Papá, ya es el momento.

—Aquí estoy, hijo mío, ¿qué necesitas?

—Querido papá. Este es el instante. Tome usted “El Joven Cristiano” y léame las oraciones de la buena Muerte.

A estas palabras su madre rompió a llorar y se alejó del aposento. Se le partía al padre el corazón de dolor, y las lágrimas le ahogaban la voz. Con todo, cobró ánimos y empezó a leer las preces.

Domingo repetía con voz clara y distinta todas y cada una de las palabras; pero, al final de cada invocación, intentaba decir por su cuenta: “Jesús misericordioso, tened piedad de mí”.

Cuando llegó a aquellas palabras: “Finalmente, cuando mi alma comparezca ante Ti y vea por vez primera el esplendor de tu Majestad, no la arrojes, Señor, de vuestra presencia; dignate acogerla en el seno amoroso de tu misericordia, para que eternamente cante tus alabanzas...”, añadió:

—Pues bien, cabalmente es esto lo que yo deseo, papá: cantar eternamente las alabanzas del Señor.

Pareció después conciliar de nuevo el sueño o ensimismarse en la meditación de algo importante. A poco despertó y con voz clara y alegre dijo:

—Adiós, papá, adiós; ¡qué cosa tan hermosa veo!

Y así expiró con una sonrisa en los labios y las manos juntas sobre el pecho en forma de cruz. La tarde del día 9 de marzo de 1857 había un ángel menos en la tierra y uno más en el cielo.

Esa fue la exclamación de don Bosco cuando recibió de su padre la triste noticia.

Domingo Savio fue canonizado el 12 de junio de 1954

# 7

## Carta de un enfermo

*De una carta de Luigi Rocci (11 de febrero de 1974)*<sup>6</sup>

El sábado pensaba en una frase de Vittorio De Sica: “El sufrimiento enriquece siempre, como la alegría”. Por la experiencia que tengo yo del sufrimiento, experiencia larga — dado que con este mal despiadado he nacido y pronto me redujo a la total inmovilidad con progresión muy dolorosa — puedo decir que el sufrimiento es una revelación, te lleva a ver más allá de las cosas, te descubre valores esenciales, eternos, de la vida. Sobre todo te hace sentir que eres nada y que lo que te da realidad es el gran amor de Dios por ti y por toda creatura.

He sufrido y sufro mucho. Pero siempre he sentido y siento una presencia que me dice: “¡coraje! Yo estoy contigo”. Y mi ánimo, ante aquella presencia, ante aquella silenciosa voz, queda invadido por un gozo misterioso, total. En aquella voz uno se pierde y reza: ¡Señor, quédate conmigo, no te vayas nunca! Y sientes que aquella presencia te dice: “No temas, no te dejes nunca. Tú estás en mí y en mí encontrarás descanso y gozo”. Entonces te viene como un estupor, y prorrumpe en ti una alegría que te envuelve, y sientes decir las palabras del Apocalipsis: *Yo estoy a la puerta y llamo. Si uno escucha mi voz y me abre yo entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo.* ¡Cómo es de maravillosa la amistad de Dios! ¡Su amor es transformador!

---

<sup>6</sup> El autor tiene introducido el proceso de canonización.



# 8

## Textos de Juan Pablo II a los enfermos

### ***Jubileo de los enfermos***<sup>7</sup>

Al hacerse hombre, el Hijo de Dios ha venido a visitar a cada una de las personas y se ha convertido para cada una de ellas en “la Puerta”: Puerta de la vida, Puerta de la salvación. Si el hombre quiere encontrar la salvación, debe entrar a través de esta Puerta. Cada uno está invitado a cruzar este umbral.

Hoy estáis invitados a cruzarlo especialmente vosotros, queridos enfermos y personas que sufrís...

Amadísimos hermanos y hermanas, algunos de vosotros estáis inmovilizados desde hace años en un lecho de dolor: pido a Dios que este encuentro constituya para vosotros un extraordinario alivio físico y espiritual. Deseo que esta conmovedora celebración ofrezca a todos, sanos y enfermos, la oportunidad de meditar en el valor salvífico del sufrimiento.

El dolor y la enfermedad forman parte del misterio del hombre en la tierra. Ciertamente, es justo luchar contra la enfermedad, porque la salud es un don de Dios. Pero es importante también saber leer el designio de Dios cuando el sufrimiento llama a nuestra puerta. *La “clave” de dicha lectura es la cruz de Cristo.* El Verbo Encarnado acogió nuestra debilidad, asumiéndola sobre sí en el misterio de la cruz. Desde entonces, el sufrimiento tiene *una posibilidad de sentido*, que lo hace singularmente valioso. Desde hace dos mil años, desde el día de la pasión, la cruz brilla como suprema manifestación del amor que Dios siente por nosotros. Quien sabe acogerla en su

---

<sup>7</sup> 11 de Febrero de 2000.

vida, experimenta cómo el dolor, iluminado por la fe, se transforma en fuente de esperanza y salvación.

Ojalá que Cristo sea la Puerta para vosotros, queridos enfermos llamados en este momento a llevar una cruz más pesada. Que Cristo sea también la Puerta para vosotros, queridos acompañantes, que los cuidáis. Como el buen samaritano, todo creyente debe dar amor a quien sufre. No está permitido “pasar de largo” ante quien está probado por la enfermedad. Por el contrario, hay que detenerse, inclinarse sobre su enfermedad y compartirla generosamente, aliviando su peso y sus dificultades.

Santiago escribe: *¿Está enfermo alguno entre vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que oren sobre él y le unjan con óleo en el nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor hará que se levante, y si hubiera cometido pecados, le serán perdonados* (St 5,14-15). Dentro de poco reviviremos de modo singular esta exhortación del Apóstol, cuando algunos de vosotros, queridos enfermos, recibáis el sacramento de la unción de los enfermos. Él, devolviendo el vigor espiritual y físico, pone muy bien de relieve que Cristo es para la persona que sufre *la Puerta que conduce a la vida...*

...La Iglesia entra en el nuevo milenio estrechando en su corazón el evangelio del sufrimiento, que es anuncio de redención y salvación. Hermanos y hermanas enfermos, sois testigos singulares de este Evangelio. El tercer milenio espera este testimonio de los cristianos que sufren...

Que se incline sobre cada uno de vosotros la Virgen Inmaculada, que nos visitó en Lourdes, como hoy recordamos con alegría y gratitud. En la gruta de Massabielle confió a santa Bernardita un mensaje que lleva al corazón del Evangelio: a la conversión y a la penitencia, a la oración y al abandono confiado en las manos de Dios. Con María, la Virgen de la Visitación, elevamos también nosotros al Señor el “Magnificat”,

que es el canto de la esperanza de todos los pobres, los enfermos y los que sufren en el mundo, que exultan de alegría porque saben que Dios está junto a ellos como Salvador.

### ***Jornada mundial del enfermo realizada en Loreto***<sup>8</sup>

*¡Loreto y los enfermos! ¡Qué binomio tan interesante! El famoso santuario mariano evoca inmediatamente el misterio de la Encarnación, en el que ha sido fundamental la acción del Espíritu.*

En la atmósfera sugestiva del lugar sagrado, acogamos la luz y la fuerza del Espíritu, capaz de transformar el corazón del hombre en una *morada de esperanza*. En la casa de María hay lugar para todos sus hijos. En efecto, donde habita Dios, todo hombre halla acogida, consuelo y paz, especialmente en la hora de la prueba. María, «Salud de los enfermos», da apoyo a quien vacila, luz a quien está en la duda y alivio a cuantos padecen el sufrimiento y la enfermedad.

Loreto es casa de solidaridad y esperanza donde se percibe casi sensiblemente la materna solicitud de María. Confortados por la seguridad de su materna protección, nos sentimos más animados a compartir los sufrimientos de los hermanos probados en el cuerpo y en el espíritu, para derramar sobre sus llagas, a ejemplo del buen samaritano el aceite del consuelo y el vino de la esperanza.

Como en las bodas de Caná, la Virgen está atenta a las necesidades de cada uno de los hombres y mujeres, y está dispuesta a interceder por todos ante su Hijo. Por eso es muy significativo que las Jornadas mundiales del enfermo se celebren, año tras año, en santuarios marianos.

Queridos enfermos, hoy es vuestra Jornada. Pienso en vosotros reunidos junto a la Santa Casa; en vosotros, presentes

---

<sup>8</sup> 11 de Febrero de 1998.

en esta sala, así como en todos los enfermos que se han dado cita a los pies de la Inmaculada en la gruta de Lourdes o en otros santuarios marianos del mundo entero. Pienso en vosotros, todavía más numerosos, que estáis en los hospitales, en vuestras casas, en las habitaciones que son los santuarios de vuestra paciencia y de vuestra oración diaria. A vosotros está reservado un puesto especial en la comunidad eclesial. La situación de enfermedad y el deseo de recuperar la salud os hacen testigos privilegiados de la fe y de la esperanza.

Encomiendo a la intercesión de María vuestras aspiraciones a la curación y os exhorto a que las iluminéis y las elevéis siempre con la virtud teologal de la esperanza, don de Cristo. María os ayudará a dar un significado nuevo al sufrimiento, transformándolo en camino de salvación, en ocasión de evangelización y de redención. Y así, vuestra experiencia de dolor y soledad, vivida como la de Cristo y animada por el Espíritu Santo, proclamará la fuerza victoriosa de la resurrección.

María os obtenga el don de la confianza, que os sostenga en la peregrinación terrena. La confianza es hoy más necesaria que nunca, porque es más compleja y problemática la experiencia de la vida moderna.

Y tú, Virgen de Loreto, vela sobre el camino de todos nosotros. Guíanos hacia la patria celestial, donde contemplaremos para siempre contigo la gloria de tu Hijo Jesús.

¡A todos mi afectuosa bendición!



## ***Mensaje de Juan Pablo II a los enfermos***<sup>9</sup>

Queridos hermanos y hermanas:

1. Como en otros viajes pastorales a lo largo y ancho del mundo, también en esta mi cuarta visita a México he deseado compartir con ustedes, queridos enfermos... unos momentos en la oración y la esperanza. Les quiero asegurar mi afecto y, a la vez, me asocio a su oración y a la de sus seres queridos pidiendo a Dios, por intercesión de la Santísima Virgen de Guadalupe, la conveniente salud del cuerpo y del alma, la plena identificación de sus sufrimientos con los de Cristo y la búsqueda de los motivos que, basados en la fe, nos ayudan a comprender el sentido del dolor humano.

Me siento muy cercano a cada uno de los que sufren, así como a los médicos y demás profesionales sanitarios que prestan su abnegado servicio a los enfermos. Quisiera que mi voz traspasara estos muros para llevar a todos los enfermos y agentes sanitarios la voz de Cristo, y ofrecer así una palabra de consuelo en la enfermedad y de estímulo en la misión de la asistencia, recordando muy especialmente el valor que tiene el dolor en el marco de la obra redentora del Salvador.

Estar con ustedes, servirles con amor y competencia no es sólo una obra humanitaria y social, sino sobre todo, una actividad eminentemente evangélica, pues Cristo mismo nos invita a imitar al buen samaritano, que cuando encontró en su camino al hombre que sufría *no pasó de largo, sino que tuvo compasión y, acercándose, vendó sus heridas [...] y cuidó del él* (Lc 10,32-34). Son muchas las páginas del Evangelio que nos describen el encuentro de Jesús con personas aquejadas de diversas enfermedades. Así, san Mateo nos dice que *Jesús recorría toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del reino y curando toda enfermedad y*

---

<sup>9</sup> México, 24 de enero de 1999.

*dolencia en el pueblo. Su fama llegó a toda Siria; y le trajeron todos los que se encontraban mal con enfermedades y sufrimientos diversos, endemoniados, lunáticos y paralíticos, y los curó (4,23-24). San Pedro, siguiendo los pasos de Cristo, junto a la Puerta Hermosa del templo ayudó a caminar a un tullido (cf. Hch 3,2-5) y en cuanto se corrió la voz de lo acaecido, le sacaban enfermos a las plazas y los colocaban en lechos y camillas, para que, al pasar Pedro, siquiera su sombra cubriese a alguno de ellos (ibíd. 5,15-16). Desde sus orígenes, la Iglesia, movida por el Espíritu Santo, quiere seguir los ejemplos de Jesús en este sentido, y por eso considera que es un deber y un privilegio estar al lado del que sufre y cultivar un amor preferencial hacia los enfermos. Por eso, escribí en la Carta Apostólica *Salvifici doloris*: “La Iglesia que nace del misterio de la redención en la Cruz de Cristo, está obligada a buscar el encuentro con el hombre, de modo particular, en el camino de su sufrimiento. En un encuentro de tal índole el hombre constituye el camino de la Iglesia, y es éste uno de los más importantes”.*

2. El hombre está llamado a la alegría y a la vida feliz, pero experimenta diariamente muchas formas de dolor, y la enfermedad es la expresión más frecuente y más común del sufrir humano. Ante ello es espontáneo preguntarse: ¿Por qué sufrimos? ¿Para qué sufrimos? ¿Tiene un significado que las personas sufran? ¿Puede ser positiva la experiencia del dolor físico o moral? Sin duda, cada uno de nosotros se habrá planteado más de una vez estas cuestiones, sea desde el lecho del dolor, en los momentos de convalecencia, antes de someterse a una intervención quirúrgica o cuando se ha visto sufrir a un ser querido.

Para los cristianos éstos no son interrogantes sin respuesta. **El dolor es un misterio**, muchas veces inescrutable para la razón. **Forma parte del misterio de la persona humana**, que sólo se esclarece en Jesucristo, que es quien revela al

hombre su propia identidad. Sólo desde Él podremos encontrar el sentido a todo lo humano. El sufrimiento —como he escrito en la Carta Apostólica *Salvifici doloris*— “no puede ser transformado y cambiado con una gracia exterior sino interior... Pero este proceso interior no se desarrolla siempre de igual manera... Cristo no responde directamente ni en abstracto a esta pregunta humana sobre el sentido del sufrimiento. El hombre percibe su respuesta salvífica a medida que él mismo se convierte en partícipe de los sufrimientos de Cristo. La respuesta que llega mediante esta participación es... una llamada: ‘sígueme’, ‘ven’, **toma parte con tu sufrimiento en esta obra de salvación del mundo**, que se realiza a través de mi sufrimiento. Por medio de mi cruz”. Por eso, ante el enigma del dolor, los cristianos podemos decir un decidido “hágase, Señor, tu voluntad” y repetir con Jesús: *Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; sin embargo, no se haga como yo quiero sino como quieres Tú* (Mt 26,39).

3. La grandeza y dignidad del hombre están en ser hijo de Dios y estar llamado a vivir en íntima unión con Cristo. Esa participación en su vida lleva consigo el compartir su dolor. El más inocente de los hombres —el Dios hecho hombre— fue el gran sufriente que cargó sobre sí con el peso de nuestras faltas y de nuestros pecados. Cuando Él anuncia a sus discípulos que el Hijo del Hombre debía sufrir mucho, ser crucificado y resucitar al tercer día, advierte a la vez que si alguno quiere ir en pos de Él, ha de negarse a sí mismo, tomar su cruz de cada día, y seguirle (cf. Lc 9,22ss). Existe, pues, una íntima relación entre la Cruz de Jesús —símbolo del dolor supremo y precio de nuestra verdadera libertad— y nuestros dolores, sufrimientos, aflicciones, penas y tormentos que pueden pesar sobre nuestras almas o echar raíces en nuestros cuerpos. El sufrimiento se transforma y sublima cuando se es consciente de la cercanía y solidaridad de Dios en esos momentos. Es esa la certeza que da la paz interior y la alegría espiritual propias del hombre que

sufre generosamente y ofrece su dolor *como hostia viva, consagrada y agradable a Dios* (Rm 12,1). El que sufre con esos sentimientos no es una carga para los demás, sino que contribuye a la salvación de todos con su sufrimiento.

Vistos así, el dolor, la enfermedad y los momentos oscuros de la existencia humana, adquieren una dimensión profunda e, incluso esperanzada. Nunca se está solo frente al misterio del sufrimiento: se está con Cristo, que da sentido a toda la vida: a los momentos de alegría y paz, igual que a los momentos de aflicción y pena. Con Cristo todo tiene sentido, incluso el sufrimiento y la muerte; sin Él, nada se explica plenamente, ni siquiera los legítimos placeres que Dios ha unido a los diversos momentos de la vida humana.

4. La situación de los enfermos en el mundo y en la Iglesia no es, de ningún modo, pasiva. A este respecto, quiero recordar las palabras que les dirigieron los Padres Sinodales al concluir la VII Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos: “Contamos con vosotros para enseñar al mundo entero lo que es el amor. Haremos todo lo posible para que encontréis el lugar al que tenéis derecho en la sociedad y en la Iglesia”. Como escribí en mi Exhortación apostólica *Christifideles laici*: “A todos y a cada uno se dirige el llamamiento del Señor: también los enfermos son enviados como obreros a su viña. El peso que oprime a los miembros del cuerpo y menoscaba la serenidad del alma, lejos de retraerles del trabajar en la viña, los llama a vivir su vocación humana y cristiana y a participar en el crecimiento del Reino de Dios con nuevas modalidades, incluso más valiosas [...] muchos enfermos pueden convertirse en portadores del gozo *del Espíritu Santo en medio de muchas tribulaciones* (1Ts 1,6) y ser testigos de la Resurrección de Jesús” (n. 53). En este sentido, es oportuno tener presente que los que viven en situación de enfermedad no sólo están llamados a unir su dolor a la Pasión de Cristo, sino a tener una parte activa en el anuncio del

Evangelio, testimoniando, desde la propia experiencia de fe, la fuerza de la vida nueva y la alegría que vienen del encuentro con el Señor resucitado (cf. 2Co 4,10-11; 1P 4,13; Rm 8,18ss).

Con estos pensamientos he querido suscitar en cada uno y cada una de ustedes los sentimientos que llevan a vivir las pruebas actuales con un sentido sobrenatural, sabiendo ver en ellas una ocasión para descubrir a Dios en medio de las tinieblas y los interrogantes, y adivinar los amplios horizontes que se vislumbran desde lo alto de nuestras cruces de cada día.

5. Quiero extender mi saludo a todos los enfermos de México, muchos de los cuales están siguiendo esta visita a través de la radio o de la televisión; a sus familiares, amigos y a cuantos les ayudan en estos momentos de prueba; al personal médico y sanitario, que ofrecen la contribución de su ciencia y de sus atenciones para superarlos o, por lo menos, hacerlos más llevaderos; a las autoridades civiles que se preocupan por el progreso de los hospitales y los demás centros asistenciales de los diferentes estados y del país entero. Una mención especial quiero reservar a las personas consagradas que viven su carisma religioso en el campo de la salud, así como a los sacerdotes y a los demás agentes pastorales que les ayudan a encontrar en la fe consuelo y esperanza.

No puedo dejar de agradecer las oraciones y sacrificios que ofrecen muchos de ustedes por mi persona y mi ministerio de Pastor de la Iglesia universal.

Al entregar este Mensaje... les renuevo mi saludo y mi afecto en el Señor y, por intercesión de la Virgen de Guadalupe, que al Beato Juan Diego le dijo “¿No soy yo tu salud?” — manifestándose así como a quien invocamos los cristianos con el título de “Salus infirmorum”—, les imparto de corazón la Bendición Apostólica.

*“En el momento de la muerte, no se nos juzgará por la cantidad de trabajo que hayamos hecho, sino por el peso de amor que hayamos puesto en nuestro trabajo. Este amor debe resultar del sacrificio de sí mismos y ha de sentirse hasta que haga daño”.*

*Madre Teresa de Calcuta*

# 9

## A los enfermos

*P. Marcos Pizzariello*<sup>10</sup>

Quisiera ahora llegar, por medio de estas líneas, a todos los que están sufriendo de alguna manera, para decirles que la única solución a su problema, es la fe vivida intensamente, con todas sus vibrantes y vivificantes consecuencias.

No es fácil saber sufrir cuando se tiene una fe lánguida; es imposible cuando se cree que los límites de la vida terminan definitivamente en la tumba. Sólo cuando se tiene una perspectiva de eternidad, sólo cuando se enfocan todas las vicisitudes de la existencia con una visión sobrenatural, el misterio del dolor humano tiene sentido.

Deseo estar al lado del enfermo recientemente operado; junto al que está angustiado y experimenta la sensación de que le falta oxígeno para respirar; quiero hablarle en voz baja y quedamente al que ya se ha declarado derrotado frente a las contrariedades. A todos ellos, que ahora pueden estar leyendo estas líneas o escuchándolas por boca de un familiar o amigo, quisiera decirles, que nosotros no tenemos en esta tierra ciudad permanente, que vivimos en tiendas de campaña, que somos futuro, que esta vida no es verdadera, sino la otra. Quisiera decirles, sí, decirles todo esto... Pero ¿qué repercusión pueden tener estas palabras en un alma sin fe y sin esperanza. Por estas almas hemos de elevar nuestra súplica al Altísimo, para que las fecunde con el don sobrenatural de la fe.

---

<sup>10</sup> *Mensajes Espirituales* (Lumen 1989) 55-57.

No dudo que muchos de mis lectores tienen fe, y no pocos de ellos necesitan una palabra de aliento en los momentos difíciles en que se encuentran. Para ellos quiero transmitirles la siguiente exhortación de autor desconocido y que dice:

Cuando todo se oscurece,  
cuando el camino es difícil,  
cuando la tristeza llama,  
cuando la vida es pesada,  
porque su carga la aplasta,  
cuando la salud es pobre  
porque Él permitió que fallara,  
cuando al doblar un sendero  
sólo las penas aguardan,  
cuando las lágrimas corren  
porque de adentro las mandan,  
cuando todo se derrumba  
porque las bases son malas,  
cuando nos creemos solos  
porque nadie nos ampara,  
tomemos un Crucifijo,  
y en él puesta la mirada,  
contémosle nuestras penas,  
que por ser nuestras se agrandan,  
y hablemos de sufrimientos,  
a Quien sufrió más que nadie,  
y ofrezcamos nuestras lágrimas,  
a Quien lloró de sangre;  
y Quien jamás nos faltará,  
aunque creímos su falta,  
nos consolará diciendo:  
“Desde aquí yo te acompaño,  
eres mi hermano por hombre,  
pues hijo eres de mi Padre...”



Y esta Cruz yo la he elegido  
por amarte más que nadie.  
Carga la tuya y me sigues  
confía en Mí, no desmayes”



# 10

## Oración de confianza de un alma atribulada

*Santa Faustina Kowalska*<sup>11</sup>

Cuando el dolor se adueña de toda mi alma  
y el horizonte oscurece como la noche,  
y el corazón está desgarrado  
por la tortura de la tribulación,  
¡Oh, Jesús crucificado, Tú eres mi fuerza!

Cuando el alma ofuscada por el dolor,  
se esfuerza y lucha sin respiro,  
y el corazón agoniza en la amargura de la angustia,  
¡Oh, Jesús crucificado, Tú eres la esperanza  
de mi salvación!

---

<sup>11</sup> En el año 1933, durante una hora de adoración, Dios le reveló a Sor Faustina todo lo que ella tendría que sufrir: falsas acusaciones, la pérdida del buen nombre, y muchos tormentos. Cuando la visión terminó, un sudor frío bañó su frente. Jesús le hizo saber que aun cuando ella no quisiese recibir estos sacrificios, igualmente se salvaría y Él no disminuiría sus gracias y seguiría manteniendo una relación íntima con ella: la generosidad de Dios no disminuiría para nada. Consciente que todo el misterio dependía de su conformidad voluntaria, consintió libremente al sacrificio en completo uso de sus facultades. Luego escribió lo siguiente en su diario: “De repente, cuando había consentido hacer el sacrificio con todo mi corazón y todo mi entendimiento; la presencia de Dios me cubrió, me parecía que me moría de amor a la vista de su mirada”. Faustina fue canonizada el 30 de abril del año 2000. De ella es esta hermosa oración.

Y así pasa día tras día,  
y el alma se hunde en un mar de amargura,  
y el corazón se diluye en lágrimas,  
¡Oh, Jesús crucificado, Tú me iluminas como la aurora!

Y cuando el cáliz de amargura ya rebosa,  
y todo conspira contra el alma,  
y ella vive momentos de Getsemaní,  
¡Oh, Jesús crucificado, en Ti tengo mi defensa!

Cuando el alma consciente de su inocencia  
acepta de Dios estas pruebas,  
entonces el corazón es capaz de compensar  
las molestias con el amor,  
¡Oh, Jesús crucificado, cambia mi debilidad  
en omnipotencia!

# 11

## El sacramento de los enfermos

*Catecismo de la Iglesia Católica* <sup>12</sup>

“Con la sagrada unción de los enfermos y con la oración de los presbíteros, toda la Iglesia entera encomienda a los enfermos al Señor sufriente y glorificado para que los alivie y los salve. Incluso los anima a unirse libremente a la pasión y muerte de Cristo; y contribuir, así, al bien del Pueblo de Dios”.

### **Fundamentos bíblicos**

**La enfermedad en la vida humana.** La enfermedad y el sufrimiento se han contado siempre entre los problemas más graves que aquejan la vida humana. En la enfermedad, el hombre experimenta su impotencia, sus límites y su finitud. Toda enfermedad puede hacernos entrever la muerte.

La enfermedad puede conducir a la angustia, al repliegue sobre sí mismo, a veces incluso a la desesperación y a la rebelión contra Dios. Puede también hacer a la persona más madura, ayudarla a discernir en su vida lo que no es esencial para volverse hacia lo que lo es. Con mucha frecuencia, la enfermedad empuja a una búsqueda de Dios, un retorno a El.

**El enfermo ante Dios.** El hombre del Antiguo Testamento vive la enfermedad de cara a Dios. Ante Dios se lamenta por su enfermedad y de El, que es el Señor de la vida y de la muerte, implora la curación. La enfermedad se convierte en camino de conversión y el perdón de Dios inaugura la curación. Israel experimenta que la enfermedad, de una manera misteriosa, se

---

<sup>12</sup> Nn. 1499-1525.

vincula al pecado y al mal; y que la fidelidad a Dios, según su Ley, devuelve la vida: *Yo, el Señor, soy el que te sana* (Ex 15,26). El profeta entrevé que el sufrimiento puede tener también un sentido redentor por los pecados de los demás. Finalmente, Isaías anuncia que Dios hará venir un tiempo para Sión en que perdonará toda falta y curará toda enfermedad.

**Cristo, médico.** La compasión de Cristo hacia los enfermos y sus numerosas curaciones de dolientes de toda clase son un signo maravilloso de que *Dios ha visitado a su pueblo* (Lc 7,16) y de que el Reino de Dios está muy cerca. Jesús no tiene solamente poder para curar, sino también de perdonar los pecados: vino a curar al hombre entero, alma y cuerpo; es el médico que los enfermos necesitan. Su compasión hacia todos los que sufren llega hasta identificarse con ellos: *Estuve enfermo y me visitasteis* (Mt 25,36). Su amor de predilección para con los enfermos no ha cesado, a lo largo de los siglos, de suscitar la atención muy particular de los cristianos hacia todos los que sufren en su cuerpo y en su alma. Esta atención dio origen a infatigables esfuerzos por aliviar a los que sufren.

A menudo Jesús pide a los enfermos que crean. Se sirve de signos para curar: saliva e imposición de manos, barro y ablución. Los enfermos tratan de tocarlo, *pues salía de él una fuerza que los curaba a todos* (Lc 6,19). Así, en los sacramentos, Cristo continúa “tocándonos” para sanarnos.

Conmovido por tantos sufrimientos, Cristo no sólo se deja tocar por los enfermos, sino que hace suyas sus miserias: *El tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades* (Mt 8,17). No curó a todos los enfermos. Sus curaciones eran signos de la venida del Reino de Dios. Anunciaban una curación más radical: la victoria sobre el pecado y la muerte por su Pascua. En la Cruz, Cristo tomó sobre sí todo el peso del mal y quitó el *pecado del mundo* (Jn 1,29), del que la enfermedad no es sino una consecuencia. Por su pasión y su

muerte en la Cruz, Cristo dio un sentido nuevo al sufrimiento: desde entonces éste nos configura con El y nos une a su pasión redentora.

**“Sanad a los enfermos...”**. Cristo invita a sus discípulos a seguirle tomando a su vez su cruz. Siguiéndole adquieren una nueva visión sobre la enfermedad y sobre los enfermos. Jesús los asocia a su vida pobre y humilde. Les hace participar de su ministerio de compasión y de curación: *Y, yéndose de allí, predicaron que se convirtieran; expulsaban a muchos demonios, y ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban* (Mc 6,12-13).

El Señor resucitado renueva este envío (*en mi nombre... impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán bien*, Mc 16,17-18) y lo confirma con los signos que la Iglesia realiza invocando su nombre. Estos signos manifiestan de una manera especial que Jesús es verdaderamente “Dios que salva”.

El Espíritu Santo da a algunos un carisma especial de curación para manifestar la fuerza de la gracia del Resucitado. Sin embargo, ni siquiera las oraciones más fervorosas obtienen la curación de todas las enfermedades. Así san Pablo aprende del Señor que *mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza* (2 Co 12,9), y que los sufrimientos que tengo que padecer, tienen como sentido lo siguiente: *completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia* (Col 1,24).

*iSanad a los enfermos!* (Mt 10,8). La Iglesia ha recibido esta tarea del Señor e intenta realizarla tanto mediante los cuidados que proporciona a los enfermos como por la oración de intercesión con la que los acompaña. Cree en la presencia vivificante de Cristo, médico de las almas y de los cuerpos. Esta presencia actúa particularmente a través de los sacramentos, y de manera especial por la Eucaristía, pan que da la vida eterna y cuya conexión con la salud corporal insinúa san Pablo.

No obstante, la Iglesia apostólica tuvo un rito propio en favor de los enfermos, atestiguado por Santiago: *¿Está enfermo alguno de vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que oren sobre él y le unjan con óleo en el nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor hará que se levante, y si hubiera cometido pecados, le serán perdonados* (St 5,14-15). La Tradición ha reconocido en este rito uno de los siete sacramentos de la Iglesia.

**Un sacramento de los enfermos.** La Iglesia cree y confiesa que, entre los siete sacramentos, existe un sacramento especialmente destinado a reconfortar a los atribulados por la enfermedad: la Unción de los enfermos: “Esta unción santa de los enfermos fue instituida por Cristo nuestro Señor como un sacramento del Nuevo Testamento, verdadero y propiamente dicho, insinuado por Marcos, y recomendado a los fieles y promulgado por Santiago, apóstol y hermano del Señor” [Concilio de Trento].

En la tradición litúrgica, tanto en Oriente como en Occidente, se poseen desde la antigüedad testimonios de unciones de enfermos practicadas con aceite bendito. En el transcurso de los siglos, la Unción de los enfermos fue conferida, cada vez más exclusivamente, a los que estaban a punto de morir. A causa de esto, había recibido el nombre de “Extremaunción”. A pesar de esta evolución, la liturgia nunca dejó de orar al Señor a fin de que el enfermo pudiera recobrar su salud si así convenía a su salvación.

...“El sacramento de la Unción de los enfermos se administra a los gravemente enfermos ungiéndolos en la frente y en las manos con aceite de oliva debidamente bendecido o, según las circunstancias, con otro aceite de plantas, y pronunciando una sola vez estas palabras: ‘Por esta santa unción, y por su bondadosa misericordia te ayude el Señor con la gracia del



Espíritu Santo, para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad' [Pablo VI].

### ***Ministro y sujeto del Sacramento***

**En caso de grave enfermedad...** La Unción de los enfermos “no es un sacramento sólo para aquellos que están a punto de morir. Por eso, se considera tiempo oportuno para recibirlo cuando el fiel empieza a estar en peligro de muerte por enfermedad o vejez”.

Si un enfermo que recibió la unción recupera la salud, puede, en caso de nueva enfermedad grave, recibir de nuevo este sacramento. En el curso de la misma enfermedad, el sacramento puede ser reiterado si la enfermedad se agrava. Es apropiado recibir la Unción de los enfermos antes de una operación importante. Y esto mismo puede aplicarse a las personas de edad avanzada cuyas fuerzas se debilitan.

**“...Llame a los presbíteros de la Iglesia”** Sólo los sacerdotes (obispos y presbíteros) son ministros de la Unción de los enfermos. Es deber de los pastores instruir a los fieles sobre los beneficios de este sacramento. Los fieles deben animar a los enfermos a llamar al sacerdote para recibir este sacramento. Y que los enfermos se preparen para recibirlo en buenas disposiciones, con la ayuda de su pastor y de toda la comunidad eclesial a la cual se invita a acompañar muy especialmente a los enfermos con sus oraciones y sus atenciones fraternas.

### ***La celebración del Sacramento***

Como en todos los sacramentos, la Unción de los enfermos se celebra de forma litúrgica y comunitaria, que tiene lugar en familia, en el hospital o en la iglesia, para un solo enfermo o para un grupo de enfermos. Es muy conveniente que se celebre dentro de la Eucaristía, memorial de la Pascua del Señor. Si las circunstancias lo permiten, la celebración del sacramento puede

ir precedida del sacramento de la Penitencia y seguida del sacramento de la Eucaristía. En cuanto sacramento de la Pascua de Cristo, la Eucaristía debería ser siempre el último sacramento de la peregrinación terrenal, el “viático” para el “paso” a la vida eterna.

Palabra y sacramento forman un todo inseparable. La Liturgia de la Palabra, precedida de un acto de penitencia, abre la celebración. Las palabras de Cristo y el testimonio de los apóstoles suscitan la fe del enfermo y de la comunidad para pedir al Señor la fuerza de su Espíritu.

La celebración del sacramento comprende principalmente estos elementos: *los presbíteros de la Iglesia* (St 5,14) imponen —en silencio— las manos a los enfermos; oran por los enfermos en la fe de la Iglesia; es la epiclesis propia de este sacramento; luego ungen al enfermo con óleo bendecido, si es posible, por el obispo.

Estas acciones litúrgicas indican la gracia que este sacramento confiere a los enfermos.

### ***Efectos de la celebración de este Sacramento***

*Un don particular del Espíritu Santo.* La gracia primera de este sacramento es una gracia de consuelo, de paz y de ánimo para vencer las dificultades propias del estado de enfermedad grave o de la fragilidad de la vejez. Esta gracia es un don del Espíritu Santo que renueva la confianza y la fe en Dios y fortalece contra las tentaciones del maligno, especialmente tentación de desaliento y de angustia ante la muerte. Esta asistencia del Señor por la fuerza de su Espíritu quiere conducir al enfermo a la curación del alma, pero también a la del cuerpo, si tal es la voluntad de Dios. Además, *si hubiera cometido pecados, le serán perdonados* (St 5,15).

*La unión a la Pasión de Cristo.* Por la gracia de este sacramento, el enfermo recibe la fuerza y el don de unirse más

íntimamente a la Pasión de Cristo: en cierta manera es consagrado para dar fruto por su configuración con la Pasión redentora del Salvador. El sufrimiento, secuela del pecado original, recibe un sentido nuevo, viene a ser participación en la obra salvífica de Jesús.

*Una gracia eclesial.* Los enfermos que reciben este sacramento, “uniéndose libremente a la pasión y muerte de Cristo, contribuyen al bien del Pueblo de Dios”. Cuando celebra este sacramento, la Iglesia, en la comunión de los santos, intercede por el bien del enfermo. Y el enfermo, a su vez, por la gracia de este sacramento, contribuye a la santificación de la Iglesia y al bien de todos los hombres por los que la Iglesia sufre y se ofrece, por Cristo, a Dios Padre.

*Una preparación para el último tránsito.* Si el sacramento de la Unción de los enfermos es concedido a todos los que sufren enfermedades y dolencias graves, lo es con mayor razón “a los que están a punto de salir de esta vida” (*in exitu viae constituti*); de manera que se la ha llamado también *sacramentum exeuntium* (“sacramento de los que parten”). La Unción de los enfermos acaba por conformarnos con la muerte y resurrección de Cristo, como el Bautismo había comenzado a hacerlo. Es la última de las sagradas unciones que jalonan toda la vida cristiana; la del Bautismo había sellado en nosotros la vida nueva; la de la Confirmación nos había fortalecido para el combate de esta vida. Esta última unción ofrece al término de nuestra vida terrena un escudo para defenderse en los últimos combates y entrar en la Casa del Padre.

### ***El Viático, último Sacramento del cristiano***

A los que van a dejar esta vida, la Iglesia ofrece, además de la Unción de los enfermos, la Eucaristía como viático. Recibida en este momento del paso hacia el Padre, la Comunión del Cuerpo y la Sangre de Cristo tiene una significación y una importancia particulares. Es semilla de vida eterna y poder de

resurrección, según las palabras del Señor: *El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día* (Jn 6,54). Puesto que es sacramento de Cristo muerto y resucitado, la Eucaristía es aquí sacramento del paso de la muerte a la vida, de este mundo al Padre.

Así, como los sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y de la Eucaristía constituyen una unidad llamada “los sacramentos de la iniciación cristiana”, se puede decir que la Penitencia, la Santa Unción y la Eucaristía, en cuanto viático, constituyen, cuando la vida cristiana toca a su fin, “los sacramentos que preparan para entrar en la Patria” o los sacramentos que cierran la peregrinación.

# 12

## Textos sobre el sufrimiento

*San Pio de Pietralcina* <sup>13</sup>

“En las horas de lucha acordémonos de Jesús, que está con nosotros y sufre con nosotros y por nosotros; recurramos a Él y seremos siempre confortados, así alcanzaremos y cantaremos siempre victoria delante de Dios”.

“Cuando a Él le plazca ponernos en la cruz, agradezcámo-selo y considerémonos afortunados por el gran honor que nos hace”.

“Sé que sufrís mucho; pero ¿no es el sufrimiento el que nos hace subir al Calvario y de éste al Tabor? Arriba, pues. ¡Ánimo! Y Jesús estará contento de ti”.

“Considérate afortunadísima por haber sido hecha digna de participar en los dolores del Hombre Dios”.

“¡Oh! qué feliz deberías considerarte, si te esforzaras por morar (en el Calvario) siempre, y morar fiel y amorosamente”.

“Para llegar a conseguir nuestro fin, es preciso seguir a nuestro divino jefe, que no quiso conducir al alma escogida sino por el camino que Él siguió, es decir, por el camino de la abnegación y de la cruz”.

“Las tribulaciones, las cruces son siempre la herencia y la porción de las almas elegidas”.

---

<sup>13</sup> Tomo estos textos del libro de Melchor de Pobladora, *En la Escuela Espiritual del Padre P'io de Pietrelcina* (León 1983).

“Las otras pruebas a las que Dios os somete y os someterá, todas son signos del amor divino y perlas para el alma”.

“Os ha destinado a gran santidad y por ello os ha sometido a cruces no comunes y todavía os someterá a más”.

“Ten la certeza de que, mientras duren las pruebas, el Señor te ama con predilección y habita en el centro de tu espíritu”.

“No temas: después de haber sido traspasada con Jesús y puesta en el sepulcro de Jesús, verás la luz indefectible, y del Calvario pasarás al Tabor eterno”.

“No desees bajar de esta cruz, ¡oh mi querida hija! Esta vida es breve; las recompensas que nos esperan en el ejercicio de la cruz son eternas”.

“¡Ah! no desees bajar de esta cruz, porque sería el descenso del alma a la llanura donde Satanás nos tiende las asechanzas”.

# 13

## Plegaria de un enfermo

P. Marcos Pizzariello <sup>14</sup>

Señor, te pido que me concedas  
espíritu de fe, para sobrellevar  
más cristianamente mi enfermedad,  
para que pueda vivir con gusto  
las grandes verdades  
referentes a la gracia santificante  
y a la inhabitación  
de la Santísima Trinidad en mi alma.

Todo ese mundo maravilloso  
de tu gracia santificante es  
como si no existiera para mí,  
porque mi fe es desvaída  
y no penetra los entresijos de mi ser.

Que desde la mañana a la noche,  
en todas las vicisitudes  
de mi enfermedad, recuerde vivamente  
tus sufrimientos en la cruz,  
que siempre tenga presentes  
tus palabras: quien no ame la cruz  
no puede ser mi discípulo,  
quien desee seguirme que tome su cruz  
y venga en pos de mí...

---

<sup>14</sup> *Mi palabra es oración* (Buenos Aires 1989) 28-31.

Y ahora, Señor, esta cruz  
de mi enfermedad, la he de llevar  
junto a Ti, con serenidad, con paz,  
con paciencia si no puedo con alegría.  
Esta cruz es muy prolongada.  
No me quejo, solamente te manifiesto  
lo que siento, porque al fin y al cabo  
soy hombre y no puedo naturalmente  
amar esta enfermedad, que me limita,  
que me distrae de mis ocupaciones  
más apremiantes, que me...

Te pido insistentemente que,  
a pesar de tantos sinsabores,  
a pesar de las debilidades de mi cuerpo  
y de mi alma,  
me envíes tu paz,  
esa paz que únicamente Tú puedes dar,  
porque eres la fuente de la misma,  
porque Tú eres la paz.

No puedo pedir al mundo esa paz  
que necesito, porque el mundo  
es incapaz de brindar una paz profunda,  
que dimana de la buena conciencia,  
que nace de la fe  
constantemente vivida.

No puedo pedir a la medicina esa paz,  
porque la paz de las inyecciones  
es instantánea, pronto se disipa.  
Tú sí. Tú, Señor, eres el único dador  
de la paz verdadera y profunda.



Que mi espíritu descanse únicamente  
en Ti, porque eres la paz de la mente,  
la paz de la voluntad y la paz  
del corazón, ya que Tú pones orden  
en mi pensar, orden en mi querer  
y orden en mi amor.

Acrescienta mi esperanza; esa esperanza  
que me asegura en medio  
de mis inseguridades, que me aquieta  
en medio de mis inquietudes,  
que me alienta en medio de mis desánimos,  
que ancla mi vida en Ti,  
único puerto seguro,  
en donde puedo descansar  
después de las tormentas,  
que a menudo sacuden  
la débil barquichuela de mi existencia.

Dame constancia en la mortificación,  
fortaleza en todos los reveses,  
para que nunca me queje  
de los dolores con que la enfermedad  
acosa mi cuerpo, nunca tenga un atisbo  
de resentimiento, y jamás diga  
“¿porqué me ha tocado a mí y no a otro?”



# 14

## La barca de la vida

*Santa Faustina Kowalska*

Navega la barca de mi vida  
entre las oscuridades y las sombras de la noche,  
y no veo ningún puerto,  
estoy a merced del mar profundo.

La más pequeña tempestad podría hundirme,  
sumergiendo mi barca en el torbellino de las olas,  
si no vigilaras sobre mí Tú Mismo, oh Dios,  
en cada momento de mi vida, en cada instante.

En medio del estruendo de las olas  
navego tranquilamente con confianza  
y, como una niña, miro adelante sin temor,  
porque Tú, oh Jesús, eres mi luz.

Todo alrededor es horror y espanto,  
pero mi paz es más profunda  
que las profundidades del mar  
porque quien está Contigo, Señor, no perecerá:  
me lo asegura tu amor divino.

Aunque alrededor hay muchos peligros,  
no los temo, porque miro el cielo estrellado.  
Y navego con desnudo y alegría,  
como corresponde a un corazón puro.

Pero sobre todo, únicamente  
por ser Tú mi timonero, oh Dios,  
la barca de mi vida navega tan serenamente;  
lo reconozco en la más profunda humildad.

# 15

## Pensamientos

*San Luis Orione*<sup>15</sup>

“¡Dichosos los que padecen algo, los doloridos en el espíritu y en el cuerpo, en nombre y por amor a Jesucristo”.

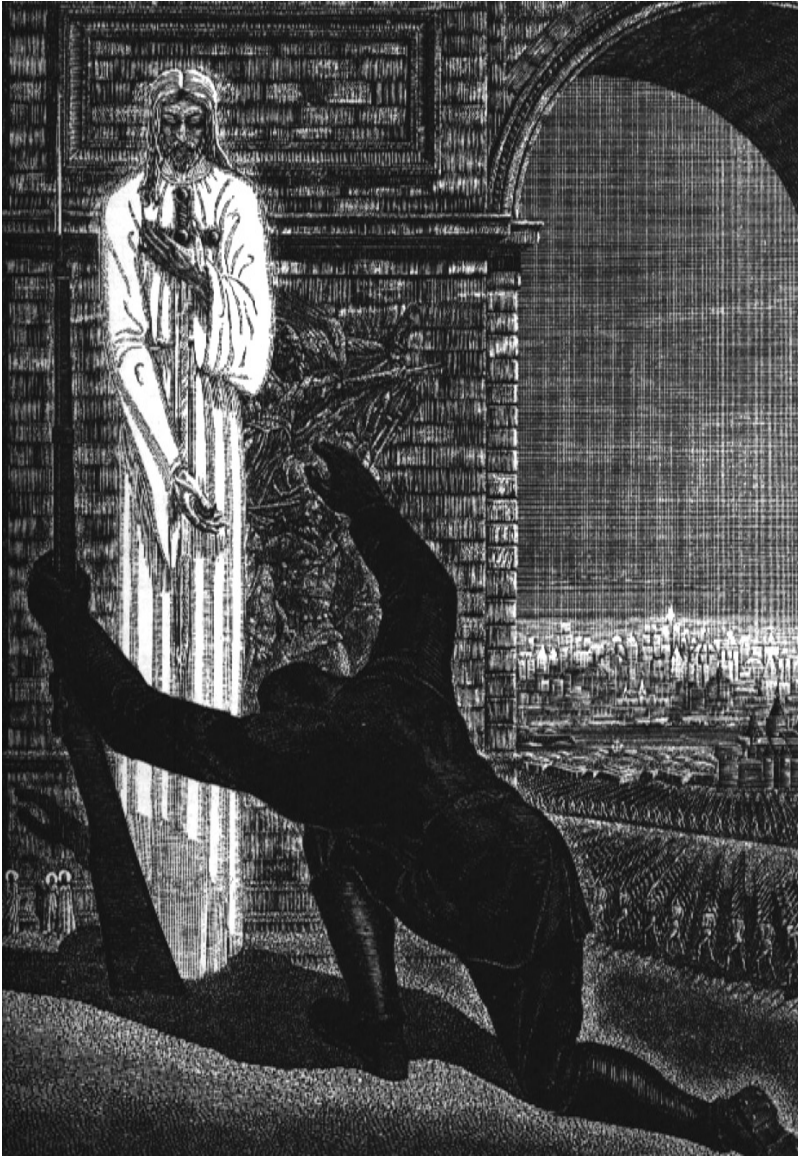
“Esto es lo que agrada a Jesús; que se viva muriendo, y que se fatigue el ánimo en el dolor e inmolándose por el Papa, por la Iglesia, por la santificación del clero; por las almas, por la santificación de los pecadores, por la conversión de los infieles; por la paz del mundo, por los que lloran, por los que sufren las humanas injusticias; por todos, por todos: ¡para vencer el mal con el bien! A gloria de Dios”.

“¡Así, hijitos! Debéis hasta alegraros de sufrir con Jesús Crucificado y con la Iglesia: no podéis hacer nada más agradable al Señor y a la Santísima Virgen; sentíos felices de sufrir y dar la vida por el amor a Jesús. ¡El ejemplo de Jesús y de María Santísima y de los Santos, os anime!”.

“¿A qué cosa habremos de temer nosotros? El Señor está siempre junto a los que le aman, junto a los que desean amarlo y servirlo, sanos o enfermos, siempre y siempre cada vez más fielmente como buenos soldados de Cristo; junto a los que quieren vivir y soportar fatigas con Jesús y por Jesús en amor santo de caridad, de padecimientos, de consumación de nosotros mismos: divina hostia, divino holocausto en la voluntad de Dios, en la caridad de Jesucristo”.

---

<sup>15</sup> Del Libro de Carlos Sterpi, *El Espíritu de Don Orione* (Mar del Plata 1950).



# 16

## Saber sufrir

*P. Marcos Pizzariello*<sup>16</sup>

Hay enfermos que se afligen y lamentan, no tanto de sus sufrimientos, cuanto por las incomodidades que causan a los de casa y por no poder ocuparse de obras buenas ni de la oración, como lo hacían cuando estaban sanos, afirma San Francisco de Sales; y continúa diciendo que se engañan grandemente en esto.

En cuanto a las incomodidades y padecimientos que causan a los demás, deben pensar que quien es paciente, quiere lo que Dios quiere y como Dios lo quiere, con todas las incomodidades y circunstancias que sean de su divino beneplácito; en cuanto al no poder trabajar, un día de sufrimientos padecidos con resignación, vale más que un mes de grandes fatigas; y en lo que se refiere a la oración ¿qué es mejor: estar en la Cruz de Cristo, o quedarse solo al pie de la Cruz, contemplando los dolores de la divina Víctima? El ofrecer a Dios la enfermedad misma, recordar por quién y para qué se sufre, y conformarse con la voluntad de Dios, es ya de por sí una muy excelente oración.

Santa Teresa decía que debemos considerar que ante la divina Majestad de Dios, se consigue más en un solo día de padecimientos, que procedan de Dios mismo o del prójimo, que en diez años con padecimientos y ejercicios fijados por nosotros mismos.

---

<sup>16</sup> *Mensajes Espirituales* (Lumen 1989) 58-60.

San Vicente de Paúl nos recuerda que el Señor nos manda las enfermedades y tribulaciones para darnos un medio de pagar las inmensas deudas que con Él hemos contraído. Por eso los cristianos criteriosos las reciben con júbilo, porque piensan más en el bien que acarrear, que en la pena que producen.

Saber sufrir es la ciencia del vivir.

Sentenciosamente san Felipe Neri afirmaba que en esta vida no hay purgatorio, sino paraíso o infierno; porque quien soporta las tribulaciones con paciencia, goza del paraíso; quien no, sufre un infierno.



# 17

## A los ancianos

Juan Pablo II <sup>17</sup>

¿Qué es la vejez? A veces se habla de ella como del otoño de la vida —como ya decía Cicerón—, por analogía con las estaciones del año y la sucesión de los ciclos de la naturaleza. Basta observar a lo largo del año los cambios de paisaje en la montaña y en la llanura, en los prados, los valles y los bosques, en los árboles y las plantas. Hay una gran semejanza entre los biorritmos del hombre y los ciclos de la naturaleza, de la cual él mismo forma parte...

Por tanto, así como la infancia y la juventud son el periodo en el cual el ser humano está en formación, vive proyectado hacia el futuro y, tomando conciencia de sus capacidades, hilvana proyectos para la edad adulta, también la vejez tiene sus ventajas porque —como observa San Jerónimo—, atenuando el ímpetu de las pasiones, “acrecienta la sabiduría, da consejos más maduros”. En cierto sentido, es la época privilegiada de aquella sabiduría que generalmente es fruto de la experiencia, porque “el tiempo es un gran maestro”. Es bien conocida la oración del Salmista: *Enséñanos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato* (Sal 90,12)...

El Salmo 92, como sintetizando los maravillosos testimonios de ancianos que encontramos en la Biblia, proclama: *El justo crecerá como una palmera, se alzaré como un cedro del Líbano; [...] En la vejez seguirá dando fruto y estará lozano y frondoso para proclamar que el Señor es justo* (13,15-16). El

---

<sup>17</sup> 1 de Octubre de 1999.

apóstol Pablo, haciéndose eco del Salmista, escribe en la carta a Tito: *que los ancianos sean sobrios, dignos, sensatos, sanos en la fe, en la caridad, en la paciencia, en el sufrimiento; que las ancianas asimismo sean en su porte cual conviene a los santos [...]; para que enseñen a las jóvenes a ser amantes de sus maridos y de sus hijos (2,2-5)...*

Así pues, a la luz de la enseñanza y según la terminología propia de la Biblia, la vejez se presenta como un “tiempo favorable” para la culminación de la existencia humana y forma parte del proyecto divino sobre cada hombre, como ese momento de la vida en el que todo confluye, permitiéndole de este modo comprender mejor el sentido de la vida y alcanzar la “sabiduría del corazón”. *La ancianidad venerable* —advierte el libro de la Sabiduría— *no es la de los muchos días ni se mide por el número de años; la verdadera canicie para el hombre es la prudencia, y la edad proveya, una vida inmaculada* (4,8-9). Es la etapa definitiva de la madurez humana y, a la vez, expresión de la bendición divina...

La fe ilumina así el misterio de la muerte e infunde serenidad en la vejez, no considerada y vivida ya como espera pasiva de un acontecimiento destructivo, sino como acercamiento prometedor a la meta de la plena madurez. Son años para vivir con un sentido de confiado abandono en las manos de Dios, Padre providente y misericordioso; un periodo que se ha de utilizar de modo creativo con vistas a profundizar en la vida espiritual, mediante la intensificación de la oración y el compromiso de una dedicación a los hermanos en la caridad...

El Evangelio nos recuerda, a este propósito, las palabras del anciano Simeón, que se declara preparado para morir una vez que ha podido estrechar entre sus brazos al Mesías esperado: *Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz, porque han visto mis ojos tu salvación* (Lc 2,29-30). El apóstol Pablo se debatía, apremiado por

ambas partes, entre el deseo de seguir viviendo para anunciar el Evangelio y el anhelo de *partir y estar con Cristo* (Flp 1,23). San Ignacio de Antioquía nos dice que, mientras iba gozoso a sufrir el martirio, oía en su interior la voz del Espíritu Santo, como “agua” viva que le brotaba de dentro y le susurraba la invitación: “Ven al Padre”. Los ejemplos podrían continuar aún. En modo alguno ensombrecen el valor de la vida terrena, que es bella a pesar de las limitaciones y los sufrimientos, y ha de ser vivida hasta el final. Pero nos recuerdan que no es el valor último, de tal manera que, desde una perspectiva cristiana, el ocaso de la existencia terrena tiene los rasgos característicos de un “paso”, de un puente tendido desde la vida a la vida, entre la frágil e insegura alegría de esta tierra y la alegría plena que el Señor reserva a sus siervos fieles: *¡Entra en el gozo de tu Señor!* (Mt 25, 21)...

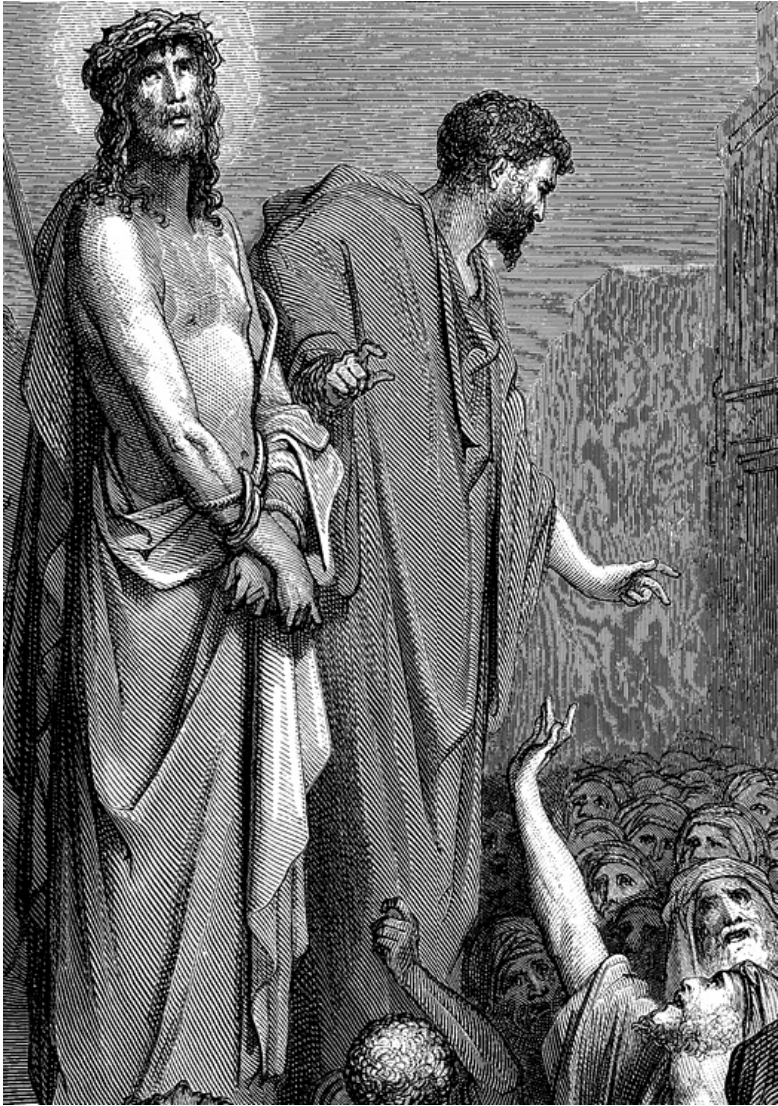
*Iube me venire ad te! (imándame ir a Ti!) éste es el anhelo más profundo del corazón humano, incluso para el que no es consciente de ello.*

*Concédenos, Señor de la vida, la gracia de tomar conciencia lúcida de ello y de saborear como un don, rico de ulteriores promesas, todos los momentos de nuestra vida.*

*Haz que acojamos con amor tu voluntad, poniéndonos cada día en tus manos misericordiosas.*

*Cuando venga el momento del “paso” definitivo, concédenos afrontarlo con ánimo sereno, sin pesadumbre por lo que dejemos. Porque al encontrarte a Ti, después de haberte buscado tanto, nos encontraremos con todo valor auténtico experimentado aquí en la tierra, junto a quienes nos han precedido en el signo de la fe y de la esperanza.*

*Y tú, María, Madre de la humanidad peregrina, ruega por nosotros “ahora y en la hora de nuestra muerte”. Manténnos siempre muy unidos a Jesús, tu Hijo amado y hermano nuestro, Señor de la vida y de la gloria. ¡Amén!*



# 18

## El enfermo junto a nuestro Señor Jesucristo, hombre de dolores y sufrimientos

Acompañando con los salmos a Cristo que sufre por ti, puedes pensar en Cristo sufriente mientras lees estos textos del Antiguo Testamento que hablan del Mesías de Dolores.

### **SALMO 22 (21)**

#### ***(Salmo que recitó Jesús en la Cruz)***

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?;  
a pesar de mis gritos, mi oración no te alcanza.

Dios mío, de día clamo, y no respondes,  
también de noche, no hay silencio para mí.

¡Mas tú eres el Santo,  
que moras en el santuario de Israel!

En ti esperaron nuestros padres,  
esperaron y tú los liberaste;  
a ti clamaron, y salieron salvos,  
en ti esperaron, y nunca quedaron confundidos.

Yo soy un gusano, que no hombre,  
vergüenza del vulgo, asco del pueblo,  
todos los que me ven de mí se mofan,  
tuercen los labios, menean la cabeza:  
«Se confió a Yahveh, ipues que él le libre,  
que le salve, puesto que le ama!»

Sí, tú del vientre me sacaste,  
me diste confianza a los pechos de mi madre;  
a ti fui entregado cuando salí del seno,  
desde el vientre de mi madre eres tú mi Dios.  
¡No andes lejos de mí, que la angustia está cerca,  
no hay para mí socorro!  
Novillos innumerables me rodean,  
me acosan los toros de Basán;  
ávidos abren contra mí sus fauces;  
leones que desgarran y rugen.  
Como el agua me derramo,  
todos mis huesos se dislocan,  
mi corazón se vuelve como cera,  
se me derrite en mis entrañas.  
Está seco mi paladar como una teja  
y mi lengua pegada a mi garganta;  
tú me sumes en el polvo de la muerte.  
Perros innumerables me rodean,  
una banda de malvados me acorrala,  
taladran mis manos y mis pies.  
Puedo contar todos mis huesos;  
ellos me observan y me miran,  
se reparten entre sí mis vestiduras  
y se sortean mi túnica.  
¡Mas tú, Yahveh, no te estés lejos,  
corre en mi ayuda, oh fuerza mía,  
libra mi alma de la espada,  
mi única de las garras del perro;  
sálvame de las fauces del león,  
y mi pobre ser de los cuernos de los búfalos!  
¡Anunciaré tu nombre a mis hermanos,

en medio de la asamblea te alabaré!  
«Los que a Yahveh teméis, dadle alabanza,  
raza toda de Jacob, glorificadle,  
temedle, raza toda de Israel».  
Porque no ha despreciado  
ni ha desdeñado la miseria del mísero;  
no le ocultó su rostro,  
mas cuando le invocaba le escuchó.  
De ti viene mi alabanza en la gran asamblea,  
mis votos cumpliré ante los que le temen.  
Los pobres comerán, quedarán hartos,  
los que buscan a Yahveh le alabarán:  
«¡Viva por siempre vuestro corazón!»  
Le recordarán y volverán a Yahveh  
todos los confines de la tierra,  
ante él se postrarán todas las familias de las gentes.  
Que es de Yahveh el imperio, del señor de las naciones.  
Ante él solo se postrarán todos los poderosos de la tierra,  
ante él se doblarán cuantos bajan al polvo.  
Y para aquél que ya no viva,  
le servirá su descendencia:  
ella hablará del Señor a la edad venidera,  
contará su justicia al pueblo por nacer: Esto hizo él.

**SALMO 69 (68)**

***(Refleja proféticamente los sentimientos del Corazón de Jesús en su Pasión)***

¡Sálvame, oh Dios, porque las aguas  
me llegan hasta el cuello!  
Me hundo en el cieno del abismo, sin poder hacer pie;

he llegado hasta el fondo de las aguas,  
y las olas me anegan.  
Estoy exhausto de gritar, arden mis fauces,  
mis ojos se consumen de esperar a mi Dios.  
Son más que los cabellos de mi cabeza  
los que sin causa me odian;  
más duros que mis huesos  
los que me hostigan sin razón.  
(¿Tengo yo que devolver lo que no he robado?)  
Tú, oh Dios, mi torpeza conoces,  
no se te ocultan mis ofensas.  
¡No se avergüencen por mí los que en ti esperan,  
oh Dios de los Ejércitos!  
¡No sufran confusión por mí los que te buscan,  
oh Dios de Israel!  
Pues por ti sufro el insulto,  
y la vergüenza cubre mi semblante;  
para mis hermanos soy un extranjero,  
un desconocido para los hijos de mi madre;  
pues me devora el celo de tu casa,  
y caen sobre mí los insultos de los que te insultan.  
Si mortifico mi alma con ayuno,  
se me hace un pretexto de insulto;  
si tomo un sayal por vestido,  
para ellos me convierto en burla,  
cuento de los que están sentados a la puerta,  
y copla de los que beben licor fuerte.  
Mas mi oración hacia ti, Yahveh,  
en el tiempo propicio:  
por tu gran amor, oh Dios, respóndeme,  
por la verdad de tu salvación.



¡Sácame del cieno, no me hunda,  
escape yo a los que me odian,  
a las honduras de las aguas!  
¡El flujo de las aguas no me anegue  
no me trague el abismo,  
ni el pozo cierre sobre mí su boca!  
¡Respóndeme, Yahveh, pues tu amor es bondad;  
en tu inmensa ternura vuelve a mí tus ojos;  
no retires tu rostro de tu siervo,  
que en angustias estoy, pronto, respóndeme;  
acércate a mi alma, rescátala,  
por causa de mis enemigos, líbrame!  
Tú conoces mi oprobio,  
mi vergüenza y mi afrenta,  
ante ti están todos mis opresores.  
El oprobio me ha roto el corazón y desfallezco.  
Espero compasión, y no la hay,  
consoladores, y no encuentro ninguno.  
Veneno me han dado por comida,  
en mi sed me han abrevado con vinagre...  
Y yo desdichado, dolorido,  
¡tu salvación, oh Dios, me restablezca!  
El nombre de Dios celebraré en un cántico,  
le ensalzaré con la acción de gracias;  
y más que un toro agrada a Yahveh,  
más que un novillo con cuernos y pezuñas.  
Lo han visto los humildes y se alegran;  
¡viva vuestro corazón, los que buscáis a Dios!  
Porque Yahveh escucha a los pobres,  
no desprecia a sus cautivos.  
¡Alábenle los cielos y la tierra,

el mar y cuanto bulle en él!  
Pues salvará Dios a Sión,  
reconstruirá las ciudades de Judá:  
habitarán allí y las poseerán;  
la heredará la estirpe de sus siervos,  
los que aman su nombre en ella morarán.

***EL CÁNTICO DEL SIERVO SUFRIENTE***  
***(Del libro del profeta Isaías, capítulo 53)***  
***El profeta ve en visión al Mesías:***

No tenía apariencia ni presencia;  
le vimos y no tenía aspecto que pudiésemos estimar.  
Despreciable y desecho de hombres,  
varón de dolores y sabedor de dolencias,  
como uno ante quien se oculta el rostro,  
despreciable, y no le tuvimos en cuenta.  
¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba  
y nuestros dolores los que soportaba!  
Nosotros le tuvimos por azotado,  
herido de Dios y humillado.  
Él ha sido herido por nuestras rebeldías,  
molido por nuestras culpas.  
Él soportó el castigo que nos trae la paz,  
y con sus heridas hemos sido curados.  
Todos nosotros como ovejas erramos,  
cada uno marchó por su camino,  
y Yahveh descargó sobre él la culpa de todos nosotros.  
Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca.  
Como un cordero al degüello era llevado,  
y como oveja que ante los que la trasquilan está muda,

tampoco él abrió la boca.

Tras arresto y juicio fue arrebatado,  
y de sus contemporáneos, ¿quién se preocupa?

Fue arrancado de la tierra de los vivos;  
por las rebeldías de su pueblo ha sido herido;

y se puso su sepultura entre los malvados  
y con los ricos su tumba,

por más que no hizo atropello  
ni hubo engaño en su boca.

Mas plugo a Yahveh quebrantarle con dolencias.

Si se da a sí mismo en expiación, verá descendencia,  
alargará sus días, y lo que plazca a Yahveh  
se cumplirá por su mano.

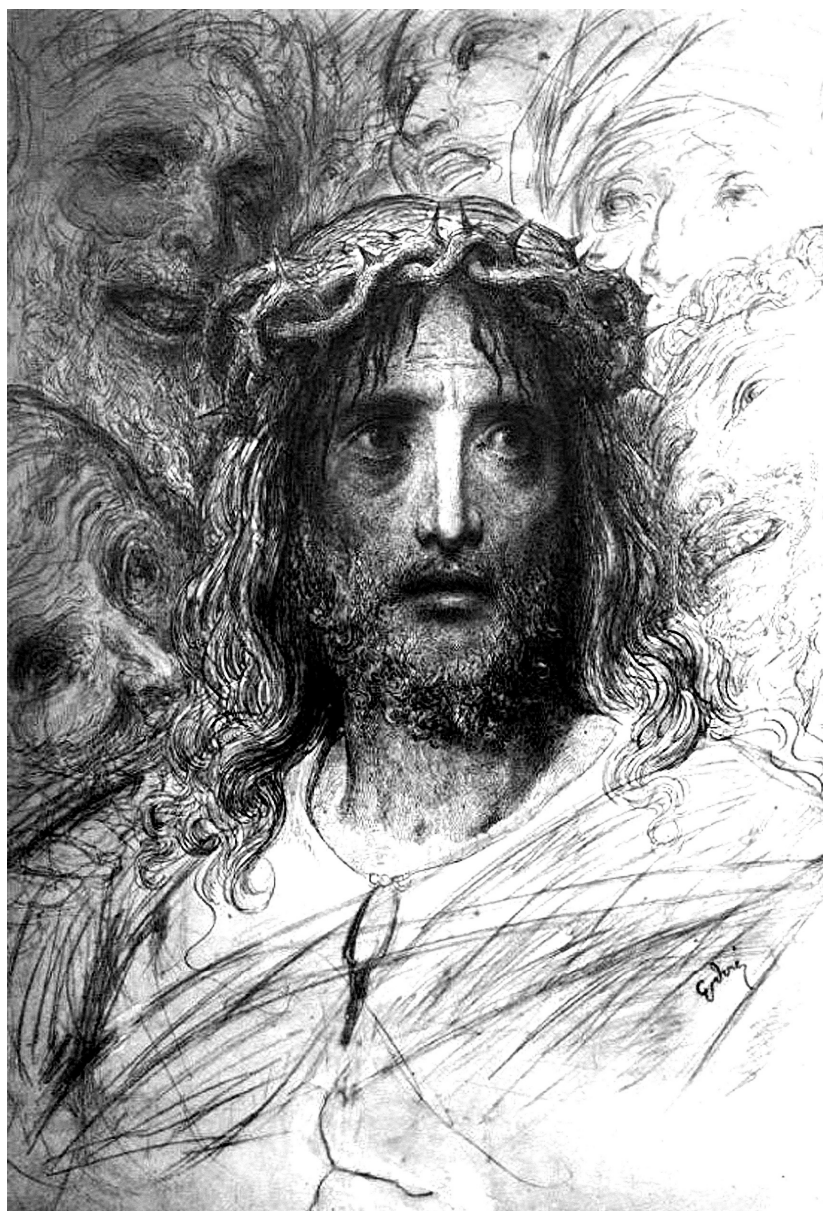
Por las fatigas de su alma, verá luz, se saciará.

Por su conocimiento justificará mi Siervo a muchos  
y cargará las culpas de ellos.

Por eso le daré su parte entre los grandes

y con poderosos repartirá despojos,  
ya que indefenso se entregó a la muerte

y con los rebeldes fue contado,  
cuando él llevó el pecado de muchos,  
e intercedió por los rebeldes.



# 19

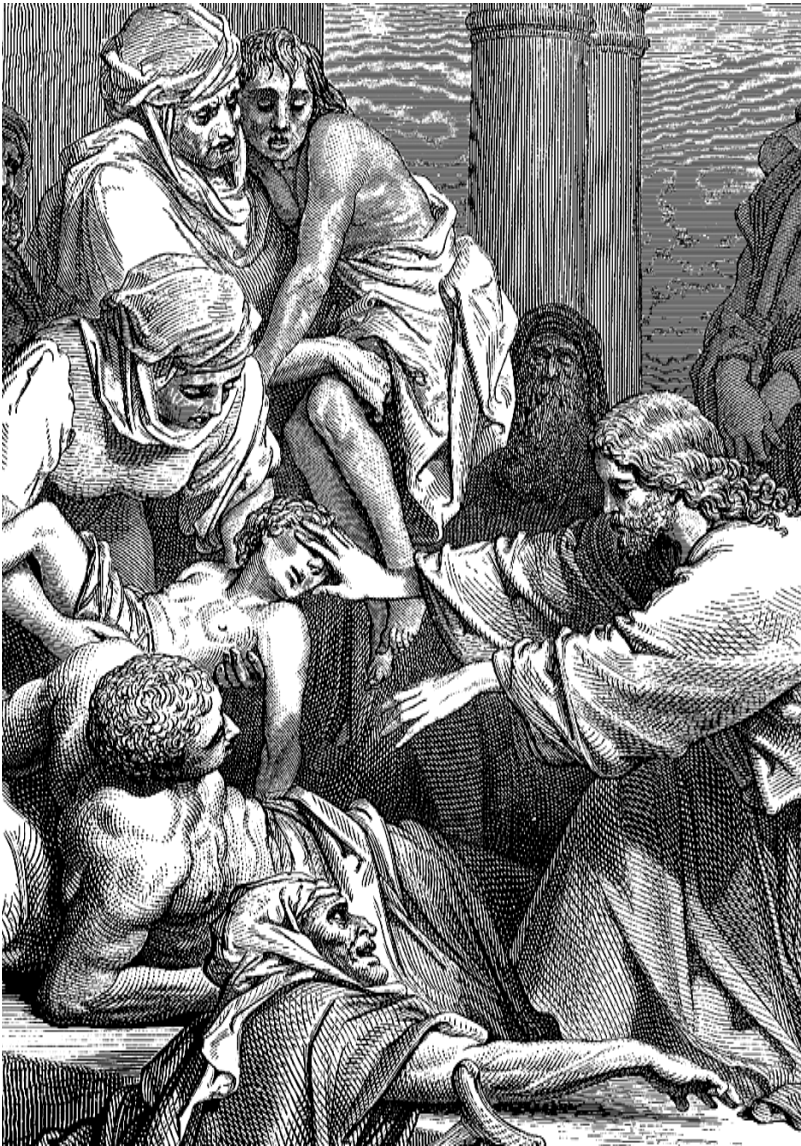
## Oración al Cristo doliente

No me mueve mi Dios, para quererte  
el cielo que me tienes prometido,  
ni me mueve el infierno tan temido  
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte  
clavado en una cruz y escarnecido;  
muéveme el ver tu cuerpo tan herido;  
muéveme tus afrentas y tu muerte,

Muéveme en fin, tu amor de tal manera  
que aunque no hubiera cielo yo te amara  
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar por que te quiera,  
porque aunque cuanto espero no esperara  
lo mismo que te quiero te quisiera.



# 20

## Ante el Cristo de la buena muerte

*José María Pemán*

¡Cristo de la Buena Muerte,  
el de la faz amorosa,  
tronchada como una rosa,  
sobre el blanco cuerpo inerte  
que en el madero reposa.

¿Quién pudo de tal manera  
darte esta noble y severa  
majestad llena de calma?  
No fue una mano: fue un alma  
la que talló tu madera.

Fue, Señor, que el que tallaba  
tu figura, con tal celo  
y con tal ansia te amaba,  
que, a fuerza de amor, llevaba  
dentro del alma el modelo.

Fue, que, al tallarte, sentía  
un ansia tan verdadera,  
que en arrobos le sumía  
y cuajaba en la madera  
lo que en arrobos veía.

Fue que ese rostro, Señor,  
y esa ternura al tallarte,  
y esa expresión de dolor,

más que milagros del arte,  
fueron milagros de amor.

Fue, en fin, que ya no pudieron  
sus manos llegar a tanto,  
y desmayadas cayeron...  
¡y los ángeles te hicieron  
con sus manos, mientras tanto!

Por eso a tus pies postrado;  
por tus dolores herido  
de un dolor desconsolado;  
ante tu imagen vencido  
y ante tu Cruz humillado,  
siento unas ansias fogosas  
de abrazarte y bendecirte,  
y ante tus plantas piadosas,  
quiero decirte mil cosas  
que no se cómo decirte...

¡Frente que, herida de amor,  
te rindes de sufrimientos  
sobre el pecho del Señor  
como los lirios que, en flor,  
tronchan, al paso, los vientos!  
Brazos rígidos y yertos,  
por tres garfios traspasados  
que aquí estáis; por mis pecados  
para recibirme, abiertos,  
para esperarme, clavados.

¡Cuerpo llagado de amores!,  
yo te adoro y yo te sigo;  
yo, Señor de los señores,



quiero partir tus dolores  
subiendo a la cruz contigo.

Quiero en la vida seguirte,  
y por sus caminos irte  
alabando y bendiciendo,  
y bendecirte sufriendo,  
y muriendo bendecirte.

Quiero, Señor, en tu encanto  
tener mis sentidos presos,  
y, unido a tu cuerpo santo,  
mojar tu rostro con llanto,  
secar tu llanto con besos.

Quiero, en santo desvarío,  
besando tu rostro frío,  
besando tu cuerpo inerte,  
llamarte mil veces mío...  
¡Cristo de la Buena Muerte!

Y Tú, Rey de las bondades,  
que mueres por tu bondad  
muéstrame con claridad  
la Verdad de las verdades  
que es sobre toda verdad.

Que mi alma, en Ti prisionera  
vaya fuera de su centro  
por la vida bullanguera;  
que no le lleguen adentro  
las algazaras de fuera;  
que no ame la poquedad  
de cosas que, van y vienen;  
que adore la austeridad

de estos sentires que tienen  
sabores de eternidad;  
que no turbe mi conciencia  
la opinión del mundo necio;  
que aprenda, Señor, la ciencia  
de ver con indiferencia  
la adulación y el desprecio;  
que sienta una dulce herida  
de ansia de amor desmedida;  
que ame tu Ciencia y tu Luz;  
que vaya, en fin, por la vida  
como Tú estás en la Cruz:  
de sangre los pies cubiertos,  
llagadas de amor las manos,  
los ojos al mundo muertos,  
y los dos brazos abiertos  
para todos mis hermanos.

Señor, aunque no merezco  
que Tú escuches mi quejido;  
por la muerte que has sufrido,  
escucha lo que te ofrezco  
y escucha lo que te pido:  
A ofrecerte, Señor, vengo  
mi ser, mi vida, mi amor,  
mi alegría, mi dolor;  
cuanto puedo y cuanto tengo;  
cuanto me has dado, Señor.

Y a cambio de esta alma llena  
de amor que vengo a ofrecerte,  
dame una vida serena  
y una muerte santa y buena.  
¡Cristo de la Buena Muerte!

# 21

## La santa Síndone: testimonio de la Pasión

Hay una contemplación muy especial de la Pasión del Señor, que nos sobrecoge especialmente en nuestros tiempos, dominados por la ciencia y la técnica. Es la consideración de la Santa Síndone de Turín; también llamada Sábana Santa o Santo Sudario.

Este es un lienzo de lino rectangular, de 4,36 m. de largo y 1,10 m.<sup>18</sup> de ancho. Sobre un mismo lado de la tela están impresas las huellas frontales y dorsales de un hombre muerto después de haber sido crucificado. La tradición lo ha identificado con aquella *sábana limpia*, comprada por José de Arimatea, en la que Jesús fue envuelto para la sepultura (Mt 27,59) y que Juan y Pedro encontraron en el sepulcro la mañana de la Resurrección del Señor (cf. Jn 20,5-8)

En ella vemos la imagen de un Hombre que ha dejado las huellas de su martirio de modo misterioso: las marcas de sus heridas son huellas de sangre; las del resto del cuerpo han quedado grabadas de modo todavía inexplicable para la ciencia.

En esta Sábana han quedado indicadas, para todos los hombres, las huellas del Amor:

—un Amor coronado con un casquete de punzantes espinas;

---

<sup>18</sup> Equivalente a 14.30 pies de largo por 3.6 pies de ancho.

—un Amor traspasado por gruesos clavos en las manos y en los pies;

—un Amor “arado” en sus espaldas por los implacables golpes de la flagelación;

—un Amor herido por una lanza en su costado, del cual han manado Sangre y Agua;

—un Amor que ha llevado un pesado madero sobre sus hombros;

—un Amor sometido a golpes en su Rostro, a vejaciones y burlas (tiene la barba arrancada);

—un Amor con un rostro sereno, que muerto habla de Vida y de Resurrección.

*“La Sábana Santa es también imagen del amor de Dios y del pecado del hombre. Invita a redescubrir la causa última de la muerte redentora de Jesús”*

*Juan Pablo II*

***Juan Pablo II, en su visita a la Santa Síndone***<sup>19</sup>

Lo que cuenta sobre todo para el creyente es que la Sábana Santa es un espejo del Evangelio. De hecho, si se reflexiona sobre el sagrado lienzo, no se puede olvidar que la imagen que se encuentra presente en él tiene una relación tan profunda con lo que narran los cuatro Evangelios sobre la pasión y muerte de Jesús que cada hombre sensible se siente interiormente tocado y conmovido al contemplarla. Quien se acerca a ella es consciente también de que la Sábana Santa no sólo impresiona el corazón de la gente, sino que hace referencia a Aquel a cuyo servicio la ha puesto la Providencia amorosa del Padre. Por lo tanto, es justo alimentar la conciencia de la preciosidad de esta

---

<sup>19</sup> Turín, 24 de Mayo de 1998.

imagen, que todos ven y que nadie puede explicar por ahora. Para toda persona profunda es motivo de hondas reflexiones que pueden llegar a implicar la vida.

La Sábana Santa constituye de este modo un signo verdaderamente singular que hace referencia a Jesús, la Palabra verdadera del Padre, e invita a modelar la propia existencia según la de Aquel que se dio a sí mismo por nosotros.

La imagen del cuerpo martirizado del Crucificado, al testimoniar la tremenda capacidad del hombre para causar dolor y muerte a sus semejantes, se presenta como un ícono del sufrimiento del inocente de todos los tiempos: de las innumerables tragedias que han marcado la historia pasada y de los dramas que continúan consumándose en el mundo.

En el sufrimiento inconmensurable que documenta, el amor de Aquel que *tanto amó al mundo que le dio a su Hijo unigénito* (Jn 3,16) se hace casi palpable y manifiesta sus sorprendentes dimensiones. Ante ella, los creyentes no pueden dejar de exclamar y con plena verdad: «¡Señor, no me podías amar más!», y darse cuenta inmediatamente de que el responsable de este sufrimiento es el pecado: los pecados de cada ser humano.

*“La Sábana Santa... nos invita a descubrir el misterio del dolor que, santificado por el sacrificio de Cristo, genera salvación para toda la humanidad”*

*Juan Pablo II*



Regueros de sangre  
de la coronación  
de espinas.

Tabique nasal fracturado  
y mejilla hinchada.

Barba mesada y  
cargada de sangre.

Herida de la lanza con  
rastros de "sangre y agua".

Regueros de sangre que  
testimonian los movimientos  
durante la cruz.

Manos perforadas  
por los clavos.

Rodillas heridas (caídas  
durante el Vía Crucis).

Pies taladrados  
por los clavos.

Heridas de un casquete de espinas.

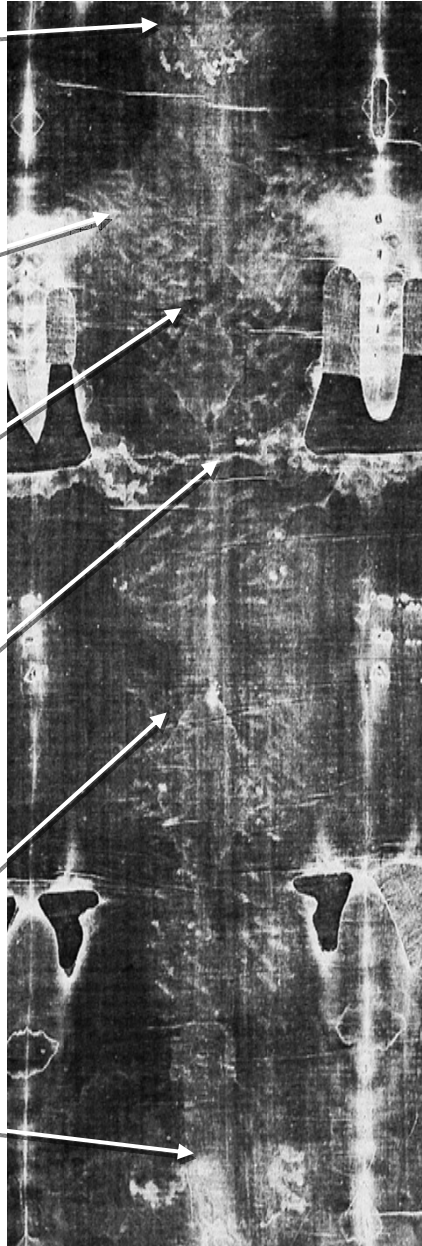
Hombro magullado por el madero horizontal de la cruz.

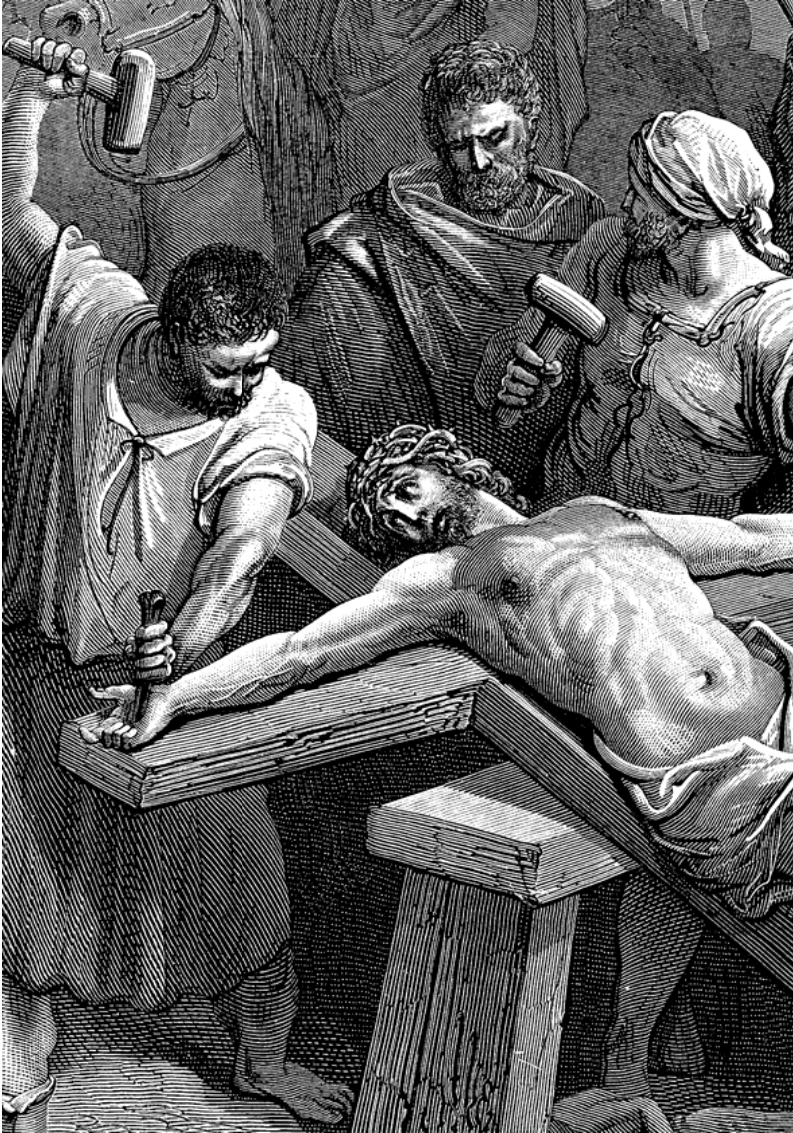
Espalda "arada" por los golpes de la flagelación.

Reguero de sangre del descendimiento de la cruz.

Heridas de la flagelación en todo el cuerpo.

Pies ensangrentados y perforados por clavos.







# 22

## Vía Crucis

*Madre Teresa de Calcuta*<sup>20</sup>

Un recorrido por la Pasión de Cristo, de ayer y de hoy.

### **Oración**

Señor, ayúdanos para que aprendamos a aguantar las penas y las fatigas, las torturas de la vida diaria; que tu muerte y ascensión nos levante, para que lleguemos a una más grande y creativa abundancia de vida. Tú que has tomado con paciencia y humildad la profundidad de la vida humana, igual que las penas y sufrimientos de tu cruz, ayúdanos para que aceptemos el dolor y las dificultades que nos trae cada nuevo día y que crezcamos como personas y lleguemos a ser más semejantes a ti.

Haznos capaces de permanecer con paciencia y ánimo, y fortalece nuestra confianza en tu ayuda. Déjanos comprender que sólo podemos alcanzar una vida plena si morimos poco a poco a nosotros mismos y a nuestros deseos egoístas. Pues sólo si morimos contigo, podemos resucitar contigo. Amén.

### **I. Jesús es condenado a muerte**

*Llegada la mañana todos los príncipes de los sacerdotes, los ancianos del pueblo, tuvieron consejo contra Jesús para matarlo, y atado lo llevaron al procurador Pilato (Mt 27,1-2). El pequeño niño que tiene hambre, que se come su pan pedacito a pedacito porque teme que se termine demasiado pronto y tenga otra vez hambre. Esta es la primera estación del Calvario.*

---

<sup>20</sup> Compuesto por la Madre Teresa de Calcuta para los jóvenes con motivo de la clausura del Congreso Eucarístico Internacional de 1976.

## **II. Jesús carga con la cruz**

*Entonces se lo entregó para que lo crucificasen. Tomaron, pues, a Jesús, que llevando la cruz, salió al sitio llamado Calvario, que en hebreo se dice Gólgota (Jn 19,16-17). ¿No tengo razón? ¡Muchas veces miramos pero no vemos nada! Todos nosotros tenemos que llevar la cruz y tenemos que seguir a Cristo al Calvario, si queremos reencontrarnos con Él. Yo creo que Jesucristo, antes de su muerte, nos ha dado su Cuerpo y su Sangre para que nosotros podamos vivir y tengamos bastante ánimo para llevar la cruz y seguirle, paso a paso.*

## **III. Jesús cae por primera vez**

*Dijo Jesús: El que quiera venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y sígame, pues el que quiera salvar su vida la perderá: pero el que pierda su vida, ése la salvará (Mt 16,24). En nuestras estaciones del Vía Crucis vemos que caen los pobres y los que tienen hambre, como se ha caído Cristo. ¿Estamos presentes para ayudarle a Él? ¿Lo estamos con nuestro sacrificio, nuestro verdadero pan? Hay miles y miles de personas que morirían por un bocadito de amor, por un pequeño bocadito de aprecio. Esta es una estación del Vía Crucis donde Jesús se cae de hambre.*

## **IV. Jesús encuentra a su Madre**

*Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí (Lc 1,45-49). Nosotros conocemos la cuarta estación del Vía Crucis en la que Jesús encuentra a su Madre. ¿Somos nosotros los que sufrimos las penas de una madre? ¿Una madre llena de amor y de comprensión? ¿Estamos aquí para comprender a nuestra juventud si se cae? ¿Si está sola? ¿Si no se siente deseada? ¿Estamos entonces presentes?*

### **V. El Cireneo ayuda a Jesús a llevar la cruz**

*Cuando le llevaban a crucificar, echaron mano de un tal Simón de Cirene, que venía del campo y le obligaron a ayudarle a llevar la cruz (Lc 23,26). Simón de Cirene tomaba la cruz y seguía a Jesús, le ayudaba a llevar su cruz. Con lo que habéis dado durante el año, como signo de amor a la juventud, los miles y millones de cosas que habéis hecho a Cristo en los pobres, habéis sido Simón de Cirene en cada uno de vuestros hechos.*

### **VI. La Verónica limpia el rostro de Jesús**

*Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber (Mt, 25,35). Con respecto a los pobres, los abandonados, los no deseados, ¿somos como la Verónica? ¿Estamos presentes para quitar sus preocupaciones y compartir sus penas? ¿O somos parte de los orgullosos que pasan y no pueden ver?*

### **VII. Jesús cae por segunda vez**

*¿Quiénes son mi madre y mis parientes? Y extendiendo su mano sobre sus discípulos dijo Jesús: he aquí a mi madre y a mis parientes quienquiera que haga la voluntad de mi Padre (Mt 12,48-50). Jesús cae de nuevo. ¿Hemos recogido a personas de la calle que han vivido como animales y se murieron entonces como ángeles? ¿Estamos presentes para levantarlos? También en vuestro país podéis ver a gente en el parque que están solos, no deseados, no cuidados, sentados, miserables. Nosotros los rechazamos con la palabra alcoholizados. No nos importan. Pero es Jesús quien necesita nuestras manos para limpiar sus caras. ¿Podéis hacerlo?, ¿o pasaréis sin mirar?*

### **VIII. Jesús consuela a las mujeres**

*Le seguía una gran multitud del pueblo y de mujeres, que se lamentaban y lloraban por Él. Vuelto hacia ellas les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad más bien por vosotras*

*mismas y por vuestros hijos (Lc 23,27-28). Padre Santo, yo rezo por ellas para que se consagren a tu santo nombre, santificadas por Ti; para que se entreguen a tu servicio, se te entreguen en el sacrificio. Para eso me consagro yo también y me entrego como sacrificio con Cristo.*

### **IX. Jesús cae por tercera vez**

*Os he dicho esto para que tengáis paz conmigo. En el mundo tendréis tribulaciones, pero confiad: yo he vencido al mundo (Jn 16,33). Jesús cae de nuevo para ti y para mí. Se le quitan sus vestidos, hoy se le roba a los pequeños el amor antes del nacimiento. Ellos tienen que morir porque nosotros no deseamos a estos niños. Estos niños deben quedarse desnudos, porque nosotros no los deseamos, y Jesús toma este grave sufrimiento.*

### **X. Jesús es despojado de sus vestiduras**

*Cuando los soldados crucificaron a Jesús, tomaron sus vestidos, haciendo cuatro partes, una para cada soldado y la túnica (Jn 19,23) ¡Señor, ayúdanos para que aprendamos a aguantar las penas, fatigas y torturas de la vida diaria, para que logremos siempre una más grande y creativa abundancia de vida!*

### **XI. Jesús es clavado en la cruz**

*Cuando llegaron al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí con dos malhechores Jesús decía: Padre, perdónales porque no saben lo que hacen (Lc 23,33). Jesús es crucificado. ¡Cuántos disminuidos psíquicos, retrasados mentales llenan las clínicas! ¡Cuántos hay en nuestra propia patria! ¿Les visitamos? ¿Compartimos con ellos este calvario? ¿Sabemos algo de ellos? Jesús nos ha dicho: Si vosotros queréis ser mis discípulos, tomad la cruz y seguidme; y Él quiere que nosotros tomemos la cruz y que le demos de comer a Él en los que tienen hambre,*

que visitemos a los desnudos y los recibamos por Él en nuestra casa y que hagamos de ella su hogar.

### **XII. Jesús muere en la cruz**

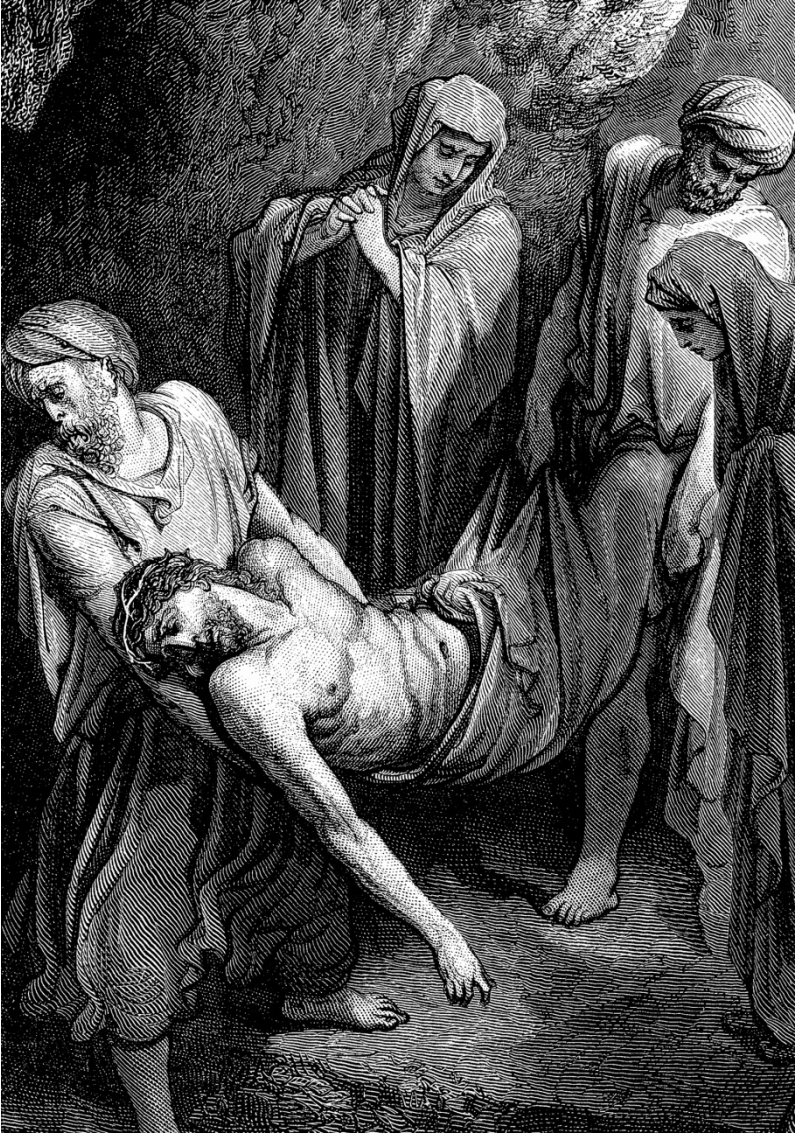
*Después de probar el vinagre, Jesús dijo: Todo está cumplido, e inclinando la cabeza entregó el espíritu (Jn 19,30).* ¡Empecemos las estaciones de nuestro vía crucis personal con ánimo y con gran alegría, pues tenemos a Jesús en la sagrada Comunión, que es el Pan de la Vida que nos da vida y fuerza! Su sufrimiento es nuestra energía, nuestra alegría, nuestra pureza. Sin Él no podemos hacer nada.

### **XIII. Jesús es bajado de la cruz**

*Al caer la tarde vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que era discípulo de Jesús tomó su cuerpo y lo envolvió en una sábana limpia (Mt 27,57.59).* ¡Vosotros jóvenes, llenos de amor y de energía, no desperdiciéis vuestras fuerzas en cosas sin sentido!

### **XIV. Jesús es sepultado**

*Había un huerto cerca del sitio donde fue crucificado Jesús, y en él un sepulcro nuevo, en el cual aún nadie había sido enterrado y pusieron allí a Jesús (Jn 19,41-42).* Mirad a vuestro alrededor y ved, mirad a vuestros hermanos y hermanas no sólo en vuestro país, sino en todas las partes donde hay personas con hambre que os esperan. Desnudos que no tienen patria. ¡Todos os miran! ¡No les volváis las espaldas, pues ellos son el mismo Cristo!



# 23

## Oración al Corazón traspasado de Jesús

*Lansperigius y San Juan Eudes*<sup>21</sup>

Oh mi amadísimo y gentil Jesús, deseo con todos los afectos de mi corazón, que todas las criaturas te alaben, honren y glorifiquen eternamente por la sagrada llaga de Tu costado. Yo deposito y encierro en la llaga abierta de Tu Corazón, mi corazón y todos mis sentimientos, pensamientos, deseos, intenciones y todas las facultades de mi mente. Te ruego, por la preciosa Sangre y Agua que brotaron de Vuestro preciosísimo Corazón, que tomes entera posesión de mí, que me guíes en todas las cosas. Consúmeme en el fuego ardiente de Tu santo Amor, para que sea de tal modo absorto y transformado en Ti que ya yo no sea sino uno Contigo. Amén.

---

<sup>21</sup> Del libro de San Juan Eudes, *El Sagrado Corazón de Jesús*. Esta oración es de Lansperigius “Rosario de la Pasión de Nuestro Señor”, *Partera divini amoris*, libro 1, parte 5.





# 24

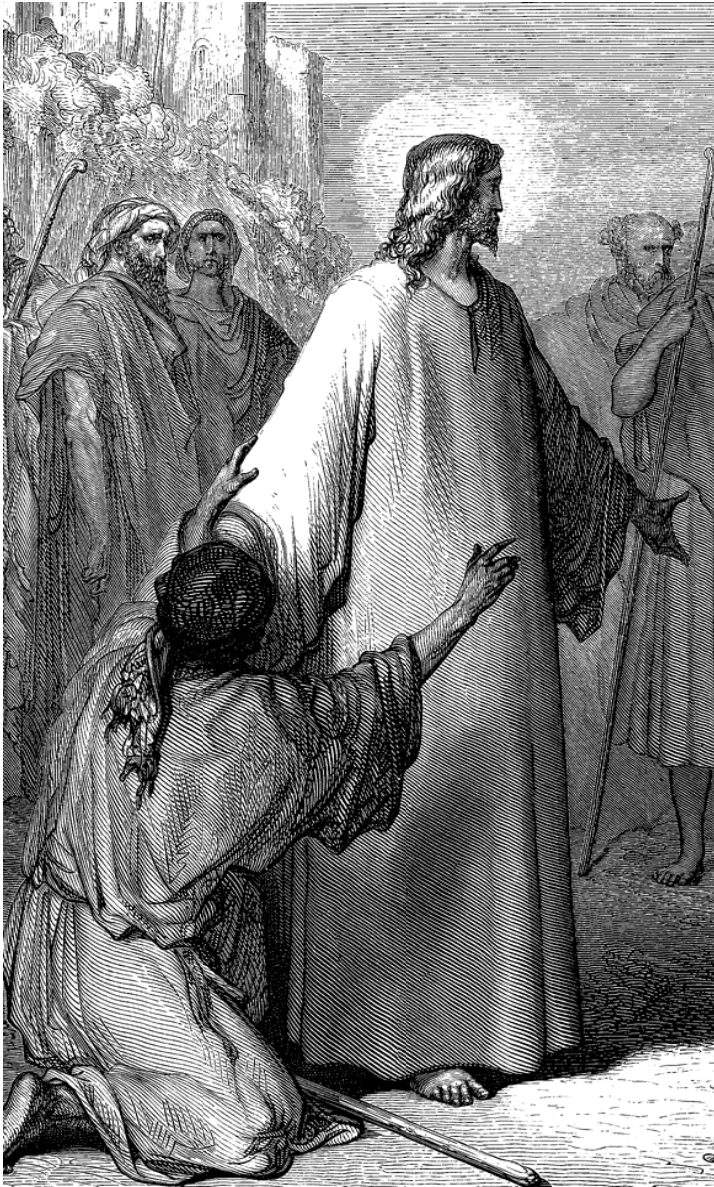
## Oración de unión con el Corazón de Jesús

*San Juan Eudes*<sup>22</sup>

Oh Corazón de mi Salvador, digno y dador de todo amor, se Tú el Corazón de mi corazón, el alma de mi alma, el espíritu de mi espíritu, la vida de mi vida y el único principio de todos mis pensamientos, palabras y acciones, de todas las facultades de mi alma y de todos mis sentidos, tanto internos como externos. Amén.

---

<sup>22</sup> De San Juan Eudes, *El Sagrado Corazón de Jesús*, sexta meditación para la fiesta del Sagrado Corazón, segundo punto.



# 25

## Oración al Corazón de Jesús

*De Santa Faustina Kowalska*

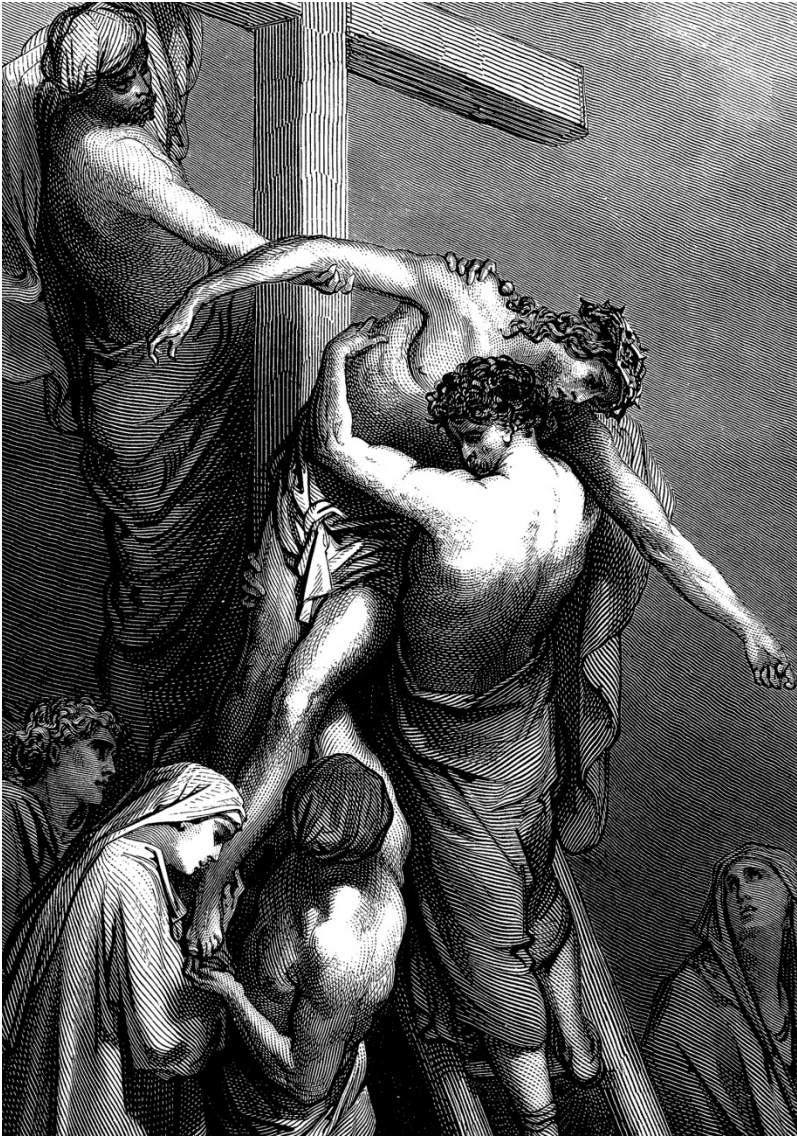
Te saludo, misericordiosísimo Corazón de Jesús,  
viva fuente de toda gracia,  
único amparo y refugio nuestro,  
en Ti tengo la luz de la esperanza.

Te saludo, Corazón piadosísimo de mi Dios,  
insondable, viva fuente de amor,  
de la cual brota la vida para los pecadores,  
y los torrentes de toda dulzura.

Te saludo, Herida abierta del Sacratísimo Corazón,  
de la cual salieron los rayos de la misericordia  
y de la cual nos es dado sacar la vida,  
únicamente con la vasija de la confianza.

Te saludo, inconcebible bondad de Dios,  
nunca penetrada e insondable,  
llena de amor y de misericordia, siempre santa,  
y como una buena madre inclinada sobre nosotros.

Te saludo, Trono de la misericordia, Cordero de Dios,  
que has ofrecido la vida por mí,  
ante el cual mi alma se humilla cada día,  
viviendo en una fe profunda



# 26

## Novena al Sagrado Corazón de Jesús

*Esta novena era recitada diariamente por el Beato Padre Pío; la rezaba por todos aquellos que le solicitaban sus oraciones.*

**I.** Oh, Jesús mío, que dijiste: “En verdad os digo, pedid y obtendréis, buscad y encontraréis, llamad y os abrirán”, he ahí por qué yo llamo, yo busco, yo pido la gracia: (se menciona la gracia que se desea alcanzar). Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

Sagrado Corazón de Jesús, en Ti confío.

**II.** Oh, Jesús mío, que dijiste: “En verdad os dijo todo aquello que pidiéreis en mi nombre a mi Padre, El os lo concederá”, he ahí por qué al Eterno Padre, en Tu nombre, yo pido la gracia (se menciona la gracia que se desea alcanzar). Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

Sagrado Corazón de Jesús, en Ti confío.

**III.** Oh, Jesús mío, que dijiste: “En verdad os digo, pasarán los cielos y la tierra, pero mis palabras jamás”, he ahí que basándome en la infalibilidad de tus santas palabras, yo pido la gracia (se menciona la gracia que se desea alcanzar). Padre Nuestro, Ave María y Gloria.

Sagrado Corazón de Jesús, en Ti confío.

*Oh, Sagrado Corazón de Jesús, al cual es imposible no sentir compasión por los infelices, ten piedad de nosotros pobres pecadores y concédenos*

*las gracias que pedimos por medio del inmaculado  
Corazón de María, tierna Madre, tuya y nuestra.*

San José, Padre Putativo del Sagrado Corazón de Jesús,  
ruega por nosotros.

Ave María.

# 27

## Letanías a la Sangre de Cristo

Señor, ten piedad de nosotros.

Cristo, ten piedad de nosotros.

Señor, ten piedad de nosotros.

Cristo, óyenos.

Cristo, escúchanos.

Dios, Padre celestial, ten piedad de nosotros.

Dios, Hijo, Redentor del mundo, ten piedad de nosotros.

Dios, Espíritu Santo, ten piedad de nosotros.

Sangre de Cristo, Sangre del Unigénito del Padre Eterno:

Sálvanos.

Sangre de Cristo, Sangre del Verbo Encarnado: Sálvanos.

Sangre de Cristo, corriendo a la tierra en la agonía: Sálvanos.

Sangre de Cristo, brotando en la flagelación: Sálvanos.

Sangre de Cristo, emanando en la coronación de espinas:

Sálvanos.

Sangre de Cristo, derramada en la Cruz: Sálvanos.

Sangre de Cristo, el precio único de nuestra salvación:

Sálvanos.

Sangre de Cristo, sin la cual no hay perdón: Sálvanos.

Sangre de Cristo, en la Eucaristía bebida y baño de las almas:

Sálvanos.

Sangre de Cristo, río de Misericordia: Sálvanos.

Sangre de Cristo, vencedora de los demonios: Sálvanos.

Sangre de Cristo, fortaleza de los mártires: Sálvanos.

Sangre de Cristo, fuerza de los confesores: Sálvanos.  
Sangre de Cristo, que engendra vírgenes: Sálvanos.  
Sangre de Cristo, constancia de los tentados: Sálvanos.  
Sangre de Cristo, alivio de los enfermos: Sálvanos.  
Sangre de Cristo, consuelo de los que lloran: Sálvanos.  
Sangre de Cristo, esperanza de los que hacen penitencia:  
Sálvanos.  
Sangre de Cristo: alivio de los moribundos: Sálvanos.  
Sangre de Cristo, paz y dulzura de los corazones: Sálvanos.  
Sangre de Cristo, prenda de la Vida Eterna: Sálvanos.  
Sangre de Cristo, que libera a las almas del Purgatorio:  
Sálvanos.  
Sangre de Cristo, dignísima de toda gloria y honor: Sálvanos.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo:  
Perdónanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo:  
Escúchanos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo:  
Ten misericordia de nosotros.

Señor, Tú nos redimiste en tu Sangre, e hiciste de nosotros un  
Reino para Dios y Padre tuyo.

### **Oremos**

Omnipotente y Sempiterno Dios, que constituiste a tu Unigénito Hijo Redentor del mundo y quisiste aplacarte con su Sangre; te suplicamos nos concedas que de tal modo veneremos el precio de nuestra Redención, que por su virtud seamos preservados en la tierra de los males de la vida presente, para que gocemos en el Cielo de su fruto eterno. Por el mismo Cristo Nuestro Señor. Amén.



# 28

## Oración a la Sangre de Cristo

Señor Jesús, en Tu Nombre, y con el poder de Tu Sangre Preciosa sellamos toda persona, hechos o acontecimientos a través de los cuales el enemigo nos quiera hacer daño. Con el poder de la Sangre de Jesús sellamos toda potestad destructora en el aire, en la tierra, en el agua, en el fuego, debajo de la tierra, en las fuerzas satánicas de la naturaleza, en los abismos del infierno, y en el mundo en el cual nos moveremos hoy.

Con el poder de la Sangre de Jesús rompemos toda interferencia y acción del maligno. Te pedimos Jesús que envíes a nuestros hogares y lugares de trabajo a la Santísima Virgen acompañada de San Miguel, San Gabriel, San Rafael y toda su corte de Santos Ángeles.

Con el poder de la Sangre de Jesús sellamos nuestra casa, todos los que la habitan (nombrar a cada una de ellas), las personas que el Señor enviará a ella, así como los alimentos, y los bienes que Él generosamente nos envía para nuestro sustento. Con el poder de la Sangre de Jesús sellamos tierra, puertas, ventanas, objetos, paredes y pisos, el aire que respiramos y en fe colocamos un círculo de Su Sangre alrededor de toda nuestra familia.

Con el poder de la Sangre de Jesús sellamos los lugares en donde vamos a estar este día, y las personas, empresas o instituciones con quienes vamos a tratar (nombrar a cada una de ellas). Con el poder de la Sangre de Jesús sellamos nuestro trabajo material y espiritual, los negocios de toda nuestra familia, y los vehículos, las carreteras, los aires, las vías y

cualquier medio de transporte que habremos de utilizar. Con Tu Sangre preciosa sellamos los actos, las mentes y los corazones de todos los habitantes y dirigentes de nuestra Patria a fin de que Tu paz y Tu Corazón al fin reinen en ella.

Te agradecemos Señor por Tu Sangre y por Tu Vida, ya que gracias a Ellas hemos sido salvados y somos preservados de todo lo malo. Amén.

# 29

## Los enfermos junto a la Virgen

### ***El Papa Juan Pablo II habla de la oración a la Virgen en la historia de la Iglesia***

1. A lo largo de los siglos el culto mariano ha experimentado un desarrollo ininterrumpido. Además de las fiestas litúrgicas tradicionales dedicadas a la Madre del Señor, ha visto florecer innumerables expresiones de piedad, a menudo aprobadas y fomentadas por el Magisterio de la Iglesia.

Muchas devociones y plegarias marianas constituyen una prolongación de la misma liturgia y a veces han contribuido a enriquecerla, como en el caso del Oficio en honor de la Bienaventurada Virgen María y de otras composiciones que han entrado a formar parte del Breviario.

La **primera invocación mariana** que se conoce se remonta al siglo III y comienza con las palabras: “Bajo tu amparo (*Sub tuum praesidium*) nos acogemos, Santa Madre de Dios...”. Pero la oración a la Virgen más común entre los cristianos es el “Ave María”.

Repitiendo las primeras palabras que el ángel dirigió a María, introduce a los fieles en la contemplación del misterio de la Encarnación. La palabra latina “Ave”, que corresponde al vocablo griego *xaire*, constituye una invitación a la alegría y se podría traducir como “Alégrate”. El himno oriental “Akáthistos” repite con insistencia este “alégrate”. En el Ave María llamamos a la Virgen “llena de gracia” y de este modo reconocemos la perfección y belleza de su alma.

La expresión “El señor está contigo” revela la especial relación personal entre Dios y María, que se sitúa en el gran designio de la alianza de Dios con toda la humanidad. Además, la expresión “Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús”, afirma la realización del designio divino en el cuerpo virginal de la Hija de Sión.

Al invocar “Santa María, Madre de Dios”, los cristianos suplican a aquella que por singular privilegio es inmaculada Madre del Señor: “Ruega por nosotros pecadores”, y se encomiendan a ella ahora y en la hora suprema de la muerte.

2. También la oración tradicional del Ángelus invita a meditar el misterio de la Encarnación, exhortando al cristiano a tomar a María como punto de referencia en los diversos momentos de su jornada para imitarla en su disponibilidad a realizar el plan divino de la salvación. Esta oración nos hace revivir el gran evento de la historia de la humanidad, la Encarnación, al que hace ya referencia cada “Ave María”. He aquí el valor y el atractivo del Ángelus, que tantas veces han puesto de manifiesto no sólo teólogos y pastores, sino también poetas y pintores.

En la devoción mariana ha adquirido un puesto de relieve el Rosario, que a través de la repetición del “Ave María” lleva a contemplar los misterios de la fe. También esta plegaria sencilla, que alimenta el amor del pueblo cristiano a la Madre de Dios, orienta más claramente la plegaria mariana a su fin: la glorificación de Cristo. El Papa Pablo VI, como sus predecesores, especialmente León XIII, Pío XII y Juan XXIII, tuvo en gran consideración el rezo del rosario y recomendó su difusión en las familias. Además, en la exhortación apostólica *Marialis cultus*, ilustró su doctrina, recordando que se trata de una “oración evangélica, centrada en el misterio de la Encarnación redentora”, y reafirmando su “orientación claramente cristológica”. A menudo, la piedad popular une al rosario las letanías, entre las

cuales las más conocidas son las que se rezan en el santuario de Loreto y por eso se llaman “lauretanas”. Con invocaciones muy sencillas, ayudan a concentrarse en la persona de María para captar la riqueza espiritual que el amor del Padre ha derramado en ella.

3. Como la liturgia y la piedad cristiana demuestran, la Iglesia ha tenido siempre en gran estima el culto a María, considerándolo indisolublemente vinculado a la fe en Cristo. En efecto, halla su fundamento en el designio del Padre, en la voluntad del Salvador y en la acción inspiradora del Paráclito. La Virgen, habiendo recibido de Cristo la salvación y la gracia, está llamada a desempeñar un papel relevante en la redención de la humanidad. Con la devoción mariana los cristianos reconocen el valor de la presencia de María en el camino hacia la salvación, acudiendo a ella para obtener todo tipo de gracias. Sobre todo, saben que pueden contar con su maternal intercesión para recibir del Señor cuanto necesitan para el desarrollo de la vida divina y a fin de alcanzar la salvación eterna. Como atestiguan los numerosos títulos atribuidos a la Virgen y las peregrinaciones ininterrumpidas a los santuarios marianos, la confianza de los fieles en la Madre de Jesús los impulsa a invocarla en sus necesidades diarias. Están seguros de que su corazón materno no puede permanecer insensible ante las miserias materiales y espirituales de sus hijos.

Así, la devoción a la Madre de Dios, alentando la confianza y la espontaneidad, contribuye a infundir serenidad en la vida espiritual y hace progresar a los fieles por el camino exigente de las bienaventuranzas.

4. Finalmente, queremos recordar que la devoción a María, dando relieve a la dimensión humana de la Encarnación, ayuda a descubrir mejor el rostro de un Dios que comparte las alegrías y los sufrimientos de la humanidad, el “Dios con nosotros”, que ella concibió como hombre en su seno purísimo,

engendró, asistió y siguió con inefable amor desde los días de Nazaret y de Belén a los de la cruz y la resurrección.

# 30

## El Santo Rosario

La palabra **Rosario** significa “*Corona de Rosas*”. La rosa es la reina de las flores, y así el Rosario es la rosa de todas las devociones.

El Rosario esta compuesto de dos elementos: **oración mental** y **oración vocal**. La oración mental no es otra cosa que la meditación sobre los principales misterios o hechos de la vida, muerte y gloria de Jesucristo y de su Santísima Madre. La oración vocal consiste en recitar en cada misterio un Padre Nuestro, diez Avemarías y un Gloria, mientras se medita el misterio anunciado.

La Iglesia recibió el Rosario en su forma actual en el año 1214, cuando Nuestra Señora se lo entregara a Santo Domingo de Guzmán como un arma poderosa para la conversión de los herejes y los pecadores.

### ***Cómo rezar el Rosario***

1. Se hace la **Señal de la Cruz**.
2. Se anuncia el primer **Misterio** del Rosario de ese día y se recita un Padre Nuestro en la primera cuenta grande.
3. En cada una de las diez siguientes cuentas pequeñas se recita un Avemaría mientras se reflexiona en el misterio.
4. Al final se recita un Gloria. También se puede rezar la oración de Fátima. Al final del Rosario se puede terminar con el rezo de la Salve.

### ***Beneficios del Rosario***

1. Nos eleva gradualmente al perfecto conocimiento de Jesucristo.
2. Purifica nuestras almas del pecado.
3. Nos permite vencer a nuestros enemigos espirituales.
4. Nos facilita la práctica de las virtudes.
5. Nos abraza en amor de Jesucristo.
6. Nos proporciona con qué pagar todas nuestras deudas con Dios y con los hombres.
7. Nos consigue de Dios toda clase de gracias.

### ***Bendiciones del Rosario***

1. Los pecadores obtienen el perdón.
2. Las almas sedientas se sacian.
3. Los que están atados ven sus lazos desechos.
4. Los que lloran hallan alegría.
5. Los que son tentados hallan tranquilidad.
6. Los pobres son socorridos.
7. Los religiosos son reformados.
8. Los ignorantes son instruidos.
9. Los frívolos triunfan sobre la vanidad.
10. Los muertos alcanzan la misericordia por vía de sufragios.

### ***Los 20 misterios del Rosario***

#### **I. Misterios gozosos** (lunes y sábados)

1. El ángel anuncia a María que va a ser Madre de Dios.
2. La Virgen María visita a su prima Isabel.
3. El Nacimiento de Jesús en Belén.
4. La presentación de Jesús en el Templo.
5. La pérdida y el hallazgo de Jesús en el Templo



## **II. Misterios luminosos** (jueves)

1. El Bautismo de Jesús en el Jordán.
2. Las Bodas de Caná en Galilea.
3. La predicación del Reino de Dios.
4. La Transfiguración del Señor.
5. La Institución de la Eucaristía.

## **III. Misterios dolorosos** (martes y viernes)

1. La oración de Jesús en el Huerto de los Olivos.
2. Los azotes de Jesús.
3. La coronación de espinas.
4. Jesús carga con su cruz hasta el Calvario.
5. La muerte de Jesús.

## **IV. Misterios gloriosos** (miércoles y domingos)

1. La Resurrección de Jesús.
2. La Ascensión de Jesús.
3. Venida del Espíritu Santo.
4. La Asunción de la Virgen al cielo.
5. La Coronación de la Virgen.

### **Oraciones del Rosario**

**La Señal de la Cruz.** *Por la señal de la Santa Cruz, de nuestros enemigos, líbranos Señor, Dios Nuestro. En el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.*

**Acto de contrición.** *Pésame, Dios mío, y me arrepiento de todo corazón de haberte ofendido. Pésame por el Infierno que merecí y por el Cielo que perdí. Pero mucho más me pesa porque pecando ofendí a un Dios tan bueno y tan grande como Vos. Antes querría haber muerto que haberte ofendido, y*

*propongo firmemente no pecar más y evitar toda ocasión próxima de pecado. Amén.*

**Padre Nuestro.** *Padre Nuestro, que estás en el Cielo, Santificado sea tu Nombre, venga a nosotros tu Reino. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día. Perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden. No nos dejes caer en la tentación. Y líbranos del mal. Amén.*

**Ave María.** *Dios te salve, María, llena eres de gracia. El Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.*

**Gloria.** *Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.*

**Oración de Fátima.** *Oh buen Jesús, perdona nuestras culpas. Líbranos del fuego del infierno. Lleva al Cielo a todas las almas y socorre especialmente a las más necesitadas de tu Misericordia. Amén.*

# 31

## Los Siete Dolores de María Santísima

*Y a ti, Madre, una espada de dolor  
te atravesará el corazón  
(cf. Lc 2,35).*

Quien ama sufre con el amado. Nadie ama a Jesús más que Su Madre Santísima y por eso nadie sufre más por amor a El. Siete de los sufrimientos de la Virgen se recogen en el rosario a los Siete Dolores.

La devoción a los Siete Dolores de la Virgen María se desarrolló desde muy antiguo. La Virgen comunicó a Santa Brígida de Suecia (1303-1373): *“Miro a todos los que viven en el mundo para ver si hay quien se compadezca de Mí y medite mi dolor, mas hallo poquísimos que piensen en mi tribulación y padecimientos. Por eso tú, hija mía, no te olvides de Mí que soy olvidada y menospreciada por muchos. Mira mi dolor e imítame en lo que pudieres. Considera mis angustias y mis lágrimas y duélete de que sean tan pocos los amigos de Dios”*.

Nuestra Señora prometió que concedería siete gracias a aquellas almas que la honren y acompañen diariamente, rezando siete Ave Marías mientras meditan en sus lágrimas y dolores:

1. “Yo concederé la paz a sus familias”.
2. “Serán iluminadas en cuanto a los divinos Misterios”.
3. “Yo las consolaré en sus penas y las acompañaré en sus trabajos”.

4. “Les daré cuanto me pidan, con tal de que no se oponga a la adorable voluntad de mi divino Hijo o a la salvación de sus almas”.

5. “Los defenderé en sus batallas espirituales contra el enemigo infernal y las protegeré cada instante de sus vidas”.

6. “Les asistiré visiblemente en el momento de su muerte y verán el rostro de su Madre”.

7. “He conseguido de mi Divino Hijo que todos aquellos que propaguen la devoción a mis lágrimas y dolores, sean llevadas directamente de esta vida terrena a la felicidad eterna ya que todos sus pecados serán perdonados y mi Hijo será su consuelo y gozo eterno.”

Según **San Alfonso María Ligorio**, Nuestro Señor reveló a **Santa Isabel de Hungría** que El concedería cuatro gracias especiales a los devotos de los dolores de Su Madre Santísima:

1. Aquellos que antes de su muerte invoquen a la Santísima Madre en nombre de sus dolores, obtendrán una contrición perfecta de todos sus pecados.

2. Jesús protegerá en sus tribulaciones a todos los que recuerden esta devoción y los protegerá muy especialmente a la hora de su muerte.

3. Imprimirá en sus mentes el recuerdo de Su Pasión y tendrán su recompensa en el cielo.

4. Encomendará a estas almas devotas en manos de María, a fin de que les obtenga todas las gracias que quiera derramar en ellas.

Meditar los Siete Dolores de Nuestra Madre Santísima es una manera de compartir los sufrimientos más hondos de la vida de María en la tierra.

La fiesta de Nuestra Señora de los Dolores se celebra el 15 de septiembre, al día siguiente de la Exaltación de la Santa Cruz. Al pie de la Cruz, donde una espada de dolor atravesó el corazón de María, Jesús nos entregó a Su Madre como Madre nuestra poco antes de morir.

### ***El Rosario de los Siete Dolores***

Se reza un Padrenuestro y siete Ave Marías por cada dolor de la Virgen. Al mismo tiempo le pedimos que nos ayude a entender el mal que hemos cometido y nos lleve a un verdadero arrepentimiento. Al unir nuestros dolores a los de María, tal como Ella unió Sus dolores a los de su Hijo, participamos en la redención de nuestros pecados y los del mundo entero.

#### **Acto de contrición**

Señor mío, Jesucristo, me arrepiento profundamente de todos mis pecados. Humildemente suplico tu perdón y por medio de tu gracia, concédeme ser verdaderamente merecedor de tu amor, por los méritos de tu Pasión y tu muerte y por los dolores de tu Madre Santísima. Amén.

(Se aconseja leer del Evangelio  
las citas que acompañan a cada dolor)

#### **1. Primer Dolor: La profecía de Simeón** (Lc 2,22-35)

¡Qué grande fue el impacto en el Corazón de María, cuando oyó las tristes palabras con las que Simeón le profetizó la amarga Pasión y Muerte de su dulce Jesús! Querida Madre, obtén para mí un auténtico arrepentimiento por mis pecados. (Padrenuestro, siete Avemarías, Gloria al Padre).

#### **2. Segundo Dolor: La huida a Egipto** (Mt 2,13-15)

Considera el agudo dolor que María sintió cuando ella y José tuvieron que huir repentinamente de noche, a fin de

salvar a su querido Hijo de la matanza decretada por Herodes. ¡Cuánta angustia la de María, cuántas fueron sus privaciones durante tan largo viaje! ¡Cuántos sufrimientos experimentó Ella en la tierra del exilio! Madre Dolorosa, alcánzame la gracia de perseverar en la confianza y el abandono a Dios, aún en los momentos más difíciles de mi vida. (Padrenuestro, siete Avemarías, Gloria al Padre).

### **3. Tercer Dolor: El Niño perdido en el Templo** (Lc 2,41-50)

¡Qué angustioso fue el dolor de María cuando se percató de que había perdido a su querido Hijo! Llena de preocupación y fatiga, regresó con José a Jerusalén. Durante tres largos días buscaron a Jesús, hasta que lo encontraron en el templo. Madre querida, si el pecado me lleva a perder a Jesús, ayúdame a encontrarlo de nuevo a través del Sacramento de la Confesión. (Padrenuestro, siete Avemarías, Gloria al Padre).

### **4. Cuarto Dolor: María se encuentra con Jesús camino al Calvario (IV Estación del Vía Crucis)**

Acércate, querido cristiano, ven y ve si puedes soportar tan triste escena. Esta Madre, tan dulce y amorosa, se encuentra con su Hijo en medio de quienes lo arrastran a tan cruel muerte. Consideremos el tremendo dolor que sintieron cuando sus ojos se encontraron. María, yo también quiero acompañar a Jesús en Su Pasión, ayúdame a reconocerlo en mis hermanos y hermanas que sufren. (Padrenuestro, siete Avemarías, Gloria al Padre).

### **5. Quinto Dolor: Jesús muere en la Cruz** (Jn 19,17-39)

Contempla los dos sacrificios en el Calvario: uno, el cuerpo de Jesús; el otro, el corazón de María. Triste es el espectáculo de la Madre del Redentor viendo a su querido Hijo cruelmente clavado en la cruz. Ella permaneció al pie de la cruz y oyó a su Hijo prometerle el cielo a un ladrón y perdonar a Sus

enemigos. Sus últimas palabras dirigidas a Ella fueron: *Mujer, he ahí a tu hijo*. Y a nosotros nos dijo en Juan: *Hijo, he ahí a tu Madre*. María, yo te acepto como mi Madre y quiero recordar siempre que Tú nunca le fallas a tus hijos. (Padrenuestro, siete Avemarías, Gloria al Padre).

### **6. Sexto Dolor: María recibe el Cuerpo de Jesús al ser bajado de la Cruz** (Mc 15,42-46)

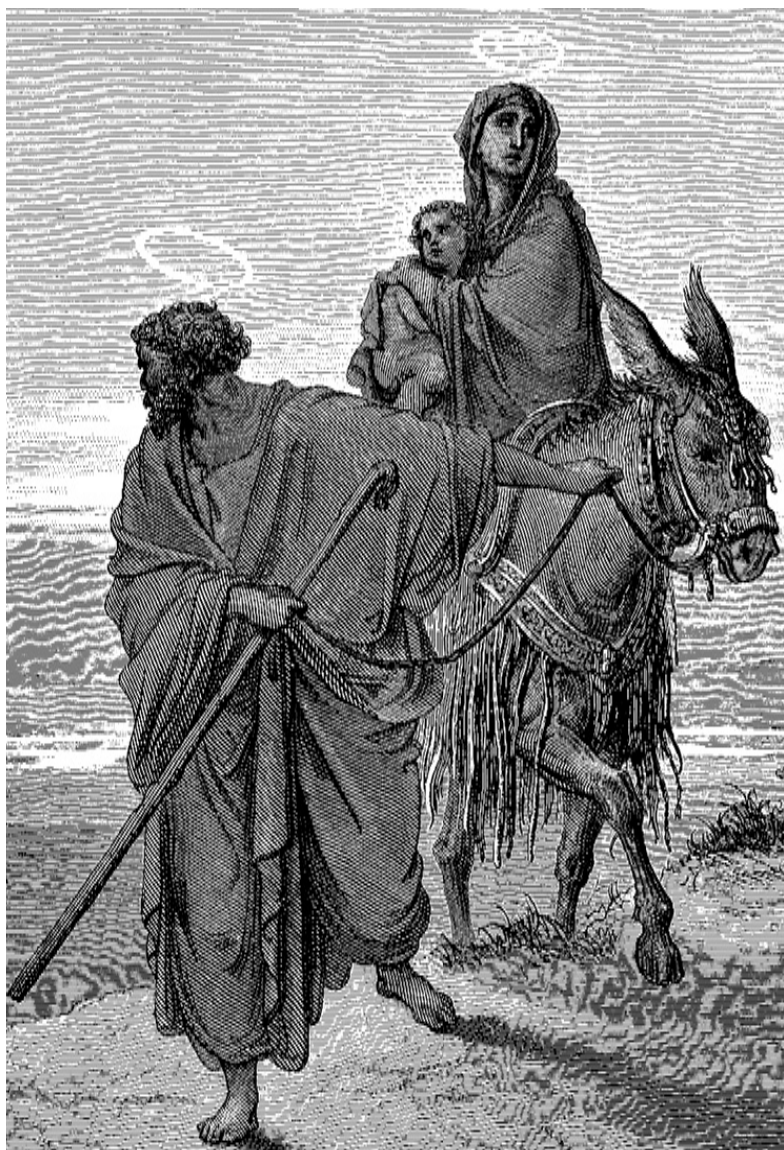
Considera el amargo dolor que sintió el Corazón de María cuando el cuerpo de su querido Jesús fue bajado de la cruz y colocado en su regazo. ¡Oh, Madre Dolorosa, nuestros corazones se estremecen al ver tanta aflicción! Haz que permanezcamos fieles a Jesús hasta el último instante de nuestras vidas. (Padrenuestro, siete Avemarías, Gloria al Padre).

### **7. Séptimo Dolor: Jesús puesto en el Sepulcro** (Jn 19,38-42)

¡Oh Madre, tan afligida! Ya que en la persona del apóstol San Juan nos acogiste como a tus hijos al pie de la cruz y ello a costa de dolores tan acerbos, intercede por nosotros y alcánzanos las gracias que te pedimos en esta oración. Alcánzanos, sobre todo, oh Madre tierna y compasiva, la gracia de vivir y perseverar siempre en el servicio de tu Hijo amadísimo, a fin de que merezcamos alabarlo eternamente en el cielo. (Padrenuestro, siete Avemarías, Gloria al Padre).

### **Oración final**

¡Oh Doloroso e Inmaculado Corazón de María, morada de pureza y santidad, cubre mi alma con tu protección maternal a fin de que siendo siempre fiel a la voz de Jesús, responda a Su amor y obedezca Su divina voluntad! Quiero, Madre mía, vivir íntimamente unido a tu Corazón que está totalmente unido al Corazón de tu Divino Hijo. Átame a tu Corazón y al Corazón de Jesús con tus virtudes y dolores. Protégeme siempre. Amén.





# 32

## El enfermo junto a San José

San José es modelo para todos los hombres: para los solteros, por su castidad; para los casados, como padre de la Sagrada Familia; para los religiosos y apóstoles, por su entrega a Jesús y María; para los sacerdotes por su respeto al tratar a Cristo; para los trabajadores, pues fue siempre un trabajador. Además es el patrono de la buena muerte, ya que murió en los brazos de Jesús y María.

De él dice Sta. Teresa: “No me acuerdo de haberle pedido cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este santo, los peligros de que me ha librado, así de cuerpo como de alma. Que a otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; mas este glorioso santo tengo experimentado que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender que, así como le fue sujeto en la tierra, así en el cielo hará cuanto le pida”.

“Aunque no hubiera otra razón para alabar a San José, decía San Claudio de la Colombière, habría que hacerlo, me parece, por el solo deseo de agradar a María. No se puede dudar que ella tiene gran parte en los honores que se rinden a San José y que con ello se encuentra honrada. Además de reconocerle por su verdadero esposo, y de haber tenido para él todos los sentimientos que una mujer honesta tiene para aquel con quien Dios la ha ligado tan estrechamente, el uso que él hizo de su autoridad sobre ella, el respeto que tuvo con su pureza virginal le inspiró una gratitud igual al amor que ella

tenía por esta virtud y, consiguientemente, un gran celo por la gloria de San José”.

Y San Bernardino de Siena: “Si toda la Iglesia está en deuda con la Virgen María, ya que por medio de ella recibió a Cristo, de modo semejante le debe a San José, después de ella una especial gratitud y reverencia”.

### ***Los dolores y gozos de San José***

1. Casto esposo de María Santísima, glorioso San José: por el dolor que tuviste ante la duda de tener que abandonar a tu querida esposa, y por el gozo que te causó la revelación, por el ángel, del misterio de la Encarnación; te suplico me alcances dolor de mis juicios temerarios e indebidas críticas al prójimo, y el gozo de ejercer la caridad viendo en él a Cristo. (Padrenuestro, Avemaría y Gloria).

2. Feliz patriarca, padre adoptivo del Verbo humanado, glorioso San José: por el dolor que te conmovió viendo nacer al Niño Jesús en tanta pobreza y por el gozo que te inundó al verle cantado por los ángeles y adorado por los pastores; te suplico me alcances dolor de mis codicias y egoísmos, y el gozo de servirle con pobreza y humildad. (Padrenuestro, Avemaría y Gloria).

3. Obediente ejecutor de las leyes divinas, glorioso San José: por el dolor que te produjo en la circuncisión ver derramar la primera sangre al Mesías, y por el gozo que sentiste al oír su nombre de Jesús, Salvador; te suplico me alcances dolor de mis vicios y sensualidades, y el gozo de purificar mi espíritu practicando la mortificación. (Padrenuestro, Avemaría y Gloria).

4. Fiel santo, participe en los misterios de nuestra redención, glorioso San José: por el dolor que te traspasó al escuchar en la profecía de Simeón lo que había de sufrir Jesús y María, y por el gozo que te llenó al saber que sería para la salvación de innumerables almas; te suplico me alcances dolor de haber

crucificado a Cristo con mis culpas, y el gozo de llevarle los hombres mediante mi ejemplo y mi palabra. (Padrenuestro, Avemaría y Gloria).

5. Vigilante custodio del Hijo de Dios hecho hombre, glorioso San José: por el dolor que te angustió al saber que Herodes quería matar al Niño, y por el gozo que te confortó al huir con Jesús y María a Egipto; te suplico me alcances dolor de mis pecados de escándalo, y el gozo de apartarme de las ocasiones de ofender a Dios. (Padrenuestro, Avemaría y Gloria).

6. Ángel de la tierra, que tuviste a tus órdenes al Rey del cielo, glorioso San José: por el dolor que te infundió el temor de Arquelao, y por el gozo con que te tranquilizó el ángel, de volver a Nazaret; te suplico me alcances dolor por mis cobardías de respetos humanos, y el gozo de confesar a Cristo en toda mi vida pública y privada. (Padrenuestro, Avemaría y Gloria).

7. Modelo de toda santidad, glorioso San José: por el dolor que padeciste al perder, sin culpa, durante tres días al Niño, y por el gozo que experimentaste al encontrarlo en el templo entre los doctores; te suplico me alcances dolor cada vez que por mi culpa pierda a Cristo, y el gozo de vivir siempre en gracia y morir felizmente, bajo tu patrocinio en los brazos de Jesús y María, para cantar eternamente sus misericordias. (Padrenuestro, Avemaría y Gloria).

Ruega por nosotros San José.

Para que seamos dignos de las promesas de Cristo.

**Oración.** Oh Dios, que con inefable providencia te dignaste elegir a San José para esposo de tu Madre Santísima: te rogamos nos concedas que, pues le veneramos como protector en

la tierra, merezcamos tenerle por intercesor en el cielo: Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos Amén.

### **Súplicas a San José**

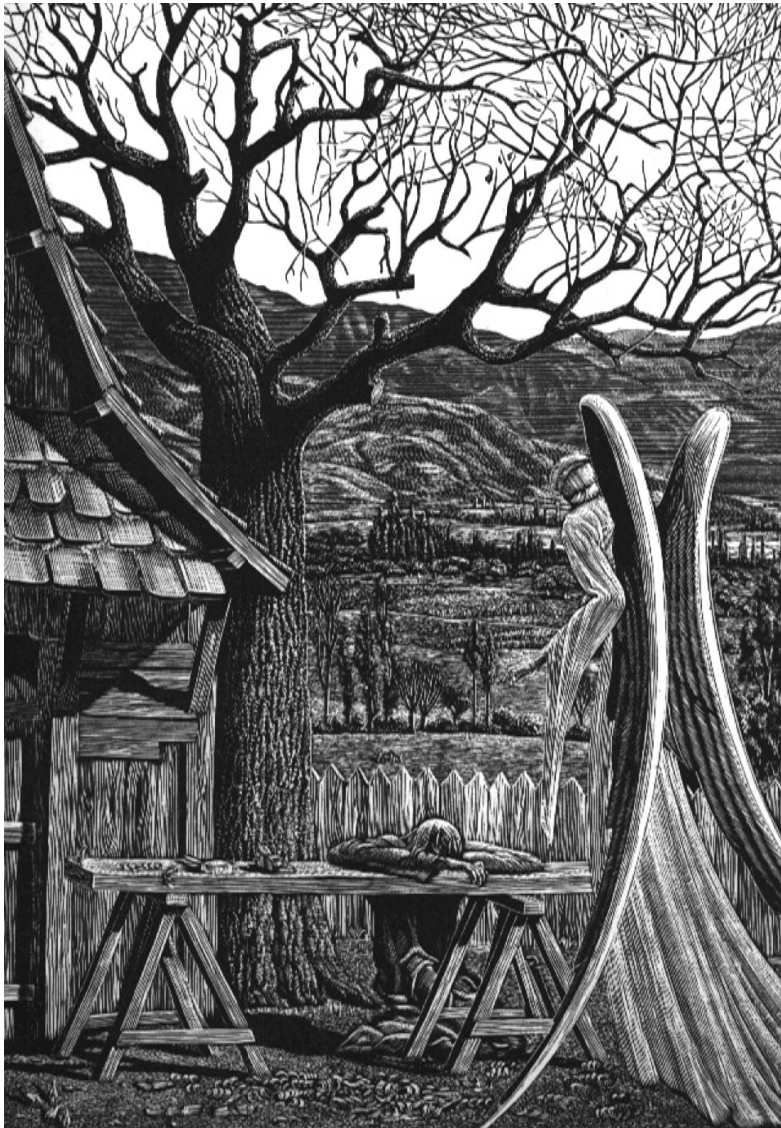
- De los males que nos amenazan, libra nuestras familias.
- De las discordias y disputas, libra nuestras familias.
- De las enfermedades y aflicciones, libra nuestras familias.
- De la tristeza y desesperanza, libra nuestras familias.
- Del espíritu mundano, libra nuestras familias.
- De la ausencia y el abandono de los padres, libra nuestras familias.
- De la ruina del matrimonio, libra nuestras familias.
- De las costumbres escandalosas, libra nuestras familias.
- De la indiferencia religiosa, libra nuestras familias.
- De la liviandad y el deshonor, libra nuestras familias.
- De las amistades peligrosas, libra nuestras familias.
- De la falta de amor, libra nuestras familias.
- De las incomprendiones y falta de diálogo, libra nuestras familias.
- De la desunión y separaciones, libra nuestras familias.
- De los pecados contra la vida, libra nuestras familias.
- De la falta de fe, libra nuestras familias.
- De las dificultades materiales, libra nuestras familias.
- De la falta de pan y de casa, libra nuestras familias.
- De las enfermedades y desgracias, libra nuestras familias.
- De la muerte eterna, libra nuestras familias.

Ruega por nosotros, oh San José.

Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

**Oración.** Dios de bondad y misericordia, por intercesión de San José, salva nuestras familias, haz que vivan unidas y firmes

en el amor. Así como las uniste en vida por la sangre, tu bondad las reúna por la caridad en el Reino eterno. Amén.



# 33

## Devoción a San Miguel Arcángel

### ***San Miguel, defensor de los moribundos***

San Miguel continúa su ministerio angélico en relación a los hombres hasta llevarnos a través de las puertas celestiales. No sólo durante la vida terrenal, San Miguel defiende y protege nuestras almas; él nos asiste de manera especial a la hora de la muerte ya que su oficio es recibir las almas de los elegidos al momento de separarse de su cuerpo.

En la liturgia la Iglesia nos enseña que este arcángel está puesto para custodiar el paraíso y llevar a él a aquellos que podrán ser recibidos ahí. A la hora de la muerte, se libra una gran batalla, ya que el demonio tiene muy poco tiempo para hacernos caer en tentación, o desesperación, o en falta de reconciliación con Dios. Por eso es que en estos momentos se libra una gran batalla espiritual por nuestras almas. San Miguel está al lado del moribundo defendiéndole de las asechanzas del enemigo.

San Anselmo cuenta de un religioso piadoso que a punto de morir recibía grandes asaltos del demonio. El demonio se le apareció acusándole de todos los pecados que había cometido antes de su bautismo (tardío). San Miguel se aparece y le responde que todos esos pecados quedaron borrados con el Bautismo. Entonces Satanás le acusa de los pecados cometidos después del Bautismo. San Miguel le contesta que estos fueron perdonados en la confesión general que hizo antes de profesar. Satanás, entonces, le acusa de las ofensas y negligencias de su vida religiosa. San Miguel declara que esos han sido perdonados por sus confesiones y por todos los buenos actos que hizo durante su vida religiosa, en especial la obediencia a su supe-

rior, y que lo que le quedaba por expiar lo había hecho a través del sufrimiento de su enfermedad vividos con resignación y paz.

En los escritos de San Alfonso María de Liguorio encontramos: “Había un hombre polaco de la nobleza que había vivido muchos años en pecado mortal y lejos de Dios. Se encontraba moribundo y estaba lleno de terror, torturado por los remordimientos, lleno de desesperación. Este hombre había sido devoto de San Miguel Arcángel y Dios en su misericordia permitió que este arcángel se le apareciera. San Miguel le alentó al arrepentimiento, diciéndole que había orado por él y le había obtenido más tiempo de vida para que lograra la salvación. Al poco rato, llegan a la casa de este hombre dos sacerdotes dominicos, que dijeron se les había aparecido un extraño joven pidiéndoles que fueran a ver a este hombre moribundo. El hombre se confesó con lágrimas de arrepentimiento, recibió la Santa Comunión y en brazos de estos dos sacerdotes murió reconciliado con Dios”.

### ***La oración a San Miguel del Papa León XIII***

El 13 de octubre de 1884, el Papa León XIII, experimentó una visión terrible. Después de celebrar la Eucaristía, estaba consultando sobre ciertos temas con sus cardenales en la capilla privada del Vaticano cuando de pronto se detuvo al pie del altar y quedó sumido en una realidad que sólo él veía. Su rostro tenía expresión de horror y de impacto. Comenzó a palidecer. Algo muy duro había visto. De repente, se incorporó, levantó su mano como saludando y se fue a su estudio privado. Lo siguieron y le preguntaron: ¿Qué le sucede su Santidad? ¿Se siente mal? El respondió: “¡Oh, qué imágenes tan terribles se me ha permitido ver y escuchar!”, y se encerró en su oficina.

¿Qué vio León XIII? “Vi demonios y oí sus crujidos, sus blasfemias, sus burlas. Oí la espeluznante voz de Satanás desafiando a Dios, diciendo que él podía destruir la Iglesia y llevar



todo el mundo al infierno si se le daba suficiente tiempo y poder. Satanás pidió permiso a Dios de tener 100 años para poder influenciar al mundo como nunca antes había podido hacerlo”. También León XIII pudo comprender que si el demonio no lograba cumplir su propósito en el tiempo permitido, sufriría una derrota humillante. Vio a San Miguel Arcángel aparecer y lanzar a Satanás con sus legiones en el abismo del infierno.

Después de media hora, llamó al Secretario para la Congregación de Ritos. Le entregó una hoja de papel con una oración compuesta por él mismo y le ordenó que la enviara a todos los obispos del mundo indicando que bajo mandato tenía que ser recitada después de cada Misa. La oración que allí había escrito el Papa es la siguiente:

**Oración.** San Miguel Arcángel, defiéndenos en la batalla. Sé nuestro amparo contra la perversidad y asechanzas del demonio. Reprímale Dios, pedimos suplicantes, y tú, Príncipe de la Milicia Celestial, arroja al infierno con el divino poder a Satanás y a los otros espíritus malignos que andan dispersos por el mundo para la perdición de las almas. Así sea



# Apéndice

## Pedagogía del dolor inocente

*En las páginas siguientes ofrezco una traducción de la admirable obra del sacerdote italiano Carlo Gnocchi “Pedagogía del dolor inocente”<sup>23</sup>.*

*Don Carlo Gnocchi nació el 25 de octubre de 1902, en San Colombano al Lambro, cerca de Lodi, Italia. Fue ordenado sacerdote en 1925, en Milán. Se destacó inmediatamente como notable educador, al punto tal que en 1936 el Cardenal Ildefonso Schuster lo nombró director espiritual de la escuela más prestigiosa de Milán, el Instituto Gonzaga de los Hermanos de las Escuelas Cristianas; en este período estudió intensamente la pedagogía y escribió algunos ensayos sobre estos temas.*

*En los años finales de la década del '30, el mismo Cardenal Schuster le encargó la asistencia de los universitarios de la Segunda Legión de Milán, que comprendía en buena parte estudiantes de la Universidad Católica y muchos ex alumnos del Instituto Gonzaga. Como es sabido en 1940 Italia entró en la Segunda Guerra Mundial y muchos jóvenes estudiantes fueron enviados al frente de batalla. Don Carlo no quiso abandonar a sus jóvenes en estos momentos de peligro y se enroló como capellán voluntario del batallón “Val Tagliamento” de los alpinos, destinado al frente griego—albanés. Después de un breve intervalo en Milán, en 1942 volvió a partir, esta vez al frente ruso con los alpinos de la Tridentina. En enero de 1943*

---

<sup>23</sup> Tomo como base la versión “Pedagogia del dolore innocente”, publicada en: Carlo Gnocchi, “Gli Scritti”, Ed. Ancora Milano, Fondazione Pro Juventute, Milano 1993, pp. 747-770.

*comenzó la dramática retirada del contingente italiano derrotado en aquel frente; retirada devastadora que sembró de muertos las heladas tierras rusas: “setecientos kilómetros de marcha en la estepa blanca y sin confines, sobre la nieve harinosa, entumecidos por el viento helado, flagelados por la tormenta, con 40 grados bajo cero, sin víveres, con pocas municiones arrastradas fatigosamente sobre los trineos sobrevivientes, durmiendo al descampado, a veces caminando durante la noche, atacados rabiosamente por el enemigo, agredidos a traición por los partisanos, asaltados a cada momento por tanques enemigos, bajo la pesadilla de las incursiones aéreas, cuando los camiones se detenían por falta de combustible, la artillería quedaba bloqueada por la nieve, las mulas caían extenuadas por el frío y la fatiga, las armas se encasquillaban por el hielo, la fila de los combatientes menguaba poco a poco por los caídos, los heridos y los congelados; quince días de marchas y combates, de vigiliias y hambre, de privaciones y heroísmos en la más inhóspita y cruel de las estaciones y de las tierras europeas, contra enemigos aguerridos y enardecidos por el éxito, constituyen una de las más altas victorias del espíritu sobre la materia, de la voluntad por sobre la fortuna adversa, y una de las más luminosas afirmaciones de la grandeza de nuestro pueblo”, escribía Don Carlo Gnocchi en uno de sus más conocidos escritos: “Cristo con los alpinos”<sup>24</sup>.*

*Fue precisamente su experiencia del dolor en esta terrible huida la que inspiró su futura fundación. Habiendo caído a un costado de la helada ruta rusa junto a un grupo de agotados soldados y a punto de morir, un vehículo militar que pasaba intentó llevarlo sólo a él hasta la próxima base militar, pues no tenían más lugares en el transporte, dejando allí agonizando al resto de los soldados. Don Carlo se negó a abandonar a los*

---

<sup>24</sup> Don Carlo Gnocchi, “Cristo con gli alpini”, en “Gli Scritti”, Ed. Ancora Milano, Fondazione Pro Juventute, Milano 1993, pp. 481-554. El texto que traduzco está en página 498.

suyos; pero estos le insistieron diciendo: “Vaya, Capellán, y ayude a nuestros hijos, ampare usted a nuestros huérfanos”. Sólo ante la impresión de este conmovedor testamento, aceptó ser trasladado al hospital militar, terminando de este modo su participación en la guerra.

Ya nuevamente en Italia, a partir de 1945, comenzó a diseñar su proyecto para ayudar a los mutilados de guerra y a los hijos de los sobrevivientes; lo que le daría el título de “padre de los mutiladitos”. En 1949 su obra obtuvo el primer reconocimiento oficial, llamándose “Federación por la Infancia Mutilada”; más tarde sería reemplazada por la “Fundación por la Juventud”.

Don Carlo murió el 28 de febrero de 1956, tras una dolorosa enfermedad. Durante los últimos meses de vida redactó la presente obra, auténtico testamento espiritual donde toca las cumbres del sentido cristiano del dolor.

El 1º de marzo de ese año el arzobispo de Milán, mons. Montini, futuro Pablo VI celebraba sus funerales. En 1987 se introdujo su causa de canonización, y el 20 de diciembre de 2002, Juan Pablo II, lo declaró venerable.

En esta obra Don Carlo Gnocchi examina el insondable misterio del dolor del inocente y del justo a la luz del dolor de Cristo y del inestimable valor redentor del sacrificio de una víctima pura. Su tesis puede sintetizarse diciendo que los niños son capaces de percibir, con una pureza sin igual, el sentido altísimo de sus sufrimientos cuando se unen a los de Jesucristo, y que al comprender este hondo sentido, el sufrimiento cobra para ellos una incalculable valía y canaliza hacia la Iglesia y al mundo entero un río de gracias sobreabundantes. Pero ordinariamente los niños no son capaces de descubrir por sí solos este misterio; es necesario, por tanto, educarlos en el sentido del dolor; de ahí su título: “pedagogía del dolor inocente”;

*enseñar a los niños que sufren la finalidad de sus penas y modo de injertarlas en Cristo.*

*Considero de providencial actualidad este magnífico escrito, para ésta sociedad nuestra que somete a un difuso martirio a tantos inocentes, particularmente niños, no sólo golpeándolos con el escandaloso horror de las guerras, sino con otros fenómenos no menos aniquiladores: el divorcio, la destrucción de las familias, la deformación de las conciencias, el abandono por parte de los padres (ilos “hijos de nadie”!), las escuelas deseducadoras, las políticas corruptoras, la prostitución y pornografía infantil, etc. Creo que el volumen de sufrimiento que se impone sobre las espaldas de los inocentes es más grande en nuestro tiempo de radical hedonismo que el que presenció el autor de este ensayo en sus tiempos de guerra. Nuestra sociedad actual es una gigantesca fábrica de hijos de padres o madres ausentes, niños sin hermanos, alumnos sin maestros de vocación, seres indefensos “criados” en el aislamiento y la soledad, criaturas consideradas sólo como “clientes” de una sociedad edificada sobre el interés y el consumo. En fin, corazones espiritualmente ahogados y deprimidos.*

Son muchos y profundos los problemas que pone el dolor a la mente humana, incluso cuando está iluminada por la fe; pero ciertamente uno de los más delicados e inquietantes es su aparente distribución caprichosa entre los hombres.

En efecto, si el dolor, como es fácil y casi natural admitir, es pena y expiación de la culpa, debería pesar principalmente sobre aquellos hombres que más gravemente han pecado.

Pero, en cambio, solemos constatar frecuentemente lo contrario; y, desde los tiempos del salmista —que muchas veces se lamenta de esto con acentos de dramática potencia— los pecadores triunfan y los justos sufren, a menudo por causa de su misma justicia.

Típico —y el más turbador de todos los ejemplos— es el caso de los niños que sufren.

¿Cuántas veces, en efecto, ante el dolor de un niño moribundo y sufriente, solemos recoger expresiones como estas: “Dios mío, ¿por qué haces sufrir a este inocente?; ¿por qué no me golpeas a mí que soy un pecador?”. Y cuántas otras veces yo he recogido de los labios de los niños, en el momento de una dolorosa intervención quirúrgica, la expresión recurrente e igual en todos, ya que es dictada por la conciencia: “¿Porqué me haces sufrir? ¡Yo no hice nada malo!”.

Vale la pena estudiar este caso límite, porque creo que cuando se llega a comprender el significado del dolor de los niños se tiene en la mano la llave para comprender todo dolor humano, y quien logra sublimar el sufrimiento de los inocentes está en condiciones de consolar la pena de todo hombre golpeado y humillado por el dolor.

Los agentes que obran en el dolor de un niño son, de hecho, fundamentalmente los mismos que provocan el sufrimiento de un adulto y las fuerzas capaces de confortar y elevar el sufrimiento son iguales en ambos casos.

Las mayores objeciones contra el dolor y contra su atribución aparentemente tan extraña, nacen de una concepción exclusivamente individualista y punitiva del dolor mismo: por creer que en el hombre el sufrimiento es un asunto totalmente personal y una expiación rigurosamente medida por las culpas individuales. Pero nada más falso que esto en la concepción cristiana de la realidad.

En la economía cristiana, la humanidad forma una unidad viviente, sólidamente unida en un solo e idéntico destino, copártcipe del bien y del mal de cada uno de sus miembros; un cuerpo místico que sigue las mismas leyes del cuerpo físico,

donde la salud y la enfermedad, el bienestar el malestar, la vida y la muerte son comunes a todos los miembros<sup>25</sup>.

Esta arcana solidaridad obra en sentido vertical y en un sentido horizontal: liga a todos los miembros con la cabeza y a todos los miembros entre sí; en otras palabras, une a todos los hombres con Adán mancomunándolos a su destino y liga cada hombre a todos los demás hombres poniendo en común la cuota de bien y de mal de la que cada uno es responsable.

Detengámonos en la solidaridad vertical.

Adán se rebeló contra Dios y todos los hombres se han rebelado “en raíz” con él; Adán fue castigado con el peso del trabajo y del dolor y todos los hombres deben llevar igualmente la cruz de la fatiga y del sufrimiento con él.

He aquí la primera fuente y la razón fundamental del sufrimiento de un niño. Él sufre en cuanto hombre, por tanto, por ser partícipe de la humanidad, responsable en raíz de la culpa original y por eso asociado a su secular expiación.

Cuando un niño sufre es, antes que nada, la “comunión” con Adán la que se actúa en él, aplicación negativa de la misteriosa ley que une a todos los hombres y los hace consortes en el mismo destino. Ley dura y, sin embargo, misteriosamente justa que un anónimo definió escribiendo sobre la tumba de un

---

<sup>25</sup> Juan Pablo II, después de hablar de “aquella solidaridad que, a nivel religioso, se desarrolla en el misterio profundo y magnífico de la comunión de los santos, merced a la cual se ha podido decir que «toda alma que se eleva, eleva al mundo»”, continúa hablando también de “la otra cara” de esta solidaridad: “Se puede hablar de una comunión del pecado, por el que un alma que se abaja por el pecado abaja consigo a la Iglesia y, en cierto modo, al mundo entero. En otras palabras, no existe pecado alguno, aun el más íntimo y secreto, el más estrictamente individual, que afecte exclusivamente a aquel que lo comete. Todo pecado repercute, con mayor o menor intensidad, con mayor o menor daño en todo el conjunto eclesial y en toda la familia humana” (JUAN PABLO II, *Reconciliatio et paenitentia*, 16). — *Nota del Editor*.



niño sepultado en el cementerio de Staglieno en Génova: “Vivió, lloró y murió. Breve compendio de la vida más larga”.

Si la primera fuente y justificación del dolor de un inocente se encuentra en su irrevocable solidaridad con Adán, la segunda nace de su solidaridad, igualmente exigente, con todos sus semejantes.

Como partícula de un gran cuerpo social, donde todo el bien y todo el mal “entran en circulación” también el niño expía la propia cuota que es parte de los errores y de las culpas personales cometidas por todos los hombres (razón que debería servir de freno cada vez que un hombre se siente tentado de pecar).

¡Con cuán dramática evidencia se imponía esta verdad ante mi espíritu durante la guerra, frente al cuerpo atormentado y exangüe de mis alpinos!

¡Cuántas veces me he preguntado en qué modo y en qué medida entraban estos pobrecitos en las feroces diatribas que habían dividido al mundo y que habían enfrentado encarnizadamente a unos hombres contra otros!

Pobres montañeses, mantenidos en sus trincheras a fuerza de pan duro y Rosarios, arrancados de sus montañas y de sus praderas, enrolados, conducidos contra otros hombres, simples e ignorantes como ellos, con la orden de matar para que no los maten; ¿qué sabían ellos de la guerra y de sus razones, estos “humildes que trabajan y no saben”, en nombre de los cuales el Papa Pío XI había suplicado a los gobernantes que reflexionasen antes de recurrir a la razón irracional de las armas?

Y sin embargo pagaban también ellos, y tal vez ellos más que otros en relación a aquellos que sabían y creían o creían saber, la causa de todo aquello que estaba trágicamente ocurriendo.

Todo trabaja a coro en la vida, “todo el mar crece cuando una piedra es arrojada dentro de él” (Pascal) y, en el cuerpo social si hay una circulación “arterial” de la verdad y del bien, de la cual todos los hombres inconsciente y —a menudo— inmerecidamente se benefician, también hay una circulación “venosa” del error y del mal, a la cual ninguno, por inocente que sea, puede pretender sustraerse<sup>26</sup>.

La mayor parte de los hombres está dispuesto a creer en la comunión del bien, acepta de buena gana la solidaridad “positiva” con toda la humanidad, cuando se trata de dividir las conquistas y las ventajas de la ciencia, del progreso, de la civilización, de la fraternidad, y cuando un niño goza de todos estos valores, frutos de innumerables sacrificios ajenos, no se pregunta en fuerza de qué derecho se beneficia él de todo esto; pero, por el contrario, se rebela contra la solidaridad “negativa” que compromete a todos los hombres en los fenómenos sociales de crisis, de decadencia, de desventura y de malicia colectiva, y cuando un inocente es llamado a participar en ella, se escandaliza y grita contra la injusticia.

Como si el niño no fuese también parte de la humanidad o pudiese tener una historia y un destino aparte, diverso del de su tiempo y de la humanidad, a la cual él pertenece y que también él compone.

---

<sup>26</sup> Es muy sugestiva e iluminadora esta imagen del Autor, que compara la doble circulación sanguínea (la arterial, rica en oxígeno y vivificante del organismo; y la venosa, que recoge la sangre empobrecida y la conduce al corazón y a los pulmones para ser purificada) con la doble circulación espiritual del Cuerpo Místico: la de los beneficios de las obras meritorias que todos los santos vuelcan incesantemente sobre la Iglesia y la de purificación, por la que los llamados a ser víctimas con la Víctima recogen sobre sus espaldas los pecados de todos los hombres purificándolos en su propia carne y sufrimiento. — *Nota del Editor.*

Hasta aquí sin embargo hemos considerado al dolor solamente como punición y expiación de la culpa, de la original y de las personales, y tal fue su carácter hasta Cristo.

Sin embargo también forma parte de la obra renovadora y restauradora de los valores humanos realizada por el Redentor el haber conferido al dolor el carácter positivo de purificación y de redención del pecado. De tal modo que, por medio del dolor, el hombre redimido puede no solamente cancelar su condena, sino también conquistar y merecer el premio de una vida plena e indefectible.

Es ésta la nueva luz fulgidísima que el cristianismo ha conferido al dolor y es en esta luz que se coloca y toma valor inestimable sobre todo el sufrimiento del niño.

También los niños son llamados al sufrimiento, pero ya no únicamente en fuerza de la oscura ley de Adán y de la ancestral solidaridad contraída con él a través de las tormentosas vías de la carne y de la sangre, sino en fuerza de la mística ley de Cristo y de la lúcida solidaridad con su sacrificio inocente, contraída en las aguas bautismales.

Y he aquí cómo se realiza esto.

En la economía de la redención cristiana, el dolor del hombre es complemento necesario del dolor y de la muerte redentora de Cristo: “Cumplo en mi cuerpo lo que falta a la Pasión de Cristo” (Col 1,24) y puesto que la redención de Cristo es total, cada cristiano debe aportar la contribución de su propio sufrimiento personal.

Sin embargo no todos los sufrimientos humanos tienen el mismo grado de afinidad con los de Cristo, en esta necesaria y arcana “confluencia” de la sangre del hombre en el río redentor de la sangre de Cristo, que, descendiendo del Calvario, se difunde al mundo a través de la historia.

Diría —si se me permite la cruda referencia a la transfusión física de la sangre— que no toda sangre humana es del grupo de la de Cristo.

Hay, a estos efectos, una vasta jerarquía de la sangre y de las lágrimas (“sangre del alma”, como las ha llamado San Agustín) en cuanto existe, por un lado, el sufrimiento del pecador que debe ser, al menos en parte y en primer lugar, ofrecido por la redención de sus culpas personales y existe, por otro lado, el sufrimiento del justo que se dirige en cambio directamente a redimir y expiar las culpas sociales.

Prototipo de este sufrimiento es Cristo Hijo de Dios, inocente y purísimo, que muere por la redención de los hombres, “Cordero de Dios que quita los pecados del mundo”; y de análogo valor es el sufrimiento de los niños, de los párvulos y de los santos que sufren también por la purificación y por la salvación de sus hermanos y esto no relacionado y proporcionado a sus propias culpas personales —que a menudo no existen, como en los infantes— y ni siquiera solamente proporcionado a su corresponsabilidad social —según la ley de Adán— sino en relación y proporción con la capacidad y pureza de su sacrificio, a los fines de la redención humana, según la sublime ley de Cristo.

Para la remisión total de los pecados del mundo —según Santo Tomás— era necesaria en la víctima una pureza que solo Dios podía poseer, y por eso el Padre envió a la tierra a su propio Hijo para morir sobre la Cruz: pero para completar tal sacrificio y para su aplicación inmediata a las culpas diarias, la más alta contribución es, ciertamente, la ofrecida por las almas que sufren sin el peso de las propias culpas personales.

Así como en el cuerpo físico hay órganos destinados a la protección y a la purificación de todo el organismo, órganos que a menudo se enferman por la defensa y salvación de todo el cuerpo (las amígdalas, los riñones, etc.) así también existen

en el Cuerpo místico de la Iglesia, almas destinadas a soportar el sufrimiento en virtud de su capacidad purificadora de todo el cuerpo social.

Y entre estas almas se encuentran ciertamente los niños, llamados tanto más precozmente al sufrimiento cuanto más limpia está su alma de culpas personales y por tanto más similar es su sacrificio a aquel del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo<sup>27</sup>.

Vale también para los niños la bella leyenda que San Francisco de Sales aplica a Cristo redentor, según la cual, hay un pájaro que puede curar al hombre de la ictericia. Cuando una persona enferma de este mal, se recuesta bajo un árbol, apesadumbrado por su dolor, la pequeña ave se pone a mirarlo intensamente y prueba tanta compasión que sus plumas comienzan a tomar el color triste de esa enfermedad mientras poco a poco se va aclarando la piel del hombre enfermo; cuando finalmente la avecita se ha vuelo totalmente amarilla y el hombre ha recuperado la blancura de la salud, entonces el pajarito entona un canto de triste despedida y se marcha a morir lejos para no ser visto de nadie.

Estas verdades y doctrinas ¿son tal vez demasiado arduas y reservadas a poquísimos iniciados? No. Es necesario convenirse de que nada es más real ni más práctico que estas místicas leyes del sufrimiento.

¡Cuántas veces junto al lecho de un adulto sufriente hemos dicho una frase con la cual sus tormentos han encontrado suficiente razón para la resignación: “ten paciencia, sufre por tus pecados”! ¿Y por qué entonces estas mismas palabras se nos mueren en los labios, más aun, nos parecen vanas e

---

<sup>27</sup> “Hospital de los Inocentes” se llamaron a menudo en el pasado los hospitales para niños, como aquel hecho célebre en Florencia por las cerámicas de Luca della Robbia.

incluso ofensivas ante la cuna de un niño sufriente? ¿Qué otras razones podrían valer para aplacar su dolor y el nuestro?

No otras que aquellas que se beben en la concepción cristiana del dolor, conocidas incluso para el ladrón crucificado con Jesús en el Calvario, que invitaba a su compañero de suplicio a no insultar ni ofender a Cristo porque “lo que nos sucede a nosotros —decía— es justo, pues somos tratados según nuestras obras: pero él en cambio no ha hecho nada malo” (Lc 23,41).

De todo esto puede colegirse, ante todo, la eminente dignidad del niño sufriente.

Si el dolor, según el Evangelio, revela la presencia de Cristo en el hombre, en nadie esta transparencia se hace más clara, evidente e inmediata que en el niño. Y por esto dijo Jesús: “todo lo que hagáis a alguno de estos pequeños, a Mí me lo hacéis” (Mt 10,42).

Por tanto nuestra actitud interna o externa frente a un niño que sufre por invalidez, por deficiencia, por mutilación, por pobreza, por enfermedad, por ignorancia, por abandono, o por cualquier otra causa, debe estar dominada por un profundo sentido de respeto, de veneración; casi diría, de culto.

En cada niño sufriente, debemos ver, no sólo al hombre llamado precozmente a participar en la humana solidaridad del dolor, según la funesta ley de Adán, sino un pequeño cordero que purifica y redime, según la amorosa ley de Cristo, un “sacrificio viviente de la humanidad inocente por la humanidad pecadora”<sup>28</sup>.

Pero hay más todavía. No sólo debemos ver un pequeño redentor humano con Cristo y en Cristo, sino un intercesor y mediador de gracia, en fuerza del irresistible poder de aplaca-

---

<sup>28</sup> Discurso de Pío XII a los mutiladitos, 27 de agosto de 1953.

ción e impetración que el dolor inocente tiene sobre el corazón de Dios.

De hecho no es casualidad que algunas religiones antiguas, por la profunda intuición de esta arcana ley, recurrieran al sacrificio de vírgenes y niños para aplacar la divinidad en los momentos supremos o para implorarle las difíciles gracias que necesitaban.

Cada niño que sufre es por tanto como una pequeña preciosa reliquia de la redención cristiana, que se actúa y se renueva en el tiempo, para expiar los pecados cotidianos, digna de ser honrada y casi venerada, como hacía San Leónidas mártir, al inclinarse cada mañana para besar el corazón de su pequeño hijo, reconociendo y adorando en su pecho la Trinidad presente y operante.

Tales sentimientos, sin embargo, aún cuando estén inspirados por la razón de la fe, no pueden ni deben abolir la pena y la oscura angustia que atenaza el corazón de todo hombre ante el sufrimiento de un niño, y sobre todo el que desgarrar las carnes y el espíritu de quienes lo han engendrado.

El cristianismo no se opone ni suprime la naturaleza, y el mismo Cristo no contuvo el llanto ante la muerte de su amigo Lázaro ni ante la ruina inminente de Jerusalén.

Pero este sentimiento de estima y veneración ni basta, ni alcanza ni sirve si no se transforma en un sentido de operante responsabilidad.

Hemos dicho que el dolor de los niños no obtiene de sí mismo el valor de gracia, sino de su íntima inserción en el sufrimiento de Cristo.

Tal inserción es automática —por razón de la gracia bautismal— durante el tiempo en que en el niño no ha despertado aún su conciencia, es decir en aquellos años

fabulosos de la infancia y de la puericia, durante los cuales el Espíritu Santo obra de modo directo entre el espíritu del niño y la Trinidad; pero, en cambio, debe hacerse cada vez más consciente y reflejo a medida en que aumenta y se ilumina en él la razón y su responsabilidad personal.

Y puesto que tal “toma de conciencia” entra en la tarea propia de la educación cristiana, debemos hablar de una pedagogía sobrenatural del dolor.

Pocos son los educadores que la conocen adecuadamente y que aplican sus principios, con grave e irreparable daño tanto para la vida sobrenatural de las almas como para la riqueza mística de la Iglesia.

Tuve de esto una visión casi física un día de la post—guerra inolvidable y definitivamente orientador.

Después de la explosión de la bomba, Marcos, el único sobreviviente de cuatro niños, que, ignorantes y desprevenidos, jugaban sobre un campo minado, había sido sometido inmediatamente a una intervención quirúrgica; amputación de las piernas, extracción del bulbo ocular y regularización de las vastas y numerosas heridas que acribillaban su frágil cuerpo palpitante. Lo vi cierto tiempo después de la operación, cuando todavía las medicaciones cotidianas le hacían sufrir mucho y le pregunté: “Cuando te sacan las vendas, te hurgan en las heridas y te hacen llorar, ¿en quién piensas?”.

“En nadie”, respondió con cierta maravilla en la voz.

“¿Pero tú no crees que haya alguien por quien puedas ofrecer tu dolor; alguien por cuyo amor valdría la pena intentar reprimir los lamentos y las lágrimas, ayudándote a soportar mejor tu sufrimiento?”.

Marcos fijó en el vacío la vista desolada con su único ojo sorprendido, y luego, moviendo lentamente la cabeza dijo: “No



entiendo...”. Y volvió a jugar distraído con el borde de la sábana.

Fue en aquel momento en que tuve la precisa, casi material, sensación de una inmensa e irreparable desgracia: la pérdida de un tesoro, más precioso que el cuadro de un autor famoso o que un diamante de inestimable valor.

Era el gran dolor inocente de un niño que caía en el vacío, inútil e insignificante, sobrenaturalmente perdido para él y para la humanidad porque no estaba dirigido a la única meta en la cual el dolor de un inocente puede encontrar valor y justificación: Cristo crucificado; y a través de todas aquellas camitas de hospital, en aquellos niños sufrientes —y por ellos a todos los niños sufrientes del mundo (¡qué masa enorme de dolor se había impuesto a los niños durante la guerra y en los siguientes trágicos años de tormentosa paz!)— me pareció ver alargarse de forma desmesurada este enloquecido despilfarro, sin que los educadores cristianos se opusiesen adecuadamente, inconscientes de la preciosidad de este tesoro puro y de la urgente necesidad de recuperarlo avaramente, para hacer de él un don a Cristo y a la Iglesia.

Cuán importante y urgente es, por tanto, para todos los que tienen a cargo y son responsables de las almas, tomar conciencia de este deber y poner en acto todas las artes de la más fina pedagogía sobrenatural con el fin de asegurar para Cristo y para la Iglesia el inestimable tesoro del dolor de los niños, para no privar a la Pasión de Cristo y de la Iglesia de este indispensable y preciosísimo complemento.

Para medir cuán grande sea el “volumen” de este capital, basta pensar en la contribución de dolor que en cada tiempo han exigido a los niños las enfermedades, el hambre, las guerras, la indigencia, el abandono, la miseria y la muerte. De cada calamidad se diría que la parte más pesada ha sido reservada misteriosamente a los inocentes.

Pero sobre todo ha sido esta guerra, la última guerra atroz<sup>29</sup>, cayendo particularmente sobre los indefensos, la que ha requerido de los niños una suma inaudita de dolor y sangre, con las deportaciones en masa, la destrucción de los hogares, las persecuciones raciales, los bombardeos aéreos, las colosales transmigraciones de pueblos, la dispersión de tantas familias, la orfandad, el hambre, las epidemias y las mutilaciones.

¡Pobres niños de la guerra! Quien, como yo, los ha visto en Albania, en Grecia, en Montenegro, en Croacia, en Polonia, en Ucrania, en Rusia, en bandadas descompuestas, macilentos, errantes, enjutos por el hambre y por la muerte, jamás conseguirá sacarse de los ojos y del corazón la imagen fúnebre y turbadora<sup>30</sup>.

---

<sup>29</sup> Don Carlo Gnocchi se refiere a la Segunda Guerra Mundial, en la cual desempeñó el cargo de capellán de los alpinos italianos en varias campañas, especialmente en la terrible de Rusia que costó tantas vidas al ejército italiano. — *Nota del Editor*.

<sup>30</sup> Para que se entienda más el dolor del Autor, transcribo estos desgarradores y emotivos pensamientos que escribe en su libro "Cristo con gli alpini" (*Cristo con los alpinos*), donde relata sus recuerdos como capellán militar de los alpinos durante la Segunda Guerra mundial: "Niños de guerra. ¡Cuántos niños he visto en mi triste peregrinación de guerra. Trágica flor sobre las ruinas descompuestas y ensangrentadas de Europa, sonrisa pálida sobre la hosca agonía de un mundo! Y los niños de Albania ni siquiera sabían ofrecer esa sonrisa enferma a su tierra escuálida y ambigua. Ágiles y valientes niños de Montenegro, de vestidos fantasiosos, como si siempre estuviesen de fiesta, y de reflejos de acero en la firme e inteligente mirada. Pobres niños de Grecia con el estupor del hambre y de la derrota pintado en el rostro descarnado (¡y los camiones de guerra de la División cada día recogían decenas, junto a ancianos, moribundos y entumecidos por el hambre!). Miserable tropel de jovencitos yugoeslavos que parados el día entero ante las puertas de los cuarteles, con latas de tomate, cajitas vacías y abollados platos entre las manos, esperaban ávidos y silenciosos la distribución de las sobras de la cocina y un poco del rancho de los soldados... ¿Qué no llevaban puesto aquellos niños y niñas? Telas mimetizadas de carpa, largos y arrastrados vestidos de mujer, chaquetas militares de las que asomaban solamente dos manitos y un rostro helado de frío. ¡Cual amargo disfraz de la abyección y del

Pero de toda esta masa de dolor inocente, tan íntima, tan pura y tan vasta, ¿qué parte ha ido a parar a Cristo y a la humanidad? ¿y qué parte, por el contrario, ha terminado desperdiciada, porque nadie se ha encargado de enderezarla adecuadamente hacia su meta natural, que es Cristo?

De esta manera la pasión redentora de Cristo y la vida sobrenatural de la Iglesia, han perdido, para siempre, uno de los tesoros más preciosos, destinado a asegurarle a aquélla su plenitud y al mundo la redención y la paz, mucho más y mucho mejor que las fatigosas artes de la política, que los esfuerzos colosales de las finanzas y que los hábiles manejos de la diplomacia humana.

¡Pero los hombres, a pesar de ser tan solícitos en la valoración de los tesoros materiales y ciegos creyentes en las fuerzas de las potencias terrenas, no se preocupan de valorar los tesoros espirituales que se esconden en las almas de los inocentes ni creen de modo suficiente en el valor determinante, aunque incontrolable, que los agentes sobrenaturales tienen para la historia de los individuos y del mundo!

Un gran número de cristianos muy rara vez se enfrentan, aunque sea con sumo pudor y reverencia, a los misteriosos e ilimitados panoramas del mundo invisible, en el cual sin

---

hambre! (...) Niños de Rusia, de Ucrania, de las estepas del Don de la Rusia blanca. Mofletudos y curiosos de entrada, mirando sin miedo detrás de los vidrios de las isbas el río de tanques y camiones de guerra que marchaban orgullosos y victoriosos hacia la aniquilación de Rusia; más adelante resignados y ausentes, empujando carretillas de trastos, en las largas y mudas filas de prófugos que bordeaban las rutas de la retaguardia, ensordecedoras por el ruido de motores y armas, bajo la pesadilla de los aviones que atravesaban el cielo. Finalmente pobres críos aferrados desesperadamente al seno exhausto de sus inmóviles madres, llorando en las casas abandonadas, aterrados y sobresaltados a cada rumor de guerra. Pobres niños de mi guerra, mis pequeños amigos del dolor, ¿dónde estaréis hoy y qué será de vosotros?" (Don Carlo Gnocchi, *Cristo con gli alpini*, "Bambini di guerra", en: "Gli Scritti", Ed. Ancora, Milano 1993, pp. 549-550). — *Nota del Editor*.

embargo dicen creer cantando en la Misa: “Creo en Dios Padre, creador de las cosas visibles y de las invisibles; creo en la comunión de todos los santos”.

Esta pedagogía no se reserva solamente a las grandes horas del dolor y a los casos más graves del sufrimiento de los niños, de modo tal que solamente deba ser considerada y practicada por los médicos, por las religiosas o religiosos o por los familiares que se dedican al cuidado de los niños enfermos o minusválidos.

Es una pedagogía obligatoria para todos los que tienen cuidado de las almas inocentes, en cuanto es aplicable, con sus principios y criterios, a todas las horas del sufrimiento, aunque sean pasajeras, que lamentablemente no faltan tampoco en las vidas de los niños sanos y felices.

Puesto que una hora de dolor físico o moral, de malestar, de enfermedad, de fracaso o de llanto llega a todos los niños, y a menudo con mucha frecuencia, el educador cristiano debe conocer las artes delicadas y sublimes de la pedagogía cristiana del dolor, con la cual enriquecer las almas de sus hijos, corresponder a su vocación de custodio y valorizador de sus posibilidades espirituales y no defraudar a la Iglesia y a la sociedad de un aporte del cual Dios ha tomado cuenta en la economía general del mundo.

Tampoco se piense o se diga que los niños no están preparados para comprender, vivir y actuar estas delicadas verdades de la economía sobrenatural, porque éste es un error de persistente naturaleza iluminista.

La infancia cristiana es la edad que más se aproxima aquella feliz del primer Adán, cuando Dios descendía cada tarde para hablar con el hombre, como un amigo con su amigo, y durante la cual, según la revelación de Cristo, “sus ángeles ven siempre el rostro del Padre que está en los cielos” (Mt 28,14).

Por tanto, edad feliz e irrepitible de relaciones directas con Dios, de “experiencias” de lo sobrenatural, de extrema docilidad de la naturaleza y de pronta generosidad del corazón; edad en la cual las más altas y profundas verdades de la comunión de los santos, se intuyen, se creen y se practican casi instintivamente.

Cuán significativo y conmovedor resulta leer en la vida de un niño, Guido di Fontgalland, cómo él “sentía” la gracia de Dios (así como los niños sienten al ángel custodio y perciben los estados de conciencia).

Era el tiempo de su preparación para la Primera Comunión y había hecho un pequeño desaire al hermano más pequeño. “El Señor no está más en tu corazón”, había sentenciado severamente su madre. Pero Guido “sentía” que eso no era verdad y de vez en cuando interrumpía el juego para que la madre, apoyando el oído en su pecho, sintiese si el Señor había vuelto. “Todavía no”, continuaba a repetir la madre. La tercera vez finalmente Guido se impacientó y le dijo con autoridad: “Tú no lo sientes pero yo siento muy bien que Jesús ha vuelto”. Y se fue a jugar finalmente tranquilo.

Se trata, pues, de cultivar y afinar esta sensibilidad que, como todas las facultades humanas naturales y sobrenaturales, tiene necesidad de educación; mas es tarea de los educadores cristianos que se entregan a la sutil y profunda pedagogía del dolor el descubrir en el corazón de los niños el increíble potencial de fe, de amor y de sacrificio que, de vez en cuando, puede tocar incluso las vetas del heroísmo. El secreto consiste totalmente en descubrir y suscitar esta fuerza; porque, como decía Miguel Ángel: “Todo está en el mármol”. El arte está en saberlo sacar<sup>31</sup>.

---

<sup>31</sup>¡Se podrían dar tantos ejemplos de esta conciencia cristiana del sufrimiento en los niños! Puede servir de testimonio de la verdad de estas

¿Cuáles son los elementos y métodos de la pedagogía del dolor inocente?

Ciertamente no son aquellos, aunque sean muy comunes, que recurren a auténticas fábulas e invenciones para calmar, distraer o ilusionar el dolor de los niños, ni tampoco las de la pedagogía naturalista, con sus apelaciones a la virilidad, a la fuerza del carácter y, en la práctica, al estoicismo.

La pedagogía cristiana del dolor tiende ante todo a enseñar prácticamente a los niños que no hay que guardar el dolor para uno mismo, sino que es necesario regalarlo a los demás, y que el dolor tiene un gran poder sobre el corazón de Dios, del cual es necesario aprovecharse para provecho de muchos (y esto atendiendo a los principios anteriormente señalados, según los cuales el dolor no ha sido dado al niño como consecuencia de sus responsabilidades personales y que su valor impetratorio es sumamente grande a los ojos de Dios).

Se trata, por tanto, de una obra de estimación y de despersonalización del dolor<sup>32</sup>, a la que no es difícil llegar si se habitúa

---

notas de Don Carlo Gnocchi algunas palabras extractadas de las “cartitas” que una niña de seis años, Antonietta Meo, escribía en medio de los tormentos que la condujeron a la muerte. Pocos meses antes de morir le escribía a “su Jesús”: “¡Te saludo y te adoro, oh Jesús! ... y quiero estar siempre en el Calvario bajo la Cruz” (31 de enero de 1937). “Querido Niño Jesús —escribía unos días antes—, hoy he estado bajo la Cruz y he tenido un lindo pensamiento que te voy a contar ahora! Tú has sufrido mucho por nosotros para conquistarnos el Paraíso, yo Te quiero recompensar haciendo muchos sacrificios!” (22 de enero de 1937). “Querido Jesús, yo quiero estar todos los días sobre el Calvario, bajo tu Cruz contigo y cerca de la Virgencita” (3 de enero de 1937). “Nennolina”, como era llamada esta niña por sus familiares, falleció el 3 de julio de 1937; no llegó a cumplir los siete años de edad. Se puede leer sobre ella: Maria Rosaria del Genio, “*Carissimo Dio Padre...*”. *Antonietta Meo — Nennolina*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1999. — *Nota del Editor*:

<sup>32</sup> El sentido que el Autor quiere dar al término “despersonalización” es el de “quitarle el carácter personal”, o sea, hacer comprender al niño (y al

al niño a dirigir su pena o su renuncia hacia objetivos concretos, como son los que se ofrecen cada día a su sensibilidad (por la curación de una persona querida, por los misioneros que están en tierras lejanas, por la conversión de su papá, por un compañero pobre, para obtener una gracia importante, para que termine una guerra, por el Papa, por un condenado, por un asesino del que se habla en los periódicos, etc.).

El secreto está en que se trate de motivos vivos y reales, concretos y de interés inmediato para un niño.

Si tal interés es noble, los niños saben llegar a las vetas de la más alta poesía y del sacrificio.

Recuerdo que cuando era joven sacerdote, preparando un grupo de niños para la Primera Comunión y habiéndoles dicho que hicieran algún sacrificio para hacerse dignos de recibir a Jesús, hubo un niño que fue a golpear sus manos y brazos desnudos en un seto de ortigas, adquiriendo por esto una grave y peligrosa infección general; cuando fui a visitarlo, en su lecho, tenía los ojos tan radiantes de luz sobrehumana que no tuve el coraje de reprocharle el gesto desmesurado ni pude contenerme de abrazarlo, subyugado por un sentido de profundo respeto y veneración.

Ahora bien, el motivo más alto y más noble, la meta más sublime y sublimadora a la que hay que conducir el dolor del niño, como todo otro dolor, es ciertamente Jesucristo crucificado.

Cuando un niño haya llegado a comprender la semejanza que existe entre su dolor y el de Cristo, la belleza que él puede darle a todo su sufrimiento, tanto para sí mismo como para los

---

inocente en general) que su dolor no tiene relación única con sus pecados personales sino que cumple una función "vicaria": cargar con los pecados de otros y purificarlos con sus sufrimientos, como Cristo mismo hizo por todos nosotros. — *Nota del Editor:*

demás, al insertarlo en el dolor de Cristo, y el deber que él tiene de imitar el comportamiento y los sentimientos de Jesús en los momentos del dolor, habrá tocado el centro más profundo y más inexplorado, el más original y operante de todo el cristianismo, el “punto virginal” —en expresión de Gratry— de la doctrina de Cristo<sup>33</sup>.

Y cuando se tiene la gracia de “tocar” tan de cerca a Dios en los años de la juventud, su signo gozoso permanecerá válido e indeleble para toda la vida.

Por tanto se impone al educador una refinada obra de sublimación y santificación del dolor inocente.

Y a ésta no se llega sino a través del magisterio misterioso de la Misa. Es en la Misa cotidiana donde el río de la Sangre divina se enriquece por la confluencia del dolor humano y es en el río divino donde cada gota del sufrimiento humano y de llanto adquiere el valor sobrenatural de redención y de gracia.

¿Por cuál otra razón la Misa es y será celebrada cada día sobre la tierra hasta la consumación de los siglos, sino para hacer posible y actual en el tiempo esta mística confluencia?

Con el sacrificio del Calvario la redención de la humanidad ha sido definitivamente concluida y nada debe o puede ser añadido de parte de Dios. Ninguna necesidad hay, de parte de Cristo, de repetir cada día tal sacrificio, como adviene, mística pero realmente, en la celebración cotidiana de la Misa.

La exigencia de esta reiteración proviene, sin embargo, del hombre. Para actualizar en el tiempo y en la historia de cada hombre y de la humanidad, el valor de aquel sacrificio divino, era necesario hacer correr el río majestuoso de la redención a través de los siglos y a través de cada jornada, para dar oportu-

---

<sup>33</sup> *Nota del Editor:* Don Carlo Gnocchi debe referirse al famoso sacerdote y escritor francés Auguste-Joseph-Alphonse Gratry (1805-1872).



tunidad de que cada ser y cada tiempo uniese a este sagrado río el pequeño arroyuelo turbio de los propios sufrimientos y el tedio cotidiano de la propia existencia, con el único fin de conferirles, por tal feliz mixtura, valor sobrenatural de redención y de gracia.

He aquí porqué la Misa debe ser celebrada todos los días de todos los tiempos y he aquí por qué se puede hablar de una verdadera renovación y que en ella se realiza un complemento necesario del sacrificio divino; en el sentido de que la humanidad encuentra el modo, cada día de su atormentada existencia, de celebrar su propia misa de dolor para unirla a la Misa de Cristo convirtiéndola en la Misa “total”; la Misa no solamente de Cristo—persona sobre el Calvario, sino la Misa de Cristo—humanidad a través de la historia.

Es, por tanto, en la Misa donde los niños deben hacer la ofrenda de su sufrimiento; cuando el sacerdote infunde en el cáliz las pocas e insípidas gotas de agua fría que, junto al vino ardiente y generoso se convertirán en la Sangre de Cristo redentor.

Así como hacen cada mañana los mutiladitos de guerra<sup>34</sup> ofreciendo a Dios las propias mutilaciones para que Él conceda la concordia entre los hombres, la paz a los compañeros muertos con ocasión de su desgracia, la bendición a cuantos les hacen el bien en nombre de Dios, y para que sus mutilaciones “sean una advertencia para todos y un estímulo para obras de paz y de bien, ocasión espiritual de perfección para nuestras almas; en fin, aumento de gloria para nuestra eternidad feliz” (Oración de los mutiladitos).

---

<sup>34</sup> Es decir, los niños de la obra fundada por Don Carlo Gnocchi, a quienes había enseñado a hacer este acto cotidianamente.



Es lo que, en el fondo, había querido decir un humilde soldado. La marcha sobre los montes, bajo el incendio del sol meridiano, había sido larga y pesada, sobre todo por la sed. Sobre la cima, el capellán había levantado rápidamente el altar de campaña y había comenzado la celebración de la Misa. Pero en el ofertorio, el acólito se había vuelto desconcertado hacia sus compañeros: la cantimplora reseca no daba más una gota de agua. Fue entonces que avanzó fuera de las filas un joven soldado, y, con gesto apurado ofreció al celebrante su intacta cantimplora de agua.

Aquella tarde ese soldado, hincado sobre sus rodillas en la tienda de campaña, escribía a su madre: “imagínate que sin mí el capellán no habría podido decir la Misa y que el agua de mi cantimplora se ha convertido en la sangre de Cristo en el cáliz de la Misa”.

En 1950 los Mutiladitos de guerra entregaron al Papa Pío XII un don singular y simbólico. Se trataba de una reproducción de su distintivo consistente en el monograma de Cristo interpretado en forma totalmente nueva: la “XP”<sup>35</sup> estaba formada por dos muletitas cruzadas y atadas entre sí por una corona nobiliaria, indicando así que el sufrimiento humano, cuando ha sido injertado en el de Cristo, forma una sola cosa con él, forma el Cristo místico, y solamente de este modo puede recibir la corona del mérito y del premio.

Pero aquel símbolo estaba compuesto de muchísimas perlitas, cada una de las cuales tenía origen en una operación

---

<sup>35</sup> El monograma de Cristo está compuesto por dos letras griegas superpuestas: la c (que se escribe como una larga “x”) y la r (que se escribe como una “p”). — *Nota del Editor.*

quirúrgica o en una medicación dolorosa que había sido soportada por un mutiladito sin lamentos ni llanto.

Cuando referí al Santo Padre que había visto a niños, en el reparto de cirugía, luchar tenazmente contra la irrupción del llanto, mordiéndose los labios para tener el derecho de tomar una perlita y depositarla en la cajita destinada al regalo del Papa, Pío XII se puso de pronto pensativo, ¡y en su mirada tembló una lágrima de ternura y de reconocimiento!

A este punto podría preguntarse si el inestimable valor sobrenatural del dolor inocente, no represente un riesgo, al menos parcial, de atenuar la importancia y el empeño que la ciencia, la caridad y el arte ponen conjuntamente en la lucha contra el dolor y contra sus causas multiformes.

Afortunadamente podemos garantizar que este peligro, en una equilibrada concepción cristiana de la realidad no existe; más bien hay que decir que la lucha contra el sufrimiento alcanza en el cristianismo motivos y fuerzas de incomparable nobleza y eficacia superior a las que surgen de la humana solidaridad y de la filantropía que ya antes había declarado divina la victoria sobre el dolor.

En efecto, la batalla contra el dolor, sobre todo en los niños, es un complemento de la generación humana y una reparación a las fallas que a ella aporta la culpa original y por la consecuente incapacidad vital humana.

Me explico.

Por la ley de Adán, cada hombre que engendra, pone involuntaria y dolorosamente en las carnes de sus propios hijos la fuente amarga del sufrimiento, de la pena y del dolor.

Por tanto, al combatir y vencer en ellos el dolor, restituyéndoles el gozo de la niñez y una mayor capacidad de vida comprometida por las limitaciones de la enfermedad, de la

invalidez y del sufrimiento, producto de la culpa original y algunas veces también de las culpas personales de sus padres, nosotros reparamos las deficiencias de la primera generación y fatigosamente reconstruimos su plenitud.

Se diría que la lucha y la victoria contra el dolor es una segunda generación, no menos grande y dolorosa que la primera, y que quien consigue devolver a un niño la salud, la integridad y la serenidad de la vida, no es menos padre que aquel que lo ha llamado a la misma vida por vez primera.

¿Acaso no es esto lo que implícita y tal vez inconscientemente quería decir una religiosa el día que le hice un delicado reproche por no haber recurrido al masajeador eléctrico para tratar a un niño poliomielítico, en una jornada particularmente agobiante de calor y cansancio?

“¿Qué quiere? —me repuso cándidamente—; al masajearlo manualmente yo tengo la impresión de hacer pasar un poco de mi vida a aquellas piernecitas secas. Las máquinas son cómodas... pero son algo distinto...”.

La lucha contra el dolor no es sin embargo solamente un complemento de la generación humana, sino también un complemento de la redención cristiana.

Como la ruina original de Adán no se ha detenido en el orden espiritual con la pérdida de la gracia sobrenatural, sino que se ha propagado también al orden material, trayendo la fatiga, la enfermedad, el dolor y la muerte, del mismo modo la redención de Cristo no puede limitarse a la restauración de la gracia divina, sino que debe extender también sus beneficios —hasta donde es posible y útil a los fines de la purificación y de la santificación personal— a las antedichas consecuencias materiales de la culpa original y por eso debe apuntar también a sanar, o al menos atenuar, el dolor físico y a combatir todas sus causas.

Sanar el dolor, entonces, no es sólo una obra de filantropía sino una obra estrechamente ligada a la redención de Cristo, en cuanto pone en acto sus beneficios y extiende la liberación también a la zona de la materia y tiende a restaurar la armonía, el orden y el bienestar también físico del cual el hombre gozaba antes de la caída original y al cual ahora tiende con toda las fuerzas de su ser.

Por tanto el cuidado de los enfermos, las artes de la medicina, la caridad hacia los sufrientes y la lucha contra todas las causas del sufrimiento humano, son una verdadera y continua redención material, que forman parte de la redención “total” de Cristo y de ella sacan todo el empeño y la dignidad.

He aquí porqué el Salvador, si bien enviado para una misión estrechamente sobrenatural, quiso fijar de este modo las notas inconfundibles de su mesianidad: “los ciegos ven, los tullidos caminan, los sordos oyen, los leprosos quedan limpios, los muertos resucitan y los pobres reciben la buena nueva” (Mt 11,5), y quiso recorrer incansablemente todos los caminos de Palestina para buscar y recoger toda clase de enfermos y sufrientes para aplicarles aquella “fuerza que emanaba de Él y curaba a todos” (Lc 6,19).

Y he aquí porqué Él, en el decálogo del apóstol, trazado para los que habrían de actualizar su redención a través de los tiempos, quiso clara e imperiosamente mandar: “Id, curad a los enfermos, y anunciadles que ha llegado el Reino de Dios” (Lc 10,9).

¡Cuánta luz de consuelo arrojan estas verdades sobre el misterio del dolor y cuántos nuevos horizontes abren a las obras de la cristiana caridad!

“Maestro —preguntaron los discípulos a la vista del ciego de nacimiento— ¿quién tiene la culpa de su ceguera?; ¿él o sus padres?”.

“Ni él ni sus padres tienen la culpa —respondió Cristo devolviéndole milagrosamente la vista— sino que esto ha sucedido para que se manifiesten en él las obras de Dios” (Jn 9,1).

El dolor de los inocentes, en la misteriosa economía cristiana, también sucede para la manifestación de las obras de Dios o las del hombre: obras de ciencia, de piedad, de amor y de caridad.

En la misteriosa economía del cristianismo, el dolor de los inocentes es permitido por Dios, por lo tanto, para que se manifiesten Sus obras y las de los hombres:

- el amoroso e inexhausto esfuerzo de la ciencia;
- las multiformes obras de la solidaridad humana;
- los prodigios de la caridad sobrenatural.

# Índice

CONTENIDOS.....	5
“LA CRUZ TIENE ALAS” .....	7
1. BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS.....	11
2. ORACIÓN PARA CUANDO ME TOQUE SUFRIR.....	17
3. CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS EN LAS ENFERMEDADES..	19
Es servir a cristo .....	20
¿Padecer es servir? .....	21
Orar con humildad .....	21
Prueba la virtud.....	22
Un ejemplo de la vida de San Francisco .....	22
4. A UN ENFERMO .....	23
5. QUIEN AMA A JESUCRISTO SUFRE CON GUSTO LOS PADECIMIENTOS DE LA VIDA .....	25
6. UN CONSEJO A SANTO DOMINGO SAVIO, ENFERMO .....	35
7. CARTA DE UN ENFERMO .....	41
8. TEXTOS DE JUAN PABLO II A LOS ENFERMOS.....	43
Jubileo de los enfermos.....	43
Jornada mundial del enfermo realizada en loreto .....	45
Mensaje de juan pablo ii a los enfermos .....	47
9. A LOS ENFERMOS .....	53
10. ORACIÓN DE CONFIANZA DE UN ALMA ATRIBULADA.....	57
11. EL SACRAMENTO DE LOS ENFERMOS.....	59
Fundamentos bíblicos.....	59
Ministro y sujeto del sacramento.....	63
La celebración del sacramento .....	63

Efectos de la celebración de este sacramento .....	64
El viático, último sacramento del cristiano .....	65
12. TEXTOS SOBRE EL SUFRIMIENTO .....	67
13. PLEGARIA DE UN ENFERMO .....	69
14. LA BARCA DE LA VIDA .....	73
15. PENSAMIENTOS .....	75
16. SABER SUFRIR .....	77
17. A LOS ANCIANOS .....	79
18. EL ENFERMO JUNTO A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, HOMBRE DE DOLORES Y SUFRIMIENTOS .....	83
SALMO 22 (21) (Salmo que recitó Jesús en la Cruz) .....	83
SALMO 69 (68) (Refleja proféticamente los sentimientos del Corazón de Jesús en su Pasión) .....	85
EL CÁNTICO DEL SIERVO SUFRIENTE (Del libro del profeta Isaías, capítulo 53) El profeta ve en visión al Mesías:...	88
19. ORACIÓN AL CRISTO DOLIENTE .....	91
20. ANTE EL CRISTO DE LA BUENA MUERTE .....	93
21. LA SANTA SÍNDONE: TESTIMONIO DE LA PASIÓN .....	97
Juan Pablo II, en su visita a la Santa Síndone .....	98
22. VÍA CRUCIS .....	103
Oración .....	103
I. Jesús es condenado a muerte .....	103
II. Jesús carga con la cruz .....	104
III. Jesús cae por primera vez .....	104
IV. Jesús encuentra a su Madre .....	104
V. El Cireneo ayuda a Jesús a llevar la cruz .....	105
VI. La Verónica limpia el rostro de Jesús .....	105
VII. Jesús cae por segunda vez .....	105
VIII. Jesús consuela a las mujeres .....	105
IX. Jesús cae por tercera vez .....	106



X. Jesús es despojado de sus vestiduras.....	106
XI. Jesús es clavado en la cruz.....	106
XII. Jesús muere en la cruz.....	107
XIII. Jesús es bajado de la cruz.....	107
XIV. Jesús es sepultado.....	107
23. ORACIÓN AL CORAZÓN TRASPASADO DE JESÚS.....	109
24. ORACIÓN DE UNIÓN CON EL CORAZÓN DE JESÚS.....	111
25. ORACIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS.....	113
26. NOVENA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.....	115
27. LETANÍAS A LA SANGRE DE CRISTO.....	117
28. ORACIÓN A LA SANGRE DE CRISTO.....	119
29. LOS ENFERMOS JUNTO A LA VIRGEN.....	121
El Papa Juan Pablo II habla de la oración a la Virgen en la historia de la Iglesia.....	121
30. EL SANTO ROSARIO.....	125
Cómo rezar el Rosario.....	125
Beneficios del Rosario.....	126
Bendiciones del Rosario.....	126
Los 20 misterios del Rosario.....	126
Oraciones del Rosario.....	127
31. LOS SIETE DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA.....	129
El Rosario de los Siete Dolores.....	131
32. EL ENFERMO JUNTO A SAN JOSÉ.....	135
Los dolores y gozos de San José.....	136
Súplicas a San José.....	138
33. DEVOCIÓN A SAN MIGUEL ARCÁNGEL.....	141
San Miguel, defensor de los moribundos.....	141
La oración a San Miguel del Papa León XIII.....	142
APÉNDICE. PEDAGOGÍA DEL DOLOR INOCENTE.....	145
ÍNDICE.....	173

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de  
Tribalwerks Comunicación

25 de Julio de 2008  
Fiesta de Santiago Apóstol

Ediciones del Verbo Encarnado  
El Chañaral 2699 – CC 376 – (5600)  
San Rafael – Mendoza –Argentina  
Tel: (02627) 430451  
[www.edicionesive.com.ar](http://www.edicionesive.com.ar)  
[ediciones@iveargentina.org](mailto:ediciones@iveargentina.org)